BETTY CARRILLO Z.

L. FARINELLI

Sus ojos



Foto de portada: pexels-krivitskiy-2690289
Diseño de portada: L. Farinelli
Edición: Betty Carrillo Z. / L. Farinelli / San Mar Valerio / Kerubina.
Betty Carrillo Z. / L. Farinelli, 2025
Puerto Rico & Venezuela
E-mail: bcarrilloz@outlook.com / lessfarinelli@gmail.com
Facebook: https://www.facebook.com/bettycarrilloz.novelas
https://www.facebook.com/L.Farinelli
Twitter: https://twitter.com/BettyCa86580711 / @farinelli_l
Instagram: bettycarrilloz / @l.farinellioficial
TikTok: @bettycarrilloz

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Los derechos de las canciones mencionadas aquí pertenecen completamente a sus autores, productores y/o creadores.

Índice

Nota y agradecimientos de Betty
Gracias
Nota de Farinelli
Argumento
01
02
03
04
05
06
07
08
09
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
No dejes de leer

Dile NO a la piratería
Dile NO a los sitios de descargas ilegales

Nota y agradecimientos de Betty

La vida nos golpea de diferentes maneras; nos hace sentir en una nube, como también nos quita la escalera para que caigamos de golpe. Eso fue lo que le pasó a nuestra protagonista. Necesitó, creyó, amó, se decepcionó, la engañaron y sufrió. Pero después de la tempestad, muchas veces llega la calma, como fue su caso.

Las personas de la calle no siempre están allí por decisión propia; de hecho, no es su decisión, ¿Quién quiere vivir de limosnas, bajo la lluvia, el sol, sin un lugar donde descansar, donde llegar? Son cientos de miles de personas que, por alguna razón, quedan desprovistos de un techo. Y son cientos las razones para ello. No debemos juzgar.

Cuando se me ocurrió esta historia, por supuesto, fue después de una experiencia al entrar a una farmacia y encontrarme con uno nuevo; una persona sin hogar que no vi antes en ese lugar. Era muy temprano, hacía frío, tal como lo describo en el primer capítulo, pero ese hombre me sonrió, me dio los buenos días y no me pidió nada. Entré al sitio con él en mi cabeza, hice mi compra y salí. Otra vez, con una sonrisa, se despidió y agradeció lo poco que le di.

Todo el día pensé en él; y también en Athenas, que hizo aparición en cuanto entré a mi guagua. La historia tomó forma con los días, pero, aunque confío plenamente en mí, en mis capacidades y mi pluma, sabía que la historia necesitaba un toque magistral y allí, al lado de Athenas, llegó L. Farinelli.

¡Esto tiene que ser un cuatro manos, y solo con ella lo puedo hacer! Hoy, algunos meses después, tienes "Sus ojos" en tus manos. Gracias, Far, por acompañarme en este nuevo reto. Amo tu pluma, ya lo sabes y eres mi escritora favorita.

Athenas necesitaba una nacionalidad y también una pareja; esa pareja precisaba un nombre. El escribir me ha premiado con personitas maravillosas que empiezan por ser lectoras y se convierten en grandes amigas, así conocí a una amiga chilena de nombre Paula.

Paula, me pediste un personaje, aquí lo tienes. Ojalá te guste y que estés complacida de que las dos protagonistas de "Sus ojos"

tengan algo de ti. Gracias por ser de las primeras lectoras que se acercaron y me apoyaron. Y gracias por continuar cerca; ojalá este año sí se nos dé compartir un café y conocernos.

Betty.

Gracias

A mis hermosas de la ONLU, gracias; nos vemos en Colombia el próximo año.

A mis lectoras de siempre y las que van llegando, gracias.

Kika, Paola, mil gracias.

Arlene, ¿qué sería de mí sin tu apoyo y confianza? En mis peores momentos estuviste para mí. Gracias por entender mis loqueras y mis depresiones. Gracias por compartir algo que me apasiona. Gracias por preguntar cómo va todo. Esos detalles son significativos para mí. Te quiero amiga, Khàwp khun Kha. Seulgiiii.

Y a ti, bebé amada, luz de mi vida, sin ti mi ser no tiene sentido; sin ti, mi yo no existe.

Para ti hermana mía, el título de este libro, "Sus ojos", porque tú eres MIS ojos.

Gracias por existir, te amo.

Nota de Farinelli

Cuando Betty me habló de la historia que se le había ocurrido, me pareció interesante el tema; lo que nunca esperé fue que me metiera en el lío otra vez xD

Nada que ver, escribir con ella no es un lío, es un placer, así que estuve encantada de acompañarla en su nueva aventura. Ella me deja jugar con sus personajes hasta el punto de ser perseguidos por los malos de la historia, que es la parte que más disfruto (risa maquiavélica). Amé a Athenas; ver a Paula enamorarse fue disfrutar de un poema que se escribe con pasión. Plasmar la realidad de la calle, de la sociedad, fue un reto y esperamos haberlo sorteado con éxito.

Esta es una historia cargada de la ternura y el amor que caracteriza a las novelas de Betty, pero también de mucha realidad. De una realidad que a veces puede llegar a tocarnos, por eso siempre debemos ser humanitarios.

Gracias por elegir esta historia como lectura. La escribimos con mucho cariño, esperamos te guste.

L.Farinelli.

Argumento

Athenas es una joven chilena que conoció a Ada a través de una aplicación de citas. Convencida de que había encontrado a su alma gemela, ella viajó a Estados Unidos siguiendo los deseos de una nueva vida junto a la mujer que parecía entenderla como nadie.

Pero al llegar y con el pasar de las semanas, Athenas se da cuenta de que todo fue un engaño para convertirla en una víctima. Humillada y sin recursos ni documentos de identidad, escapa de su inesperado destino y termina viviendo en las calles, pasando hambre y necesidades hasta que conoce a Paula; una trabajadora social que se acerca a ella para darle una mano.

El destino jugará sus cartas y con el pasar de los días, juntas reconstruirán los que Ada una vez destruyó. La confianza de Athenas y su deseo de amar.

01

Paula quedó hipnotizada cuando la joven persona que yacía sentada en la acera, recostada de la pared de la gasolinera de donde salió esa fría mañana, levantó la cara al percibirla cerca. Una especie de aura la envolvió hasta hacerla contener la respiración, mientras el tiempo parecía detenerse.

Tras salir de la impresión, Paula parpadeó en un vano intento porque la chica, sí, era una chica, se percatara de que se detuvo en seco una vez se encontró con su mirada.

—No estoy haciendo nada —dijo la joven con la voz contenida, albergando con un terrible temor.

Un temor que logró que el corazón de Paula se detuviera. Le resultó doloroso que esa pobre chica pensara que ella era una persona de temer.

Cuando estacionó su camioneta, modelo Bronco, de color verde agua, frente a la puerta del establecimiento, la joven que ahora miraba, le pasó desapercibida; la prisa por comprar el chocolate del que era adicta como una niña, a pesar de sus treinta y tres años, hizo que Paula entrara distraída a la tienda de la gasolinera. También se debió a que en esa área de la ciudad pululaban numerosas personas sin hogar; no era extraño echarle un vistazo al nuevo de la acera. Pero, al salir, ya con su bolso cargado con tres barras de chocolates dentro, algo ocurrió. Algo que la hizo mirar hacia la derecha y verla.

En un principio, Paula notó que el bulto era pequeño; el rostro lo tenía casi cubierto con la visera de una gorra, de color gris, que en sus mejores tiempos estuvo de moda. A ella le extrañó que no le pidiera dinero, que no se acercara con algún cuento triste en busca de compasión. Sobre todo, le conmovió el hecho de que parecía tener frío.

La joven se abrazaba las piernas; la cara la tenía casi pegada a las rodillas. Paula siempre ayudaba con algún billete a personas que se le acercaban a pedir; sin embargo, la joven mujer parecía no percatarse de su presencia. Ella miró a su alrededor; aparte de los clientes que llenaban los tanques de gasolina de sus autos y algunos

escasos transeúntes, la calle estaba casi desierta. Volvió a percatarse de lo sola y desvalida que parecía la chica sentada en la acera.

Paula se cruzó el bolso por el pecho, agarró firme la bolsa que contenía su *snack* y avanzó despacio hasta acercársele. Con sigilo, se agachó frente a ella.

—No te haré nada —le dijo con la voz estremecida por la impresión al comprobar que era una chica y por su mirada tan triste. ¡Cuánto dolor reflejó sus ojos! Unos ojos de un color algo claro, pero que la sombra de la visera no le permitió determinar con certeza. Unos ojos que la miraron atenta; que le atravesaron el pecho, sorprendiéndola. Ella tuvo que tragar saliva para hallar las palabras —. ¿Cómo estás? —le preguntó. La joven mujer levantó los hombros en respuesta con cierta resistencia. O tal vez miedo—. ¿Quieres algo en especial para desayunar? —el rostro de la chica reflejó sorpresa, luego asintió lento. Se sostuvieron la mirada durante unos segundos. Eran grises; sus ojos eran impresionantemente grises. Tras la impresión, Paula le sonrió—. ¿Qué te apetece?

—Algo caliente —susurró la joven de inmediato.

—Bien —asintió conforme, luego la acogió la duda.

¿La invitaba a desayunar o buscaba algo para ella y regresaba? No se puede confiar en todo el mundo; en los tiempos actuales, el engaño está a la orden del día. Por más empatía que pudiera sentir, la verdad era que no sabía de donde había salido esa chica, ni las razones para que estuviera deambulando y, sobre todo, desconocía si tenía algún vicio que le pudiera provocar daño.

Lo mejor era hacer su caridad yendo a comprarle algo.

—¿Te parece un café? Por supuesto —se respondió ella misma —. ¿Unas tostadas con jamón y queso? — la joven asintió, bajando la mirada—. ¿Me esperas unos minutos? Aquí enfrente hay una cafetería.

Paula se irguió; por alguna razón, tuvo que tragar para deshacer el nudo que de pronto sintió en la garganta. ¡Cuánto dolor hay en la calle! ¡Cuánta gente sin hogar! Reconocerlo desde joven, la hizo dirigir su interés en la carrera de trabajo social; por muy poco que ella hiciera para ayudar a alguien, al final, era algo y esa siempre fue su meta en la vida. Ayudar.

Paula caminó con la espalda recta, como era su porte habitual, hasta subir a su camioneta. Cerca, al cruzar la calle, la hilera de negocios que había estaba repletos de clientes. Su obra de caridad le tomaría tiempo y tenía una cita importante que atender. Sin salir de su estupor, sacudió la cabeza ante la duda de si esperar o no, así que firme en su decisión, pidió su orden de comida y añadió otro café para ella; ciertamente, hacía mucho frío esa mañana. Se sentó en la barra una vez que le entregaron su bebida. Regresó la vista hacia la calle de enfrente.

A lo lejos pudo ver el pequeño bulto que formaba la chica, que permanecía quieta, ahora con la cabeza erguida, mirando en su dirección. Tal vez creía que ella no regresaría y que su ofrecimiento era una burla.

Paula buscó su celular; miró la hora. Iba atrasada a su cita, una que esperó por mucho tiempo.

"Estoy retrasada, pero voy de camino", tecleó a un contacto en concreto y envió el mensaje. Cerró el celular plegable y lo guardó de nuevo en su cartera. Tras frotarse las manos, tomó la taza de café y se lo llevó a los labios.

Una joven mesera colocó ante ella una bolsa con la comida y le entregó la cuenta. Tras pagar y terminar su café, regresó a la camioneta. Cuando volvió a descender, tras cruzar la calle, se encontró con la mirada ansiosa de la chica, que paseaba los ojos entre ella y la bolsa que llevaba en la mano.

—Gracias —logró murmurar la joven sentada en la acera. Con manos temblorosas tomó la bolsa que la mujer vestida de negro le ofreció. Con calma, la abrió.

—Te puse también dos botellas de agua —le anunció. La joven levantó la cabeza—. Hace frío, pero debes hidratarte. ¿De acuerdo?

Con timidez, la joven asintió y, por primera vez, le regaló un asomo de sonrisa.

Inquieta, Paula se irguió, le sonrió por última vez antes de regresar al vehículo, subir a él y marcharse.

***

Una solitaria lágrima rodó por la mejilla de la pálida joven cuando notó que adentro de la bolsa también había una barra de chocolate. Hacía demasiado tiempo que nadie tenía un detalle con ella.

Estaba agradecida porque, desde que quedó en la calle, nunca pasó un día sin comer; aunque fuera solo una comida al día. Los transeúntes le regalaban uno que otro dólar que ella guardaba con celo; otras personas también le compraban agua y algo para comer, pero esta mujer pensó en todo. En su sed, en su hambre, le dedicó unas palabras y le preguntó cómo estaba. La trató como un ser humano.

Esos detalles y la barra de chocolate, la hicieron sonreír por primera vez en cuatro semanas.

02

La tensión en la oficina donde se llevaba a cabo otra reunión de conciliación entre Paula y su esposa, Gil, se hacía insoportable. De nuevo, se encontraba en el bufete del abogado que contrató junto a la mujer con quien compartió tres años de su vida; con quien llevaba una batalla legal por demasiados meses ya para deshacer su matrimonio.

Con las piernas cruzadas, girando de lado a lado la silla ejecutiva donde se hallaba sentada, la mujer de cabellos castaños mostraba una imagen relajada digna de una novela. Rozándose los labios con un bolígrafo, observaba a Gil actuar como un perrito perdido en busca de su atención, mientras los abogados de ambas partes trataban la demanda de divorcio.

Para Paula era agotador e innecesario, pues había tomado una decisión, que no cambiaría por más sesiones de conciliación que se celebraran. Ella ya no sentía nada por su, todavía, esposa. Su matrimonio tenía los días contados desde hacía tiempo. La gota que derramó la copa de una relación rota fue una sustancial extracción de dinero por parte de la rubia, agente de bienes raíces, de su cuenta mancomunada.

Una vez que Paula Rivero notó el desfalco en sus finanzas, no volvió a confiar en su mujer; y tampoco quería arriesgarse a perderlo todo por quien no la respetaba.

Y fue que la trabajadora social nunca supo a donde fue a parar la significativa cantidad de dinero que desapareció de su cuenta bancaria, pues, según la investigación que se llevó a cabo, Gil no tuvo gastos importantes durante los meses en que se efectuaron los movimientos bancarios. Ella la enfrentó en cuanto se percató del desfalco; Gil se hizo la ofendida, aun cuando los retiros se realizaron desde su cuenta bancaria personal.

Después de aquel día, cuando la discusión alcanzó su pico máximo, Paula aprovechó el momento para exigirle el divorcio; la relación que ya estaba lacerada, se hizo insoportable. Gil nunca explicó las razones; mantenía la posición de que la cuenta bancaria

era de las dos, lo que le daba la libertad de gastar lo que quisiera, aunque era Paula quien más contribuía.

Aunque ella estaba enojada por la falta de transparencia de Gil, quien años atrás se ganó su corazón, no desaprovechó la ocasión para solicitarle de manera firme y contundente el divorcio. Para ella, su primer pensamiento fue que su dinero se utilizó para satisfacer los gastos de una amante. Gil no lo confirmó, pero tampoco fue férrea al negarlo.

—Pau —habló Gil, acercándose, le tomó la mano—, arreglemos esto —suplicó—. Son muchos años juntas.

—Años en los que no pensaste antes de robarme —rebatió, mirándola a los ojos, deshaciéndose del agarre.

—No te robé, mi amor —afirmó con determinación. Paula bufó por la desfachatez; su mirada casi la taladra, lo que hizo que Gil se alejara un poco—. Lo sabes —añadió después de tragar saliva—, esa cuenta era nuestra. Estábamos alejadas, no creí importante decir en qué lo usaría.

—¿Y puedes decírmelo ahora? —la retó con firmeza, sin apartar la mirada.

La mujer, de impresionantes ojos verdes, tragó fuerte y se vio nerviosa; palideció y miró a los abogados de ambas, que estaban pendientes del desenlace de la conversación. Los segundos se hicieron eternos para Gil; la mirada de la mujer que amaba, era intensa y la quemaba.

Paula se cruzó de brazos y le sonrió con un gesto de burla.

—No puedes decírmelo, ¿verdad? —la retó una vez más.

—Estás humillándome —la acusó Gil entre dientes, con los ojos brillosos y la barbilla tensa.

—No lo hago —replicó Paula, relajándose en la silla, viéndola tensarse—. Si no quieres otra escena así, por favor, ya deja de solicitar estas reuniones —le pidió—. Mi decisión está tomada. Lo único que logras es que hagamos un gasto innecesario en abogados. No voy a desistir, Gil —sentenció con firmeza—. El trato que te ofrezco es conveniente para ti.

Gil entornó los ojos, destilando rabia.

—¿Llamas conveniente a dejarme en la calle?

—Tienes opciones —le recordó Paula—. Eres vendedora de bienes raíces, ganas una buena cantidad de dinero. La casa que compartimos durante nuestro matrimonio me pertenece —aclaró—. La compré mucho antes de conocerte y que yo recuerde, no has invertido ni un céntimo en ella.

Los ojos de Gil parecieron humedecerse.

—Tuvimos un buen matrimonio —alegó.

Paula asintió, concordando con sus palabras.

—Lo acepto. Fue bueno, pero ya se acabó. No quiero que sigas extendiendo este martirio. Ni siquiera voy a acusarte por el dinero faltante en nuestra cuenta.

Gil frunció el entrecejo.

—¿Martirio? Qué fuerte suena eso, Paula— se quejó.

—Lo sé, no me dejas alternativas. Llevamos meses tratando de llegar a un acuerdo. Ser sincera se me da bien, lo sabes.

Gil negó con la cabeza. No podía creer que la mujer que amaba le hablara de esa manera; no la reconocía. Tras suspirar profundo, admitió para sí que no había nada más por lo que luchar. Ella se enderezó en la silla con determinación, agarró los documentos de la demanda que tenía ante sí y garabateó su firma. Luego se levantó tras tirar las hojas sobre el largo y elegante escritorio. A continuación, también se quitó el anillo de matrimonio, que fue a parar junto a las hojas ya firmadas. Sin más, se dio la vuelta y salió de la oficina.

Paula soltó el aire contenido. Sintiendo alivio, hundió los dedos entre sus cabellos; con los codos apoyados en el tope del escritorio, suspiró fuerte y se estrujó la cara. Ya todo había acabado. La batalla de los últimos meses terminó y no se arrepentía. Aunque tampoco se sentía feliz.

Le dolió hablarle de ese modo a Gil porque ella se enamoró de verdad; la amó, pero ya había agotado sus opciones. Los últimos meses a su lado fueron un infierno, viviendo indiferencias entre ambas partes y una frialdad que le congelaba los sentidos cada vez que llegaba a su casa. No había calidez; no existía intimidad ni confianza.

Paula se recostó de la silla. Su abogado asintió satisfecho y le puso una mano en el hombro. Ella se levantó, estrechó su mano, la del otro jurista y salió de la oficina en silencio. Se dirigió hacia la salida del bufete con el temor de tropezarse con Gil. Una vez abrió la puerta de salida y descendió los únicos dos escalones que había, miró a ambos lados; no vio el auto de su ex. Para su sorpresa, respiró aliviada; otro encontronazo con ella pondría su día de cabezas; más de lo que ya lo estaba.

A distancia, Paula quitó la alarma de su camioneta, sacó las gafas oscuras de su cartera y se cubrió los ojos mientras se dirigía hacia ella. Una envoltura brillosa, de color dorado, se asomó entre los artículos que llevaba dentro de su bolso.

Sonrió aliviada; aún le quedaba un chocolate que sería su compañía y consuelo hasta llegar a su casa.

03

El día se le hizo lento a Athenas, como cada uno de los que vivió desde hacía dos meses, cuando su vida cambió, tal vez para siempre, arrojándola a un mundo oscuro, tenebroso.

La noche anterior, después de caminar durante horas para alejarse del último sitio donde pernoctó, una fábrica abandonada que al menos contaba con un baño afuera donde ella pudo asearse, al fin había llegado a esa gasolinera. Miró por los alrededores, asegurándose de que no hubiese alguien a quien le pudiera molestar su presencia; no vio a un alma, eso la tranquilizó. Desde que estaba en la calle, su prioridad era tener un sitio donde pudiera asearse, al menos una vez al día.

Una puerta de madera en la parte posterior de la gasolinera le llamó la atención. Le urgía utilizar un baño; sospechó que detrás, por la ubicación respecto a la entrada del lugar, había uno. Se acercó con sigilo; otra cosa que aprendió en los últimos dos meses, fue a mantenerse atenta a todo lo que sucedía a su alrededor. Conservar su integridad física se convirtió en su principal preocupación después de sufrir tantos desprecios y agresiones de quienes sí tenían un techo sobre sus cabezas.

Athenas se fijó que el candado que aseguraba la puerta parecía un poco frágil. Después de comprobar que no hubiese una cámara de seguridad, forzó el candado. Al entrar, se encontró en un limitado y oscuro espacio. Ahí había un retrete bastante viejo, pero limpio; una pileta de agua y varios efectos de limpieza acomodados en un rincón. Sonrió como si se hubiese ganado la lotería. Afuera aún estaba oscuro; sabía que faltaban algunas horas antes de que el personal de la gasolinera abriese las puertas del negocio.

Se encerró en el baño, sacó de su mochila una linterna que siempre llevaba con ella y la colocó en un sitio que permitiera que la luz iluminara el mayor espacio posible. Un viejo espejo le devolvió su reflejo; en sus ojos grises se reflejó la tristeza. En su rostro pequeño y alargado notó las horas de escaso sueño y la falta de una buena alimentación. Su cabello largo, negro y liso había perdido el brillo; con movimientos lentos, se lo recogió en una cola alta. Su rostro,

que hasta unas semanas atrás era perfecto, de pómulos bien definidos, nariz perfilada y fina, ahora lucía demacrado; incluso, en la frente tenía un rastro de suciedad. Sus labios finos se contrajeron con un gesto de dolor; un dolor causado por el recuerdo de un pasado apenas lejano, en el que su vida era distinta a la de las últimas semanas.

En un intento por no dejarse arrastrar por la angustia, verificó que hubiese agua potable; luego se desnudó. Con una esponja se lavó como mejor pudo. A continuación, sacó de su mochila un cepillo de dientes y crema dental; mientras se lavaba la boca, se sintió revivir. Una vez que estuvo limpia, cambió su ropa interior, lavó el panti y la camiseta en la pileta; lo exprimió todo. Después de amarrarlos a su mochila, salió del baño.

Sin alejarse de la gasolinera, paseó la vista por los alrededores, buscando un espacio para dormir un poco. Desde la tarde anterior no había descansado; la manera como el destino la forzó a salir del lugar que adoptó como su espacio seguro durante algunas semanas, fue violenta. El miedo a que se repitiera la escena la mantenía expectante. Parada en la calle, recordó la situación que vivió horas antes.

***

Athenas dormía acurrucada en el suelo, en una esquina de un edificio de madera abandonado, cuando en la madrugada se levantó sobresaltada y con un terrible dolor en la rodilla.

En medio de la confusión y el malestar, entendió que la causa del dolor que le tenía casi debilitada la pierna fue un golpe propinado por una mujer de cabellos rubios y ojos azules como el mar, que se encontró frente a ella, mirándola con evidente odio.

Era indudable que la mujer tenía un carácter volátil.

—¡No estoy haciendo nada! —exclamó, en un intento por evitar que volviera a golpearla. Esa era la frase que más repetía desde que una traición y engaño la dejó en la calle. Esta vez las pronunció con los ojos al borde de las lágrimas por el dolor que le atenazaba la pierna—. ¡No tiene que golpearme! —gritó, agarrándose la pierna lastimada.

—¡Esto es propiedad privada! —gruñó a su vez la anciana con una vara en alto, amenazándola. En el rostro reflejaba una incontenible ira—. ¡¿Qué hace aquí una zarrapastrosa como tú?! ¡Vete antes de que llame a la policía!

—Señora... —casi suplicó, arrastrándose de espalda hasta quedar a la intemperie, fuera del lugar.

Terminó con las manos laceradas por el esfuerzo. Su mochila casi vacía, esa que cargaba con sus únicas pertenencias, la llevaba colgada a su espalda, pues en las noches la utilizaba como almohada. Tampoco podía arriesgarse a perder lo poco que le quedaba, por lo que la protegía con celo.

—¡Que te largues!

Athenas sentía el dolor taladrarle los huesos mientras se levantaba del suelo; también sintió que una lágrima escapó de sus ojos.

Una lágrima causada por el dolor físico de aquel golpe, y por el recuerdo de las advertencias de su padre antes de tomar la decisión de emigrar hacia un destino, un país, que le era desconocido por completo.

Ese era el segundo lugar donde vivía; donde, durante dos semanas, se sintió segura. Cuando llegó allí, hizo una breve inspección del espacio. Era un almacén de madera y zinc, apartado, abandonado y solitario. El sitio perfecto para refugiarse después de andar por la ciudad buscando la manera de conseguir algo de comer y algún dólar. Durante esas semanas barrió aceras, entradas de restaurantes y limpió cristales.

Todo trabajo que hizo para ganar algo de dinero lo realizó con el temor atenazando cada fibra de su frágil cuerpo. En los sitios donde llevó a cabo alguna tarea, no la contrataron para un trabajo estable, ni le permitieron quedarse más de un día seguido por los alrededores; era evidente su situación. El no tener papeles legales de residencia le dificultaba establecerse en un lugar; los comerciantes no se arriesgaban a violar las nuevas normas que el gobierno de turno había establecido en cuanto a los inmigrantes.

Lo que Athenas sí pudo constatar fue que muchas personas, incluso temiendo un castigo o alguna represalia, junto con el escaso

pago por su trabajo, le ofrecieron también algo de comida. Vio numerosos rostros compungidos y deseosos de ayudarla. Los entendía; las cosas en los Estados Unidos se habían complicado para cualquier persona sin documentos legales. Lamentablemente, en ese momento, ella era una.

Athenas caminó cojeando hasta la orilla de la calle; a lo lejos aún podía oír las vociferaciones de aquella mujer que la echó sin ninguna contemplación, ni piedad. Una vez estuvo lejos de la vista de la anciana, salió de la carretera sin asfaltar e ingresó a un área arbolada.

Se sentó recostada de un frondoso árbol. Después de tirar su mochila en el matorral, ella se rompió en llanto. Metió las manos laceradas entre la gorra y su cabello; lo haló, causándose más dolor del que ya sentía. Con la frustración, el dolor físico y emocional latente en su pecho, lloró.

Lloró tanto que no supo cuándo el día se hizo oscuro y el sol desapareció. Cuando salió de su estupor, se sentía agotada, con los ojos pesados; tenía hambre y sed. Se estiró hasta alcanzar su mochila; extrajo de ella una vieja linterna y la metió en el bolsillo de su abrigo. Sacó también una botella de agua, de la que bebió un sorbo, y un panecillo duro de su última comida de la noche anterior. Sintió un leve escozor en la pierna; se subió el pantalón de algodón que vestía. Vio el alargado hematoma que le dejó el golpe de aquella mujer, horas antes.

Nuevas lágrimas salieron de sus ojos, y se hizo una férrea promesa. Que ya no permitiría que abusaran de su necesidad. Ella no escogió estar en la calle; jamás imaginó que viviría aquello, tal vez por eso no supo defenderse. Pero ya no. Eso cambiaría.

***

Athenas se hizo una promesa hacía menos de cinco meses, cuando todavía se encontraba en su país. Una promesa en la que tendría una vida nueva, libre e independiente. Llena de seguridad y amor. Le demostraría a su padre que ya no lo necesitaba, que elegir a quien amaba era su decisión y que por más consejos que recibiera, eso no cambiaría.

Aunque ahora que lo pensaba, si hubiese tomado en cuenta las advertencias de su padre, de su familia, no estaría deambulando por las calles de New York.

04

Sintiéndose relativamente aseada, Athenas salió del baño de la gasolinera con la mochila en la espalda; se aseguró de dejar el candado como lo encontró. Ya casi amanecía, por lo que en la calle había mayor circulación de autos que cuando entró. Echó un vistazo por los alrededores; necesitaba un lugar donde descansar. Apenas durmió desde que la anciana que la golpeó con la vara la echó de su edificio.

Comenzó a andar por la calle lateral; no quería alejarse demasiado, así que rogó al cielo por hallar un espacio que pudiera servirle de refugio. Unos pasos después, sus ruegos fueron escuchados. En una calle ciega avistó un banco de concreto; estudió la calle en ojo crítico. Parecía las partes traseras de algunos edificios de ladrillo y grandes ventanas; en lo alto divisó unas escaleras contra incendio. Había también contenedores de basura, pero no percibía ningún mal olor.

No avistó por ahí a otra persona. Con pasos lentos, se adentró en la calle; se acercó al banco que quedaba casi en un rincón, unos metros más allá de los contenedores. Echó otro vistazo a los alrededores antes de quitarse la mochila de la espalda y dejarla sobre el banco. Ese sitio no era del todo seguro, pero podría acostarse en el banco a descansar. También podría refugiarse debajo de él en las noches, para resguardarse del frío; no tenía dudas de que cabía en ese espacio. Lo que más le importaba era que contaba con un baño cerca.

Sin pensarlo más, se sentó en el banco, acomodó la mochila a modo de almohada y se tendió; su cuerpo lo agradeció de inmediato. Se abrazó a sí misma, hacía frío. Desde su posición, podía ver la entrada de la calle, así que notaría si alguien se acercaba. Cerró los ojos porque le pesaban, pero los abrió al cabo de unos segundos. Al instante, su mente empezó a repasar imágenes de su vida meses antes, cuando aún estaba con su familia. En su cabeza se dibujó con nitidez el rostro de la mujer de la que se enamoró, en su pecho su corazón se contrajo. El dolor de la traición, del engaño, era desgarrador.

Luchó con las lágrimas. La vida le dio una lección; una que no olvidaría jamás, por lo que se esforzaba para no llorar. Ya lo había hecho demasiadas veces para continuar derramando lágrimas por algo que no podía cambiar. Solo le quedaba enfrentar su situación y sobrevivir hasta que pudiera retomar el control de su vida.

Su cuerpo reclamó descanso; sin quererlo, se adentró en el mundo de los sueños. En ellos retornó a su país. En sus sueños volvió a sonreír, a ser feliz. Athenas no supo cuánto tiempo había dormido cuando un fuerte sonido la hizo sentarse de golpe; de inmediato, agarró su mochila y la abrazó, en un intento por defender una vez más sus escasas pertenencias. Su corazón latía veloz, inundado de miedo. Al buscar el origen del ruido, se topó con la mirada irascible de una mujer que se hallaba cerca de uno de los contenedores de basura.

Sus miradas permanecieron conectadas hasta que la extraña le dio la espalda y se alejó; la perdió de vista en unos segundos. Respiró aliviada; soltó la mochila y se estrujó los ojos. La intensidad del sol le indicó que hacía al menos una hora que había amanecido.

Deseó una taza de café; o al menos, un sorbo, pero no, los pocos centavos que tenía no los podía gastar en eso, debía pensar primero en comer. Y su estómago le dio la razón al sonar con fuerza. Lo que no sabía Athenas era que, unas horas después, una desconocida, le ofrecería café. Y no solo eso, sino que se aseguró de que comiera, de que tuviera agua y le obsequió también una barra de chocolate.

***

Después de comer y beberse el café, Athenas se sintió mejor. Agradecida con la caridad de aquella mujer, guardó el agua y la mitad del sándwich. Se levantó y echó a andar por la calle con la intención de conocer los alrededores. A su paso, la gente la miraban de reojo y se alejaban; todos temían a las personas de la calle. Ella intentaba que sus ropas estuvieran lo más limpia posible, aun así, era fácil darse cuenta de que no tenía un hogar, de que era una deambulante.

Athenas recorrió cinco manzanas, luego rodeó una calle y regresó a la gasolinera; permaneció lejos, pues ya se había dado cuenta de que la mujer que horas antes vio cerca de los contenedores, botando la basura, era la empleada encargada del baño. Con discreción la estuvo vigilando; de vez en cuando esta entraba y lo limpiaba. Entendió entonces que tendría que mantenerse atenta a la rutina de trabajo de la empleada para no tener problemas para usar el baño.

Incluso con las previsiones que Athenas tomó para no ser descubierta, cuando la gasolinera estaba por cerrar, se topó de nuevo con la mirada irascible de la empleada. Ella supo que la descubrió cuando, unos instantes después de que entró al baño, la puerta se abrió, a pesar de que puso el seguro. Vio los pies de la empleada por debajo de la puerta del cubículo en el que se hallaba el retrete.

—¡Oye! ¡Este baño es solo para clientes! —le dijo, con un tono molesto.

Athenas tragó saliva.

—Ya casi termino.

—No me importa. Sal ya y lárgate.

Ella no respondió; acabó de vaciar su vejiga, se limpió y se levantó. Tras bajar la palanca, rápido se acomodó la ropa, agarró su mochila y salió del cubículo.

Por segunda vez, ese día, sus miradas se encontraron.

—Ya me voy —dijo e intentó ir hacia la puerta, pero la empleada se movió, obstaculizándole el paso.

—Esto no es un hotel, así que ve a hacer tus necesidades a otro lugar.

—Señora, por favor…

—Por favor, nada —la interrumpió—. Ustedes solo saben ensuciar. Lo que gano aquí no es suficiente para tener que limpiar sus mierdas.

—No ensucié nada.

—Solo porque llegué a tiempo.

—Eso no es cierto.

—¡Esto no es un albergue! Ya te lo dije. No quiero verte de nuevo por aquí o llamaré a la policía.

Esa amenaza aceleró el corazón de Athenas. Lo último que necesitaba era que la policía supiera de su existencia.

—No será necesario —dijo, desviando la mirada.

La empleada la miró unos segundos antes de apartarse para que ella abandonara el espacio.

En cuanto salió a la calle, Athenas se alejó unos metros de la gasolinera. Cuando volvió a ver hacia el área, la mujer continuaba mirándola. Ella se dio la vuelta y siguió andando, alejándose. Era posible que la empleada ya sospechara que permanecía cerca, así que tendría que ser más cuidadosa para no volver a topársela. La amenaza de la policía la puso nerviosa, pero no era fácil hallar un sitio con acceso a un baño.

Athenas permaneció el resto del día caminando por las calles, pidiendo ayuda; logró reunir unos dólares con los que compró pan. Al menos ese día no se acostaría con el estómago vacío. Regresó a la zona de la gasolinera cuando ya había caído la noche; se adentró en la calle ciega y, sentada en el banco, se comió la mitad del pan. Aguardó con paciencia a que la gasolinera cerrara.

Una hora después, ya se había aseado. Tuvo la suerte de dar con unas cajas de cartón cerca de los contenedores; las agarró y con eso hizo una cama bajo el banco. Usando su mochila una vez más como almohada, se dispuso a descansar después de cubrirse bien con los cartones, para no ser vista con facilidad si alguien entraba a esa calle y se acercaba.

***

Al día siguiente, Athenas despertó temprano. Sin querer correr el riesgo de encontrarse con la empleada, se dirigió de inmediato al baño. Al entrar, un fuerte olor golpeó su olfato. Se tapó la nariz; vio el piso sucio de vómito. Ella sintió náuseas, pero no podía irse sin hacer sus necesidades ni asearse.

Con rapidez se dispuso a cumplir con su misión, aunque no le resultó fácil. El nauseabundo olor la mantuvo asfixiada y al borde de devolver hasta la bilis, pero resistió. Athenas estaba guardando el cepillo de dientes en su mochila cuando la puerta del baño se abrió.

—¡¿Qué…?! —lo que sea que la empleada iba a decir, quedó en nada cuando el olor la golpeó también. Se tapó la nariz. Con los ojos desorbitados miró el piso.

Athenas la vio contener una arcada.

—No fui yo, pero puedo limpiarlo —le ofreció. La empleada la miró con un gesto de sorpresa; aunque se tapaba la nariz, su gesto fue más que evidente—. Limpiaré si me deja usar el baño. Le juro que no le causaré problemas… Por favor —pidió con un tono de súplica y las manos unidas.

05

Athenas se hizo a un lado para que la empleada de la gasolinera entrara a inspeccionar el trabajo que ella hizo después que le ofreció limpiar el vómito que había regado por cada rincón; solía pasar que las personas que usaban los baños públicos se creían con el derecho a ensuciar sin ningún tipo de consideración.

La empleada entró mostrando cierta desconfianza; ya había tenido muchas malas experiencias con indigentes. Por lo general, eran personas con algún vicio que, llevados por este, eran agresivos o solo buscaban robar. El baño olía a desinfectante y estaba limpio, tal como le gustaba a su jefe. Asintió, antes de mirar a Athenas.

—Está bien —dijo con un tono tosco—. Pero no te pagaré por esto —aclaró.

—Le juro que no es necesario, solo… ¿puedo usarlo… de vez en cuando? —preguntó, esperanzada.

—No quiero que los de tu tipo crean que esto es un albergue, ya te lo dije —reiteró con firmeza.

A Athenas la golpeó eso de "los de tu tipo". Ella no tenía ningún tipo; era una persona corriente que tomó malas decisiones que la llevaron a la calle. Deseó escupírselo en la cara, pero no quería perder la diminuta oportunidad que tenía.

—Seré discreta —declaró con un tono que escondía una súplica —. Puedo ayudarla, ya lo vio. Limpiaré los vómitos y… otros desastres. Aquí entran muchos borrachos, los he visto.

La empleada torció la boca. Odiaba a los camioneros borrachos porque solían dejar el baño hecho un desastre; no apuntaban bien cuando orinaban y solían vomitar por todos lados.

Athenas la miró, suplicante.

—De acuerdo. Eso sí, debes ser muy discreta como dices. Que mi jefe no te vea.

Ella respiró, aliviada.

—Eso no sucederá —aseguró.

—Bien —la miró todavía con suspicacia—. ¿Cómo te llamas?

Athenas dudó. No quería decir su nombre, pero advertía la desconfianza de la mujer; no deseaba darle motivos para que

cambiara de decisión.

—Athenas —respondió.

La mujer se quedó esperando a que dijera algo más. Ella guardó silencio, mirándola.

—¿Acaso no tienes un apellido? —le preguntó con perspicacia.

—No hace falta, ¿o sí?

La empleada volvió a torcer la boca.

—No hace falta. Me llamo Constanza —se presentó, aunque no tuvo ninguna intención de tenderle la mano.

Athenas asintió. Lo que acababan de acordar quedaría entre ellas, así que no había nada más de que hablar. Se dio la vuelta y se alejó; cruzó la calle y siguió andando hasta que se perdió de la vista de Constanza.

Era un alivio saber que ahora no tenía que esconderse para usar las facilidades; eso la llenó de optimismo. Tal vez si encontraba un trabajo y ganaba algo de dinero, pudiera al menos hallar un lugar que alquilar para salir de la calle. No era fácil, lo sabía, pero lo intentaría.

Ese día recorrió muchas calles; cuando quiso preguntar por un trabajo, las miradas de desconfianza le restaron valor. Incluso, en una panadería la echaron, aunque ni siquiera había entrado. El encargado le pidió gritándole que se alejara de allí, que no quería mendigos por los alrededores. Athenas hizo un enorme esfuerzo por contener las lágrimas mientras se alejaba del sitio. Un par de calles después, se miró en un espejo. Su ropa algo sucia, no era la mejor imagen para buscar una oportunidad de ganar dinero de manera decente. Se había lavado la cara y un poco el cabello, aun así, la gente lo primero que miraba era su ropa.

Con el ánimo por el suelo, regresó a las inmediaciones de la gasolinera. En cuanto apareció y Constanza la vio, le hizo una seña para que se acercara.

—Ocúpate —le ordenó en cuanto llegó hasta ella, señalándole el baño.

Athenas no dijo nada, solo asintió y entró, dispuesta a cumplir con su parte del acuerdo.

—¿Con cualquiera de estos? —preguntó al encontrar tres envases de desinfectante.

—Sí —esta vez Constanza se quedó cerca; sacó una caja de cigarrillos y un encendedor del bolsillo del pantalón—. ¿Fumas?

—No.

La empleada la observaba con discreción mientras ella usaba el detergente para quitar el mal olor del inodoro.

—¿Estás bien? —le preguntó tras percatarse del gesto desolado en su rostro—. Pareces triste.

Ella no estaba de ánimos para hablar de lo que le sucedió, mucho menos con una extraña.

—Estoy bien —respondió sin mirarla.

Constanza entornó los ojos; no le creyó.

—¿Cuántos años tienes?

Athenas no respondió de inmediato.

—Veintiséis.

—Es extraño que no fumes. La gente de la calle lo hace —observó.

—No tengo vicios —respondió sin dejar de limpiar. El humo del cigarrillo le molestaba, pero sabía que quejarse no serviría de nada. Además, era capaz de cualquier sacrificio para tener acceso a ese lugar.

Esa respuesta enmudeció a Constanza; o, al menos, hizo que su curiosidad por ella se intensificara. Tal vez de verdad tenía ante sí a una persona que estaba en la calle por motivos muy diferentes a los comunes. Observó sus brazos; lucían delgados, como ella, pero no tenían marcas de agujas, cicatrices ni tatuajes.

—¿Tienes estudios?

—Sí —respondió. ¿Por qué continuaba interrogándola? Su incomodidad no podía ser mayor.

—¿En qué?

—Diseño gráfico.

—Vaya, qué sorpresa —comentó, esta vez sin tintes de ironía.

Constanza notó que el gesto de tristeza de Athenas mutó a incomodidad; también su lenguaje corporal era el de alguien que se siente en peligro. Decidió que la dejaría en paz; en su conciencia

pareció filtrarse una pizca de empatía. Sin decir nada, al final, la dejó sola.

Athenas soltó mucho aire. Más relajada, terminó de limpiar unos minutos después; salió del baño, cruzó la calle y se sentó, recostada de uno de los edificios. Al mirar hacia la gasolinera, vio a Constanza observándola. Por primera vez desde que la conoció, la empleada le dedicó un asomo de sonrisa.

Qué día más extraño.

***

De ese modo, los días en la vida de Athenas se fueron sucediendo. En cada uno de esos días, Constanza se acercaba, entablando una conversación a medida que los interrogatorios fueron cesando.

Con el transcurrir de los días, incluso llegaron a bromear, permitiéndose compartir unas risas. Athenas llegó a conocer los nombres de cada miembro de familia de Constanza; y esta, algunas de las cosas que ella vivía en la calle cuando buscaba algo de dinero o una oportunidad de trabajo.

—La gente es mala —comentó la empleada tras escuchar una de sus tantas historias. Athenas la miró, con las cejas arqueadas, recordándole lo obvio—. Está bien, reconozco que también lo fui contigo, pero no todos los de la calle son como tú.

—No todos los que están en la calle son delincuentes —defendió a los que la vida, de alguna manera, les pagó mal. Como a ella.

—Es cierto —reconoció Constanza—. Es que la mayoría nos dejamos llevar por la primera impresión. Alguien andrajoso, sucio, suele dar mala espina.

Athenas bajó la cabeza; ese era la principal razón por la que no conseguía un trabajo.

—Lo sé —dijo en voz baja.

—Oye, los que estamos mal somos nosotros al juzgar a primera vista.

—No es que yo esté libre de pecados, pero eso nunca cambiará. Es parte de la naturaleza humana.

Constanza asintió, concordando con ella. En esos días que llevaba tratándola, descubrió a una persona honesta, educada e

inteligente; un alma que rechazó por no ver más allá de su ropa algo sucia y por saber que vivía en la calle. Descubrir todo eso la hizo preguntarse por qué estaba en la calle, qué le sucedió. Sabía que no obtendría esas respuestas de Athenas, pues se mostraba hermética y esquiva cuando se trataba de su familia o de las razones por la que dormía bajo un banco en un callejón.

—Te pido disculpas por haberte tratado mal —dijo Constanza, mirándola a los ojos.

Athenas no pudo ocultar su sorpresa.

—No es necesario que te disculpes. Yo… irrumpí en el baño.

—Pero no debí tratarte así. Lo siento.

Ella tragó saliva.

—Está olvidado —dijo.

Con la empatía germinando, ambas se dedicaron una sonrisa.

06

Transcurrió un par de semanas desde que Athenas se quedaba en el callejón adyacente a la gasolinera. Continuaba ayudando a Constanza con la limpieza del baño, pero también conseguía otras cosas que hacer con lo que ganaba algunos dólares o comida; aunque nada importante ni definitivo para cambiar su situación. Sacar la basura de algún lugar, regar plantas, en fin, tareas sencillas.

Cuando Athenas regresaba a la estación de servicio, Constanza sentía alivio; no quería que le sucediera nada malo. En un par de ocasiones, le llevó comida que sobró en su casa. Como siempre que hablaban, la curiosidad por su situación le ganaba, por eso le preguntó una vez más la razón por la que estaba en la calle.

—Pronto regresaré a mi casa —Athenas mintió porque la desconfianza se había arraigado a su alma desde la traición que recibió de la última persona que mostró interés por ella.

Constanza advirtió su tensión por la manera como evitó su mirada; notó que no estaba acostumbrada a mentir. Athenas no era mala persona, así que no la presionaría más. La calle era peligrosa, en especial, para una mujer tan joven; cerca de la gasolinera estaría relativamente segura. Si se quedaba más tiempo por allí, esperaba ganar su confianza y, tal vez, podría ayudarla de algún modo.

Athenas vio a la empleada regresar a la tienda de la gasolinera. Agradeció que no le hiciera más preguntas. Esa tarde, aprovechando que el chico que solía limpiar los parabrisas de los autos que llegaban a la estación no fue, ella tomó su lugar.

Cuando Athenas se acercó, unos instantes después de que un auto se detuvo, ella mostró la esponja y el atomizador, ofreciendo limpiar el parabrisas. La puerta se abrió y un hombre que debía medir dos metros descendió del auto.

—Ni se te ocurra tocar mi auto —le dijo, señalándola con el dedo a modo de advertencia.

Ella ni siquiera respondió, solo se alejó. A veces los conductores parecían ir demasiado a prisa para prestarle atención a una persona de la calle que necesita tanto de unos centavos para pasar el día.

Por suerte, pudo limpiar los parabrisas de los siguientes cinco autos; eso le valió un dólar y veinticinco centavos, nada mal.

***

Paula había tenido que atender unas llamadas a primera hora de la mañana mientras bebía su café. Apenas comió una tostada, por lo que ahora tenía hambre; además, sentía una urgente necesidad por dulce. El síntoma que ya sabía reconocer cuando tenía la glicemia al límite de lo bajo, así que precisaba comer algo para contrarrestar el efecto de la hiperinsulinemia que padecía gracias a una condición genética heredada de sus padres.

En ese momento, conducía a la gasolinera donde solía cargar combustible; primero, para llenar el tanque y, segundo, para comprar su chocolate favorito. Se había quedado sin provisión y con la ansiedad por algo dulce respirándole en la nuca, no tenía más remedio que darse el pecaminoso gusto.

Cuando se acercó al acceso de la estación de servicio, se encontró con una fila de autos; frunció los labios, con lo que le fastidiaba esperar. Se recostó del asiento y subió el volumen de la música que escuchaba. Resignada, se distrajo mirando a la gente de los alrededores. Paseaba la vista de una persona a otra cuando se fijó en quien limpiaba el parabrisas del auto que cargaba gasolina en la otra fila.

Frunció el entrecejo; la persona le resultó conocida. Se quedó observándola. Unos segundos después, su mente fue iluminada. Era la chica a la que le compró comida días atrás. Sonrió sin darse cuenta. Se veía algo distinta, más limpia. Eso le gustó.

De pronto, Paula tuvo la sensación de que se mareó, pero no estuvo del todo segura porque sucedió muy rápido; además, estaba concentrada en la chica de la calle. ¿Habría comido ese día? Rogó al cielo que fuera así. Por su trabajo, conocía la necesidad y penurias que pasaban las personas de la calle. Por supuesto, decidió que le compraría algo de comida otra vez.

¿Le habría gustado el chocolate que le regalé?, se preguntó.

—Sí, tuvo que gustarle —se respondió a sí misma—. Es el mejor.

La fila fue avanzando, así que pudo ver más de cerca a la chica. *¿Cuántos años tendrá?* Paula continuaba observando, por eso se dio cuenta de la manera como el siguiente conductor se negó a que le limpiaran el parabrisas. Apretó los dientes al ver la forma grosera como se negó. ¿El idiota tenía que ser imbécil también? Con cada día que transcurría, parecía que el ser humano perdía su humanidad.

Ella negó con la cabeza viendo que la chica se apartó para evitar problemas. Con lo fácil que era ayudar. Agradeció que los otros conductores fueran amables. Cuando por fin llegó al surtidor, apagó el auto y descendió; sin perder tiempo, se aproximó a la chica, que pareció sorprendida al advertir su cercana presencia.

Paula le sonrió.

—Hola. ¿Me recuerdas?

Athenas retrocedió un poco por puro impulso, porque sí, reconoció a la mujer; aun así, se mostró arisca, pero le costó apartar la mirada de sus ojos.

—Sí.

—¿Conseguiste trabajo aquí? Me alegra mucho —dijo sonriendo.

—No lo conseguí —respondió.

—¡Oh! —la decepción se posó en el pecho de Paula, incomodándola—. Bueno, pero estás ganando algo con esto, ¿no? —preguntó, señalando la esponja y el atomizador que tenía en las manos.

—Algo.

Paula se quedó mirándola con atención. Antes le pareció joven, y ahora se daba cuenta de que, tal vez, lo era más de lo que pensó.

—Te comparé otro café, si estás de acuerdo… —le dijo. Athenas solo asintió—. Bien. Iré a pagar —anunció—. Quédate cerca, por favor.

Ella asintió otra vez. A Paula le pareció que a la joven le costaba responder por vergüenza a recibir ayuda. Ya adentro, pagó el combustible y compró su ansiado chocolate, pero no dos, como acostumbraba, sino tres. Sonreía complacida mientras se dirigía a la salida.

Después de llenar el tanque, mientras Athenas continuaba en su tarea, Paula fue a la misma cafetería de días atrás y compró café,

agua y un sándwich. Antes de salir, metió en la bolsa uno de los chocolates. Tras subir a su auto, rodeó la calle para regresar a la estación; se aparcó cerca de la entrada, agarró la bolsa y descendió.

Athenas se mantuvo atenta a sus movimientos, aun así, no se atrevió a acercarse al auto de la desconocida. La desconfianza golpeó otra vez su mente y corazón. ¿Por qué alguien que parecía tener todo en la vida le compraba comida y le hablaba con respeto? Las personas no solían ser tan bondadosas, apenas daban una limosna cuando les pedía ayuda.

Paula dio unos pasos hacia ella cuando un fuerte mareo la paralizó; tuvo que retroceder para recostarse de su vehículo porque todo le daba vueltas.

Athenas advirtió su rostro descompuesto y lo débil que parecía de pronto la desconocida. Olvidándose de sus reservas, se acercó de inmediato.

—¿Se encuentra bien?

Paula tenía la cabeza agachada y los ojos cerrados, pero se sostenía del auto.

—Estoy mareada.

Asustada, Athenas miró a su alrededor, en busca de ayuda. No pudo creer cuando no vio a nadie cerca. Tuvo el impulso de sostenerla; en su lugar, llevada por su instinto, le quitó las llaves del auto de las manos y lo abrió.

—Siéntese —ahora sí la tomó por un brazo para darle firmeza y la ayudó a sentarse en el asiento del piloto.

Paula se recostó; dejó la bolsa en el asiento del lado.

—Necesito comer algo —dijo—. Dulce.

Athenas la miró sin comprender. ¿Se sentía mal y, aun así, pensaba en comer?

—No… No tengo suficiente —contestó.

Paula tomó aire profundo.

—Por favor… busca en mi bolso —balbuceó—. Chocolate.

Sin saber qué otra cosa hacer, la joven rodeó el auto, abrió la puerta del copiloto y buscó en el bolso, tal como ella le pidió. Encontró el chocolate; rápido rompió el envoltorio y se lo ofreció.

—Tenga.

Aturdida, Paula agarró el chocolate y le dio un mordisco. Desde la otra puerta, Athenas la observaba.

—¿Se le baja la glicemia? —le preguntó.

La otra mujer asintió sin abrir aún los ojos.

—¿Una gaseosa será más efectiva?

Ahora negó con la cabeza y levantó el chocolate.

—Con esto será suficiente.

Athenas entornó los ojos. No estaba tan segura de eso.

07

Aunque cuando Paula se fue de la gasolinera parecía estable, Athenas se quedó mirando la camioneta alejarse. La mujer continuaba siendo una desconocida porque no sabía su nombre, a pesar de que esta vez hablaron bastante, más que la primera vez que la vio.

Parada cerca de uno de los surtidores de combustible, siguió con la vista la camioneta hasta que desapareció por unas de las calles. En la mano tenía la bolsa de papel que la mujer le dejó; ya suponía lo que contenía. Comida y…

Ella abrió la bolsa solo para comprobarlo. Su sonrisa fue la más auténtica que se dibujó en su rostro desde hacía meses. Ahí estaba la barra de chocolate, con su papel brillante de color dorado y blanco.

—La chica del chocolate —susurró, mirando hacia la calle por donde la perdió de vista.

El fuerte sonido de una bocina la devolvió a la realidad. Al mirar, una joven mujer le hizo señas para que se acercara. Rápido, Athenas guardó la bolsa que le dio Paula en la mochila que llevaba en la espalda, agarró la esponja, el atomizador y se apresuró a acercarse.

—Hola —la saludó la conductora con una sonrisa—. ¿Lo limpias, por favor? —le pidió mientras descendía del auto.

—Por supuesto.

—Iré a pagar.

Athenas asintió y se puso a limpiar el parabrisas. La conductora regresó tan rápido, que ella aún no terminaba; notó que la mujer se quedó mirándola mientras conectaba el dispensador de combustible al tanque del auto. Eso la inquietó un poco.

—No tienes mucho tiempo aquí, ¿cierto? —le preguntó la joven mujer—. Te he visto solo un par de veces.

Como siempre, a Athenas le incomodó que la observara más de lo habitual.

—Sí —respondió sin ahondar.

—¿Te gusta este trabajo?

Ella se encogió de hombros.

—Es lo que hay —respondió sin mirarla.

La joven mujer guardó silencio hasta que desconectó el dispensador y lo devolvió a su sitio. A continuación, rodeó el auto y abrió la puerta del conductor. Sacó un billete del bolsillo y se lo tendió.

—Gracias.

Athenas vio el billete. Era de diez dólares. No lo podía creer.

—Es demasiado —le dijo.

La otra mujer sonrió.

—Es lo que considero vale lo que hiciste —afirmó, señalando el parabrisas.

Con cierta timidez, Athenas aceptó el billete.

—Gra… Gracias.

La mujer subió al auto y cerró la puerta.

—Oye, ¿quieres ganarte unos dólares más? —le preguntó.

—Sí —respondió Athenas sin dudar.

—Mira… —ella buscó en la guantera de su auto—, soy la encargada de un Café-Bar. Necesito a alguien que limpie los exteriores porque quien se ocupa de ese trabajo, está enfermo. Puedo pagarte si estás dispuesta a hacerlo —le tendió una tarjeta—. Búscame mañana en esta dirección si te interesa.

Athenas amplió los ojos por la sorpresa. Con cierto nerviosismo, aceptó también la tarjeta.

—Gracias.

La chica le sonrió y se despidió de ella con un gesto con la mano. Por segunda vez ese día, la mujer de ojos grises siguió con la vista a alguien que se alejaba de la gasolinera. Ahora miró la tarjeta en una mano y el billete de diez dólares en la otra. En su mochila tenía comida y una barra de chocolate. Ese día, en particular, la suerte parecía sonreírle con cierta empatía.

Por supuesto que le interesaba ganarse unos dólares, así que no perdería la oportunidad; con determinación, buscó a Constanza, que se encontraba cerca del baño.

—¿Puedo pedirte un favor? —le preguntó, sorprendiéndola un poco.

—Sí, claro.

***

Contenta porque Constanza aceptara lavarle la ropa que usaría para ir al Café-Bar, continuó limpiando los parabrisas de los autos que llegaban. Llevaba un par de horas en eso cuando vio aproximarse un auto de color negro, con las ventanillas ahumadas y una potente música sonando en su interior. No supo por qué tuvo una extraña sensación; se le erizó el vello de la nuca cuando el auto se detuvo en el surtidor en el que ella se encontraba.

El auto le recordó a uno que vio estacionado en el lugar de donde escapó antes de terminar en las calles. Dejándose llevar por su instinto, se alejó del surtidor, pero sin perder de vista el auto. Las puertas de este se abrieron; los dos hombres que descendieron de él se quedaron mirándola. Ella tragó saliva. Esos hombres no eran buenos, lo supo al ver sus miradas; unas miradas que eran iguales a las de las personas que la traicionaron.

Los hombres no disimularon; mientras se dirigían a pagar el combustible, no apartaron la vista de ella. Fue como si la hubiesen reconocido de algún lugar; incluso, uno de ellos sonrió con cierto aire de misterio.

Athenas sintió miedo. Personas como de las que escapó las había en todos lados, así que debía estar alerta. Permanecer en la calle la convertía en un blanco fácil. En cuanto los hombres entraron al negocio a pagar, ella se ocultó, aunque desde su escondite los podía vigilar sin problemas una vez que salieran de la tienda. Por eso se percató de que los desconocidos parecieron buscarla con las miradas. Eso sembró más miedo en su ser, convirtiéndolo en ansiedad. En terror.

Tenía que estar alerta porque si volvía a caer en manos de personas despiadadas como de las que fue casi prisionera, sabía que no volvería a escapar jamás. Respiró aliviada cuando vio a los dos hombres marcharse. Esperaba que no regresaran por ahí. Algunas veces llegaban personas que solo iban de paso, con destinos desconocidos, muy lejos de New York.

Durante el resto del día, a Athenas le costó deshacerse del malestar que le causó el miedo de ver a los dos desconocidos. Aun

así, cuando cenó, logró olvidarse del mal trago; en su lugar, pensó en la chica del chocolate.

Sentada en el banco que convirtió en su guarida, miró la barra de chocolate que había dejado a su lado y sonrió. Le gustaba, era delicioso. Dedujo que a la desconocida debía de encantarle, por eso lo compraba con frecuencia. Por eso y tal vez para tener algún dulce cuando se le bajaba la glicemia.

Sintiéndose satisfecha por la cena y por el trozo de chocolate que comió como postre, se acomodó para dormir. Se metió bajo el banco y tapó su escondite con cartones para disimular su presencia. Cada noche era un nuevo reto; que nadie la descubriera porque no sabía si podría defenderse. Ese era el peligro de la calle.

Athenas cerró los ojos y se dejó envolver por Morfeo. En el mundo de los sueños volvió a ver a sus padres, a su familia. Se sintió perseguida por los consejos que le dieron mientras ella se alejaba en busca de sus sueños.

Sueños que terminaron convirtiéndose en una pesadilla. Con la respiración agitada y desorientada, despertó cuando el alba comenzaba a despuntar. Lo supo porque en su desesperación pateó los cartones para escapar del estrecho espacio.

Al reconocer el sitio en el que se hallaba, fue que pudo respirar aliviada. El sueño la dejó confundida, pero también le abrió la herida del recuerdo de ver sus ilusiones rotas, de la traición que cambió su vida.

Sentada en la acera, miró al cielo. Los rayos de sol que se asomaban perezosos entre los edificios parecían otorgarle a la ciudad un aire distinto.

Ya más tranquila, se permitió respirar el aire fresco y limpio de las primeras horas del día. Necesitaba llenarse de nuevas energías. Precisaba que la vida le diera una segunda oportunidad.

08

Al día siguiente…

Fue un día bueno para Athenas; terminó relativamente temprano, pues a veces, a esa hora, justo a las cinco de la tarde, aún no había acumulado suficiente dinero para cenar. Después de limpiar las mesas exteriores de del Café, se acercó a la puerta de la cocina por la parte trasera. La joven encargada, de cabellos ensortijados, alcanzó a ver su reflejo en cuanto se asomó; fue hacia la caja registradora y sacó algunos billetes. Luego se dirigió a la puerta trasera con una sonrisa curvándole los labios y una bolsa de papel en las manos.

La pelinegra estaba recostada de la pared; en cuanto oyó el sonido de la puerta abrirse, se sobresaltó. El miedo que atenazaba su alma no le permitía descansar, ni dejar de estar alerta.

—¡Hey! Disculpa, ¿cuál es tu nombre? —le preguntó la joven encargada.

—Athenas —respondió, recuperando la calma en cuanto vio a la mujer acercarse.

—Me llamo Christine —se presentó—. Hemos conversado, y aún no sabemos nuestros nombres —la pelinegra asintió sonriendo—. Bien, Athenas, no quiero ilusionarte —dijo con dulzura, tendiéndole la bolsa de papel, que ella aceptó de inmediato—, pero hablaré con mi jefe para permitirte que hagas la limpieza en los exteriores —su rostro se iluminó—. Me gustó como trabajaste hoy, y la forma tan discreta como lo hiciste.

Athenas sonrió, ilusionada.

—Muchas gracias —respondió con emoción. El solo hecho de que hubiese reconocido su trabajo la hizo feliz.

—Ven el viernes —le pidió—. Hacemos la limpieza de exteriores dos veces en semana. Ese día te tendré una respuesta.

—Gracias, gracias.

Christine se acercó un poco más al ver el nivel de ilusión de la joven pelinegra.

—Recuerda, no es nada seguro —le aclaró de nuevo—, pero trataré de ayudarte. Tienes la cena de hoy en esa bolsa. Ojalá te guste el empanado de bistec. También te puse arroz y un poco de frijoles.

Athenas, al escuchar lo que cenaría, quiso llorar. Hacía tanto que no tenía una comida completa, que su estómago rugió. Ella quiso abrazar a ese ángel porque, aunque el trabajo no se concretara, ese día fue una bendición. Con la cena en las manos y algunos dólares en el bolsillo, solo le restaba descansar en el callejón, detrás de la gasolinera, y continuar leyendo la novela que días atrás encontró sobre el banco.

Tras un breve intercambio de palabras, Christine le sugirió que comiera ahí, que nadie la molestaría y de paso, cenaba caliente.

Athenas se sentó en el suelo, pegada de la pared, entre los vehículos de los trabajadores del restaurante. Antes, se acercó a una llave donde llenó los cubos de agua para limpiar y se lavó las manos.

Cuando abrió la bolsa de comida sintió ganas de llorar. No era una porción pequeña, no; de hecho, era más de lo que acostumbraba a cenar en su país. Emocionada, sonrió y se persignó, agradeciendo a Dios que no la desamparaba y se dispuso a cenar.

Su pecho rebosaba de alegría. Mientras cenaba, recordó cada una de las inesperadas cosas que le sucedieron ese día. Que Christine la viera limpiando parabrisas el día anterior y le ofreciera ese trabajo; que la dejaran realizarlo sin inconvenientes, que le pagaran por ello y que, además, también le ofrecieran comida caliente para cenar.

Irse a descansar temprano era algo que hacía mucho no lograba. Porque las personas piensan que deambular es solo una opción para los viciosos. Su caso no era más difícil que muchos otros en ese país, pero era el suyo y no tenía comparación. Ella no eligió aquello, por lo que, las pequeñas cosas buenas que le pasaban, las agradecía.

Tras acabar toda la comida, metió los envases vacíos en la bolsa, bebió la botella de agua que le quedaba en la mochila y guardó la que venía incluida en la cena. Se levantó y se dirigió hacia el contenedor de basura; tiró todo dentro y reanudó su camino por

la calle que estaba atestada de tráfico. Athenas avanzó por la orilla de la acera, golpeando contra su pierna una varita que días antes recogió con el fin de espantar cualquier perro realengo que se le acercara con intenciones de morderla.

El frenazo de una camioneta, estacionándose de forma atropellada cerca de ella, a la orilla de la calzada, la sobresaltó. Por alguna razón, las luces intermitentes le avisaron que algo ocurría porque la puerta se abrió, pero nadie salió del vehículo. Un intenso estremecimiento ya conocido por ella, se apoderó de su ser al creer que alguien saldría con alguna mala intención; se quedó quieta, aunque lista para echar a correr de ser necesario. No obstante, a medida que los segundos transcurrían, fue reconociendo la camioneta, de color verde agua.

Era la camioneta de la mujer que platicaba con cuando iba a la gasolinera. Su miedo a acercarse cedió en cuanto notó un brazo que colgaba por la puerta.

Athenas corrió hasta llegar al auto. La mujer estaba casi inconsciente, recostada del asiento. Su cuerpo se tensó de una manera que no se pudo explicar al verla así.

—¡Hola…! ¡Hola! —la llamó mientras la sacudía.

Aunque la mujer intentaba abrir los ojos, permanecía inmóvil. Desesperada, ella empezó a hacerles señas a los autos que circulaban por la calle. Sin embargo, nadie se detuvo; nadie le hacía caso. ¿Quién se preocuparía por una ambulante pidiendo ayuda? Era casi imposible que ocurriera.

Athenas volvió al vehículo; sudaba a borbotones mientras le daba golpecitos en las mejillas a la mujer, que mantenía los ojos cerrados. Era evidente que no respondería a sus intentos de despertarla. Entonces, en medio de la desesperación, llegó la luz.

La camioneta estaba encendida. Sin pensarlo mucho, rodeó el vehículo y subió por la puerta del pasajero; a continuación, como pudo, tiró de la mujer hasta que logró cambiarla al asiento del copiloto. Le colocó el cinturón de seguridad, cerró la puerta y volvió a dar la vuelta. Con decisión, ocupó el lugar del conductor; nerviosa, se puso el cinturón y miró a la mujer a su lado.

—Por favor, despierta —rogó una vez más, pero nada ocurrió.

Con ambas manos aferradas al volante hizo algunos ejercicios de respiración, sacudió la cabeza y agarró el bolso que yacía en el suelo. Buscó el celular. En cuanto la pantalla se iluminó, respiró aliviada; al menos no estaba bloqueado. Pulsó el icono de GPS y escribió, "hospital".

A menos de tres millas quedaba el hospital más cercano. Volvió a persignarse, movió la palanca, puso el auto en marcha y se incorporó a la carretera. La llevaría al hospital.

***

—¿Cuál es la emergencia? —le preguntaron a Athenas en cuanto salió de la Bronco, después de detenerse cerca de la puerta de entrada de la sala de emergencia del hospital.

—Es mi amiga y no reacciona. No sé qué le sucede —explicó sin dudar, aunque con la voz temblorosa.

Un par de enfermeros le ayudaron a sacar a la paciente del auto, luego la colocaron sobre una camilla. Athenas fue detrás de ellos, pero antes de ingresar al hospital, un oficial de seguridad le anunció que debía mover la camioneta. Ella agitó las manos con nerviosismo al ver que la camilla donde llevaban a su amiga desaparecía tras las puertas batientes de la sala.

—Señorita… —el oficial llamó su atención una vez más, señalándole el auto.

Athenas asintió, luego se dirigió a la camioneta y la abordó. Después de estacionarlo en el lugar adecuado, tomó el bolso de Paula; miró hacia la parte trasera y, por instinto, agarró un abrigo que había en los asientos traseros.

Mientras se acercaba a la sala de emergencias, se puso el abrigo e ingresó con cierto nerviosismo. El enfermero que antes las recibió se acercó para pedirle información de la paciente. La seguridad con la que actuó durante la emergencia quedó rezagada en cuanto cayó en cuenta de que no sabía nada de la amable mujer; de "la chica de los chocolates", como ella le decía.

Fueron segundos en los que la pelinegra no reaccionó, en los que en su cabeza se formaron signos de interrogación. ¿Qué hacer que fuera convincente para no descubrirse? Era una inmigrante, sin

ningún tipo de documento legal. Y su amiga en ese momento dependía de ella.

Fue ese pensamiento lo que la impulsó a sacudir la cabeza para aclarar su mente; se excusó con el enfermero y buscó en el bolso. Las manos le temblaban, el hombre lo notó. La cartera con los documentos de identidad cayó al suelo.

—Disculpe —dijo atropelladamente, agachándose a recogerla.

—Tranquila, entiendo que estés ansiosa. Solo dame su tarjeta médica.

Ella abrió la cartera. Advirtió que el enfermero no prestaba demasiada atención a sus atropellados movimientos, tal vez porque así actuaban las personas en casos de emergencias; aunque su nerviosismo era por su situación en ese país. Agarró la billetera; en el permiso de conducir, leyó el nombre. La chica de los chocolates se llamaba Paula Rivero.

—Tenga —le tendió una tarjeta y una identificación—. Se llama Paula Rivero —dijo tras leerlo en el ID.

—¿Y tú eres?

—Athenas —respondió.

—¿Qué relación tienes con la paciente?

La pregunta la paralizó. Abrió sus enormes ojos grises sin tener idea de qué responder. Sabía que en los hospitales solo se les daba información médica a familiares y ella ni siquiera la conocía, pero de ningún modo la dejaría ahí, a su suerte, sola.

Sin embargo, aunque lo deseaba, no podía emitir palabras. El enfermero sonrió de medio lado; levantó la mirada al notar que ella vacilaba en su respuesta.

—¿Eres su pareja?

El temor que antes se reflejó en su cuerpo fue reemplazado por la sorpresa.

—¿Pareja? —repitió con un hilo de voz.

El enfermero sonrió.

—Tranquila, te entiendo. La mayoría no quiere informarlo, pero no soy de esos. Mi pareja se llama Bobby —confesó y le regaló un guiño cómplice—. Si alguna otra persona te pregunta, solo dile que eres su hermana o prima. ¿De acuerdo?

Ella asintió.

—Iré a llenar el formulario médico —le anunció—. Espera aquí. En cuanto tenga información de tu novia, vendré —él le dio la espalda y se fue sin darle tiempo a nada.

Athenas se quedó ahí, de pie, inmóvil.

09

Un movimiento en la cortina que separaba la camilla donde se hallaba, de los demás pacientes en la sala de emergencia, le reveló a Paula la presencia en el cubículo de quien menos esperaba.

—¿Tú? —su sorpresa fue grande al ver que la joven mujer, que usaba una gorra, se asomó con timidez.

Unos minutos antes, un enfermero le informó que su novia permanecía en la sala de espera. Ella se extrañó; su primer pensamiento fue creer que a quien se refería era a su exesposa, por lo que, en esos segundos, antes de ver a la chica de la gasolinera, se preguntó cómo Gil supo de su emergencia médica.

—Hola. ¿Cómo estás? —Athenas se acercó a la camilla con pasos inseguros.

Ella iba cubierta por un abrigo que Paula reconoció de inmediato. La luz llegó en segundos a su mente; recordó con claridad que fue a la chica a quien vio en la calle justo antes de desmayarse. Ahora todo cobraba sentido.

—¿Fuiste tú quien me trajo aquí? —le preguntó. Ella asintió, ya a su lado. Las miradas se cruzaron. Para Paula fue un alivio saber que la chica de impresionantes ojos fue quien la salvó de un colapso a causa del bajón de glucosa. Sonrió y le agarró la mano—. Gracias. ¿Cómo te llamas?

A Athenas le sorprendió el contacto, pero no lo rechazó ni dijo nada. Solo posó la vista en sus manos un par de segundos. Tragó saliva antes de hablar.

—Athenas —respondió—. ¿Estás mejor?

Paula asintió, sonriendo.

—Lo estoy. Me dijo el doctor que llegué a tiempo al hospital. Y eso fue gracias a ti, Athenas.

—Me asusté y… —se mostró nerviosa, se quitó el abrigo y lo colocó sobre sus piernas, luego agarró la cartera que se cruzó en el pecho y se la retiró. Paula notó lo sonrojada que estaba cuando le entregó el bolso—. Paula, te pido disculpas, pero también tuve que utilizar tu abrigo para no despertar curiosidad.

La paciente frunció el entrecejo.

—¿Curiosidad?

—Por mis fachas —explicó—. Además, ni sabía cómo te llamabas. Tuve que buscar en tu billetera —señaló. Paula la miró de arriba abajo. Ella no tenía la ropa muy pulcra, era verdad; su cara, aunque limpia, se notaba opaca y la gorra lucía bastante desgastada. Pero, en general, no ofrecía una mala imagen. Tal vez porque, aunque se notaba triste, no estaba demasiado desmejorada. Ella frunció el entrecejo al verla tan sonrojada—. Me pidieron tu información —dijo—. No me quedó otro remedio. De verdad, lo siento.

Paula se cruzó de brazos, luego negó con la cabeza.

—¿Y cómo llegamos aquí? —preguntó, quitándole peso al momento. En respuesta, Athenas sacó el llavero del auto que cargaba en su bolsillo y las agitó ante ella—. ¿Manejaste mi auto? —frunció el ceño.

La pelinegra asintió. Por primera vez, Paula confirmó que Athenas no era una persona con vicios. Algo había ocurrido en su vida para que estuviera en esa situación. Ella actuó con premura y destreza en una emergencia; la llevó al hospital y facilitó toda la información que se necesitaba sin siquiera conocerla ni un poco.

Athenas era inteligente, pero ¿por qué estaba en la calle?

—También te hiciste pasar por mi novia —dijo a modo de broma. Athenas se encogió de hombros sin atreverse a mirarla. Paula volvió a tomarle la mano y se la apretó fuerte hasta que ella levantó la mirada—. Actuaste con rapidez e inteligencia. Jamás olvidaré eso. Si no decías que eras mi familia…, mi novia, tal vez no estarías aquí ahora.

—Bueno, así no fueron las cosas. El enfermero me confundió con tu novia —aclaró.

El silencio llenó el lugar. Paula estaba sorprendida.

Para Athenas ya todo había sido hecho; aun así, esperó hasta tener noticias, le entregó el bolso y el abrigo. Así que ya no tenía nada que hacer ahí. Levantó la mano y le tendió las llaves antes de despedirse.

—Bien, ya me voy —anunció.

—¿A dónde? —le preguntó sin siquiera pensarlo. Athenas la miró y sonrió con timidez. Paula, percatándose de su imprudencia, se cubrió la cara—. Discúlpame.

—Tranquila. Como soy tu supuesta novia, el enfermero me explicó tu padecimiento. Desde la primera vez que nos vimos, has sido empática conmigo. No es algo a lo que esté acostumbrada, así que, si me lo permites, quiero pedirte que te cuides. No tengo manera de saber de ti a menos que vayas a la estación.

Paula se quedó con la mente en blanco; sintió que el pecho se le oprimió. Por alguna razón, no quería que Athenas se fuera. Era tarde en la noche, supuso que estaba cansada y hambrienta. Pero no, no era solo eso. Simplemente, no quería perder su compañía.

La joven mujer le sonrió y agachó la cabeza antes de dar la vuelta, dispuesta a salir de la sala. Pero la vida da muchas oportunidades; y para Paula, la llegada del médico que la atendió fue la razón perfecta para que Athenas no se fuera todavía.

—Buenas noches —saludó el doctor una vez que ingresó al cubículo—. ¿Cómo se siente, Paula?

—Muy bien, doctor —respondió, sintiéndose bien de verdad. Además, ya no quería estar ahí.

Él saludó con un gesto con la cabeza a Athenas, que se mantuvo al pie de la camilla.

—Paula Rivero — el doctor dijo el nombre antes de apartar la vista de su historia médica.

—Sí, señor.

El médico se acercó. Ella lo miró con atención.

—¿Sabes que estás en un grave riesgo de padecer de diabetes? —le preguntó. Ella asintió—. De acuerdo, esta vez tuviste un desmayo. Por suerte, se trató a tiempo. No te diré que pudiste morir porque no es el caso, pero tengo entendido que ibas conduciendo. Un problema de concentración o coordinación pudo ocasionar un accidente. Entiendes el riesgo, ¿verdad?

—Sí, doctor.

—¿Conoces tu cuerpo? —ella volvió a asentir—. ¿Sabes que llegaste con un nivel de glucosa menor de cincuenta?

Paula no respondió, desvió la mirada hasta buscar los ojos grises. Athenas levantó las cejas, mostrando su preocupación.

—No, doctor —respondió Paula sin mirarlo.

—¿Tienes médico de cabecera?

Ella negó.

—Siempre he sido saludable —se excusó.

—Por lo general, lo somos, pero en algún momento de nuestra vida, la salud se quebranta y es importante tratarla. ¿De acuerdo? —le entregó unas recetas e indicaciones—. Estás de alta, no obstante, necesito que vengas a mi consultorio. Compra esos medicamentos y sigue las instrucciones. Mi tarjeta está ahí. Por favor, llama en cuanto puedas y concreta una cita —le pidió con absoluta seriedad.

Tras dedicarle una mirada de advertencia, el doctor se retiró. Las dos mujeres se quedaron mirando. Athenas regresó al lado de la camilla y le puso la mano en el antebrazo.

—Sabías de tu condición, me lo explicaste algunos días atrás.

Paula frunció la boca como una niña a quien regañan. La pelinegra negó con la cabeza.

—¡Dios santo!, ¿qué hubiera sucedido si no te encuentro?

—Eres un ángel.

—No, solo fue suerte —le aclaró, intentando que tomara conciencia de su condición—. Bueno, ahora sí me voy. ¿Puedes cuidarte? ¿Ir a esa cita?

Paula volvió a asentir, pero su pecho continuaba oprimido. Y la presión se intensificó cuando Athenas apretó su mano antes de dar dos pasos con la intención de marcharse.

—¡Athenas! —ella se detuvo y la miró—. ¿Te puedo pedir un último favor?

—Claro —respondió.

—¿Puedes llevarme a casa?

10

Athenas tardó algunos segundos en internalizar lo que Paula le pidió. De pie, al lado de la camilla, mirándola, se repetían sus palabras en su cabeza. Ella lo entendió bien; escuchó su petición, pero no le parecía real.

"Llévame a casa".

Entre la duda, la impresión y la inseguridad, ella se quedó perpleja, mirando a Paula que ya se bajaba de la camilla.

La castaña notó el estupor de Athenas y quiso acercarse. La realidad era que se lo pidió eso sin pensarlo mucho. Sin embargo, de lo que sí estaba segura era que no deseaba separarse de ella; no en ese momento.

—Si tienes algo… —comenzó a hablar.

—¡No! —Athenas la interrumpió, sacudiendo la cabeza—. No tengo nada que hacer. A esta hora, no. De hecho, ni siquiera dispongo de un sitio al que llegar —dijo con el dolor rasgándole la garganta. Dibujó lo mejor que pudo una falsa sonrisa.

Paula se situó frente a ella. Le puso las manos en los hombros, haciendo que la mirara.

—No te conozco… No me conoces —señaló—. Si no hubiese sido por ti, tal vez no estaría aquí. Si te fijas, estoy abusando de tu confianza al pedirte que me lleves a casa. Pero… —susurró—, te confieso que tengo un poco de temor —mintió—. Eres quien está a mi lado ahora mismo, a quien solo puedo pedírselo —añadió en un intento por convencerla.

Fueron eternos los segundos que Athenas la miró a los ojos mientras se debatía en su interior. Por alguna extraña razón, no quería dejarla sola. Deseaba cerciorarse de que llegara a salvo a su lugar seguro. Ella tragó saliva cuando tomó la decisión. Con lentitud, asintió y en el rostro de Paula se dibujó un asomo de sonrisa.

—¿Necesitas una silla de ruedas? —le preguntó Athenas.

Paula sonrió.

—Aunque me siento algo débil todavía, te aseguro que no la necesito.

—¿Estás lista?

—Sí, pero supongo que antes debo pasar por el puesto de enfermeras a firmar papeles.

—Te acompañaré entonces.

—No te preocupes, solo me tomará un par de minutos. Espérame afuera, por favor, no quiero que te aburras.

—¿Estás segura?

—Sí.

Athenas dudó en dejarla sola, aunque Paula se veía bien.

—De acuerdo.

Paula se sentía bien; tenía confianza de hacer las cosas por sí misma. Se dirigió al puesto de enfermera, donde le pidieron de nuevo su documento de identidad. Sacó su ID y lo entregó; mientras la enfermera terminaba el papeleo, ella miró su billetera. Recordó que Athenas tuvo su cartera mientras la atendían. Miró a su alrededor, cuando no la vio, revisó su billetera. El dinero estaba completo; no le faltaba nada. Sonrió. Algo le decía que podía confiar en la joven mujer y, en ese momento, tenía la mejor prueba en sus manos.

Unos minutos después, salió a la sala de espera. Athenas levantó la cabeza en cuanto advirtió su presencia. Ambas se dedicaron una sonrisa.

***

El trayecto a casa de Paula lo hicieron en silencio. Dentro de la camioneta solo se escuchaba la voz de la castaña cuando le daba las indicaciones a Athenas. Aunque se mantuvo atenta al camino, permaneció callada; continuaba sintiéndose bien, solo intentaba no mostrarse del todo estable por temor a que Athenas se fuera; en el hospital, se le ocurrió una idea, así que quería lograr su cometido.

Por su parte, Athenas estaba más tranquila; manejaba segura, se sentía útil. Eso le daba cierta energía. Cuando llegó a New York, estuvo en South Hill, así que el trayecto no le era del todo desconocido; y vaya que el lugar era bonito. El suburbio de Ithaca era de calles estrechas, edificios y casas arcaicas, que le daban a la zona una imagen que parecía sacada de antiguas postales.

—En dos calles, a la derecha. Detente frente a la casa amarilla —le indicó Paula, mientras se erguía en el asiento del pasajero.

Athenas asintió y prestó atención a las propiedades. Tras cruzar las calles, alcanzó a ver la casa grande, de dos niveles, de madera, como todas las que rodeaban el lugar. Se orilló, luego miró a la mujer a su lado, que le regaló una sonrisa—. Vamos —la invitó, antes de abrir la puerta para salir.

—Espera, te ayudaré —Athenas la imitó, cerró la puerta y rodeó la camioneta. Le tendió la mano para ayudarla a descender. Una vez en la acera, ella agarró su mochila de la parte trasera de la camioneta; a continuación, también tomó la cartera de Paula y se la colgó en el hombro—. Ten cuidado, está oscuro —le advirtió, dirigiéndola hacia la entrada de la casa, tomándola por el codo.

Paula rio.

—Athenas, estoy bien. Algo débil, pero puedo caminar. No te preocupes.

La mujer de ojos grises, con un poco de timidez, la soltó y avanzó a su lado. Una vez que llegaron frente a la puerta, le tendió la cartera.

Paula buscó las llaves y abrió. Tras dar un par de pasos dentro de la casa, ella se percató de que Athenas se quedó rezagada en la entrada del portal. Frunció el ceño cuando la vio con los dedos de las manos entrelazados, meciéndose con los pies.

—¿Qué haces ahí parada? Entra —le pidió—. Es de madrugada y hace frío.

A Athenas la piel se le erizó. Paula no se parecía de ninguna manera a la mujer que le quitó su estabilidad y seguridad; quien le arrebató la esperanza de ser feliz. Ella parecía una buena persona, pero Ada también; tanto, que se sintió ilusionada y se enamoró. Y ahora, gracias a Ada, andaba vagando por las calles de Ithaca.

Athenas sintió los ojos arderle porque sí, deseaba tener alguien en quien confiar, una amiga, tal vez. Paula le invitaba a entrar a su casa, pero ella no la conocía. Le costaba confiar.

La trabajadora social advirtió la desconfianza, su indecisión. Por su profesión, había visto muchas veces esos gestos, esa actitud en otras personas. El ser humano cuando está y se siente solo, actúa como un animal herido; temeroso, desconfiado. Lo que más le dolía era que ese tipo de sentimiento solía ser causado por otra persona.

Alguien le hizo daño a Athenas. Ella deseó con todo su ser saber quién y qué.

El cuerpo de Paula se estremeció al verla tan azorada, así que salió de la casa. Se acercó a Athenas, que no se movía, que lucía aterrada. Con sumo cuidado le tomó una mano; notó al instante la frialdad en su piel.

—¿Estás bien? —le preguntó con un susurro. Athenas tenía los ojos muy abiertos; tragó saliva, luego trató de sonreír y asintió—. ¿Quieres…? Bueno… ¿Puedes quedarte aquí esta noche?

—Paula…

—Por favor —rogó—. Vivo sola, no tienes que temer. Te juro que nada te pasará. Podrás darte un baño caliente, te prestaré ropa —le ofreció.

Athenas bajó la cabeza, decenas de emociones la atenazaban. Después de tanto tiempo en la calle, yendo de un lado a otro, darse un baño caliente era, en ese momento, lo más que anhelaba. Era algo que no podía rechazar, aun así, dudaba.

—Paula… —en la garganta tenía un nudo.

—Quiero que descanses, Athenas —le dijo—. Pasaste parte de la tarde y la noche a mi lado. Te lo debo. Solo serán unas horas. Es madrugada, hace frío y la calle es peligrosa.

Athenas levantó la mirada. En ese instante, se perdió en los ojos marrones que lucían suplicantes, pero, a la vez, agradecidos. No tenía nada que perder y mucho que ganar si aceptaba la oferta. Además, a esa hora, ¿cómo regresaría a la gasolinera? Era de madrugada.

Después de varios segundos de indecisión, una sonrisa fue su respuesta. El gesto de alivio de Paula al verla asentir le devolvió la confianza.

11

Athenas se adentró en la casa. Se quedó parada en el vestíbulo, mirando a su alrededor. Oyó la puerta cerrarse a su espalda.

—Sigue adelante, por favor —la invitó Paula, deteniéndose a su lado.

—Gracias —susurró.

La casa tenía un concepto abierto después del vestíbulo; la buena distribución del espacio la condujo a la sala, donde no solo había un hermoso juego de sofás, sino también una chimenea a gas; frente a esta, una alfombra con algunos cojines alrededor. Athenas imaginó a Paula sentada frente fuego, leyendo o bebiendo una copa.

La cocina estaba conectada a la sala; era moderna y hermosa. En general, la decoración era sobria y elegante. A la mujer de ojos grises le pareció que iba perfecto con Paula.

—Debes estar cansada —comentó la anfitriona, dejando su cartera sobre el largo sofá que abarcaba parte de la sala.

Athenas la miró.

—No mucho, en realidad.

—Mentirosa —dijo Paula.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—¿Te sientes bien?

—Sí. Con la hidratación que me pusieron en el hospital, estaré bien, no te preocupes. Arriba está la habitación para huéspedes. Subamos.

Paula se dirigió hacia la escalera, que se hallaba junto a la chimenea. Con pasos inseguros, Athenas la siguió; ya no le quedaba más que confiar. Al llegar a la segunda planta, se encontró en un corredor donde había dos puertas a cada lado; por otro corto pasillo, vio una quinta, que supuso que era un baño.

—Mi dormitorio es el del fondo, a la derecha —le explicó Paula mientras se dirigía a la primera puerta de la izquierda del corredor. La abrió y se hizo a un lado para que Athenas entrara—. Esta habitación tiene un baño.

La invitada se adentró en el dormitorio; era amplio, tenía una cama enorme, mesas de noche y un sillón junto a la ventana.

—Es lindo —dijo.

Paula sonrió.

—Iré a buscarte un pijama —anunció.

Athenas la vio desaparecer antes de que pudiera decir una palabra. Miró a su alrededor; hacía tanto que no estaba bajo un techo, en una habitación, con la posibilidad de dormir en una cama. Se quitó el morral de la espalda como en cámara lenta, lo dejó sobre la cama. Tocó el colchón, era suave, pero firme, nada que ver con el duro concreto donde dormía bajo el banco.

—Dios mío… —susurró. Sería una noche, solo una y, aun así, lo sentía como el más grande de los milagros.

—Esta te servirá —dijo Paula, entrando al dormitorio. Athenas se sobresaltó—. Lo siento, no quise asustarte.

—No lo hiciste.

—Ten —le tendió el pijama, acercándose.

Era la primera vez que Athenas la tenía tan cerca; al menos consciente, porque cuando estaba desmayada hasta tuvo que tocarla para pasarla al otro asiento. Ella encontró su mirada limpia, serena, hermosa.

—Gracias —murmuró, agarrando la ropa.

Paula sonrió.

—Se me ocurre que si tienes ropa en el morral puedo meterla a la máquina de lavar.

—No quiero molestar.

—No es molestia, te lo prometo —dijo con una sonrisa.

—Está bien.

Athenas dejó el pijama sobre la cama y sacó la ropa que resguardaba en el morral; tres T-shirt y dos jeans.

—En el baño hay toallas limpias, jabón y champú —anunció Paula, recibiendo la ropa—. Usa todo lo que necesites. Iré a poner esto en la máquina.

—Gracias.

Paula le sonrió y salió del dormitorio, cerrando la puerta. Athenas se quedó mirando la madera durante unos instantes. Deseaba ese baño de agua caliente, así que agarró el pijama y buscó ropa interior en el morral.

Entró al baño, que le pareció enorme. Cerró la puerta y le puso el seguro. Sin perder más tiempo, se desnudó y entró a la ducha. Dejó salir el agua fría; no se metió debajo de la regadera hasta que el agua estuvo a temperatura.

El agua caliente fue como un bálsamo no solo para su cuerpo, también para su alma. Por un largo rato dejó que el agua la recorriera y se llevara las lágrimas que se le escaparon, después se lavó el cabello con abundante champú y aromatizó su piel con el suave jabón.

Al salir de la ducha, se lavó los dientes; a continuación, se puso la ropa interior y el pijama. Salió del baño con una toalla envolviendo su cabello. Por un segundo, solo por uno, tuvo la sensación de que su vida no había cambiado. Un segundo que se esfumó, dejándola con todo el peso que llevaba en el alma, aplastándola. Contuvo las ganas de llorar; en su lugar, se quitó la toalla de la cabeza y frotó sus cabellos. Se sentó en la cama, luego se tendió de lado; en posición fetal, abrazó la toalla.

***

Paula se dirigió al lavadero. Antes de meter la ropa de Athenas a la máquina, no pudo evitar curiosear. Apartó las T-shirts; las revisó con cuidado. Se notaba que la había usado mucho, pero se veían bien, no tenían huecos ni estaban deshiladas. Lo mismo con los jeans. Sin embargo, pensó que podía conseguirle algo de ropa.

Colmada su curiosidad, continuó con su tarea; metió las prendas en la lavadora, puso detergente y dejó la máquina funcionando. Se dirigió a la cocina porque quería prepararle al menos un sándwich a su invitada, estaba casi segura de que no había cenado. Después de lo que hizo por ella, era el mejor gesto para agradecerle su hermosa acción.

Después de sacar todos los ingredientes del refrigerador, oyó su teléfono sonar, anunciándole la recepción de un correo electrónico. Por la hora, eso le llamó la atención, así que fue a la sala y buscó el teléfono en su cartera. Frunció los labios; su jefe le solicitaba llenar un formulario online para que pudiera proceder la aprobación de la

asistencia de vivienda que solicitaba para el caso de una familia a la que iban a desalojar de un edificio.

Preocupada porque el formulario no llegara a tiempo, se puso a llenarlo. Cuando terminó, se dio cuenta de que le tomó más de lo que pensó. Dejando lo laboral a un lado, siguió con la preparación del sándwich.

Unos minutos después, subió con un plato y un vaso de leche para su invitada. Cuando se asomó, la luz del dormitorio estaba encendida.

—Athenas…

Paula se detuvo cuando la vio en la cama, dormida. Sonrió sin darse cuenta porque la imagen le resultó tierna, conmovedora. Con cuidado, se acercó y dejó el plato y el vaso en la mesita de noche. Se quedó parada junto a la cama, mirando a Athenas. Tenía el cabello limpio, el rostro impecable; era la primera vez que la veía así. Sus ojos se pasearon por su cara, detallándola. Su rostro era delicado, lo que le otorgaba un aire bastante juvenil.

Athenas estaba lejos de parecer una persona de la calle, de escasos recursos; al contrario, parecía una mujer de orígenes aristocráticos.

Vaya que es hermosa. Paula frunció el entrecejo ante su pensamiento. Sin prisa, su mirada recorrió otra vez el rostro de Athenas y siguió hasta abarcar toda su figura. Se quedó tratando de determinar la extraña sensación que la embargó, pero sus pensamientos parecían nublados. Era tarde, estaba cansada y, además, pasó unas horas en un hospital. Algún tipo de delirio debía estar rondándola.

Con sigilo, rodeó la cama, agarró un extremo de la sábana que cubría la cama y la arropó. Rogó que no se despertara; y no sucedió. Complacida de darle una cama cómoda y un techo seguro donde dormir, salió del dormitorio, dejando el sándwich sobre la mesa por si Athenas se despertaba. Cerró la puerta sin hacer ruido.

Paula bajó a la cocina. Se comió un sándwich y bebió un vaso de leche caliente, esperando que la ayudara a dormirse rápido.

Poco después volvió a subir; se detuvo frente a la puerta del dormitorio de huéspedes. Sonrió sin percatarse.

—Dulces sueños, Athenas —susurró.

12

Athenas despertó con una sensación extraña. Abrió los ojos despacio, acostumbrándose a los rayos del sol que entraban a través de la ventana; rayos que no resultaban tan intensos gracias a que lo impedían las ramas de un enorme árbol que había cerca de la ventana.

Ella se removió sobre el colchón; se puso bocarriba, todavía con la toalla entre sus brazos. Sonrió al percatarse de que durmió toda la noche, sin ningún sobresalto; sin embargo, su sonrisa se fue desvaneciendo a medida que los recuerdos de un pasado cercano llenaron su mente. Sacudió la cabeza para espantarlos; no quería que desapareciera la paz que albergaba en ese momento. Se sentía descansada, en cierto modo, segura bajo ese techo, pero a la vez, se prohibió confiar demasiado.

Recorrió la habitación con la vista. Era amplia, cómoda y sin ningún lujo. Las paredes, de un color amarillo opaco, añadían tranquilidad y calidez. Suspiró profundo, permitiéndose absorber la serenidad que la rodeaba. El olor a limpio que desprendía su cuerpo y la frescura del pijama que vestía, inundó su nariz.

Ella agarró la prenda de algodón por el borde, sintió la tela suave y cómoda; volvió a sonreír. Se permitió hacerlo después de tanto sufrir. En ese momento, sonrió por algo tan simple como un pijama limpio y un colchón suave. De pronto, frunció los labios y los ojos le ardieron. La sensación en ese instante, ahí acostada, mirando las cuatro paredes, era placentera, pero también, extrañamente dolorosa.

Se irguió hasta quedar sentada en la cama. Su estómago rugió; era una sensación a la que ya estaba acostumbrada. De inmediato, vio sobre la mesita de noche un plato y un vaso. Se levantó y sonrió al percatarse de que la taza estaba fría y el sándwich, envuelto en una servilleta, también. Sintió las mejillas arderle al entender que Paula entró a la habitación luego que se durmió.

¿Qué imagen se habría llevado al verla? La pregunta le resultó extraña, así que otra vez sacudió la cabeza. A continuación, fue al baño a lavarse los dientes; mientras se miraba en el espejo, recordó

que no tenía ropa en su morral. Tendría que buscar a Paula para poder cambiarse de ropa. Sonrió al imaginar que podría darse otro baño antes de salir. Después de cepillarse, se peinó los suaves cabellos con los dedos y se acomodó el pijama de pantalones largos.

Descalza, Athenas salió de la habitación. El olor a café y tocineta, la hizo cerrar los ojos y aspirar profundo, su estómago rugió otra vez con fuerza. Bajó las escaleras; de inmediato la vio.

Paula se hallaba de espalda, mirando por la ventana; hablaba por teléfono. Sin darse cuenta, sus ojos recorrieron la esbelta figura de la mujer, que vestía con una falda a la rodilla, de color guayaba, combinada con una blusa crema. Ella sostenía el móvil con una mano y la otra la mantenía posada en la cintura. Aun así, de espalda, Athenas la encontró atractiva. La tela de la falda se amoldaba a la perfección a su bien proporcionado trasero; el cabello sobre sus hombros lucía unas bonitas ondas.

Athenas se quedó parada al final de la escalera, observando sus movimientos; a la espera de que finalizara la llamada. No quería interrumpir y tampoco ser imprudente. Pero, a pesar de su inmovilidad, Paula notó su presencia; entonces se giró, encontrándose con una imagen que le resultó tierna.

Athenas permanecía al pie de la escalera, con su largo cabello sobre los hombros y su hermoso rostro descansado. El pecho de Paula se sacudió al verla; eso le extrañó, sin embargo, se repuso y le sonrió. Hizo un movimiento con la mano para que le diera tiempo para finalizar la llamada.

—Bien, en cuanto esté en las oficinas de vivienda te llamaré. El documento lo envié hace un rato —dijo. Escuchó a la persona con la que hablaba, y asintió—. De acuerdo. Hasta luego —se despidió e hizo a un lado su celular. Entonces puso toda su atención en su invitada—. Buenos días. Athenas. ¿Dormiste bien? —le preguntó, acercándose.

—Dormí muy bien —respondió, asomando una sonrisa—. Te lo agradezco.

Paula sonrió.

—No tienes nada que agradecer. Era lo menos que podía hacer después de que, prácticamente, me salvaste la vida. Ven, te

esperaba para desayunar.

Athenas asintió.

—Disculpa que bajé en pijama, es que…

—¡Por favor! Suelo bajar a desayunar tal cual como me levanto —la interrumpió—. Cuando tengo hambre, me importa nada —dijo, invitándola para que se sentara a la mesa—. Por cierto, tu ropa ya está limpia.

Ella miró sus ropas dobladas encima del sofá.

—Gracias.

Paula asintió, a la vez que le servía una porción de huevos revueltos y tocineta; también añadió unas rodajas de pan. Le llenó una taza con café. Cuando resolvió preparar el desayuno, evaluó qué podía hacer que Athenas comiera. Huevos revueltos era un desayuno clásico; era difícil no lo hubiese probado, así que, yendo a la segura, y con la esperanza de que a ella le gustara, se decidió por ello. Y, al parecer, dio en el blanco porque a su invitada se le iluminaron los ojos al ver la comida en su plato. Sin embargo, a pesar de que tenía mucho apetito, solo levantó la taza de café. No fue hasta que la castaña empezó a comer que ella también lo hizo.

Comieron en silencio. Paula moría por preguntarle la razón por la que vagaba por las calles y de dónde era, porque no podía identificar su acento. Ella había pasado el resto de la noche en vela cuestionándose las razones por las que una mujer tan guapa y educada estaba en esa situación. Pero el lenguaje corporal de Athenas, el cual era capaz de identificar por su trabajo, la alertaba de que no era una buena idea indagar sobre ello.

Athenas se comportaba de una forma tímida, reservada y desconfiada. Y Paula quería tener su confianza; quería ayudarla y sabía cómo hacerlo, pero necesitaba que ella la viera como una amiga.

Después de desayunar, Athenas se ofreció a lavar los platos; a pesar de la negativa de Paula, ella lo hizo. Sin otra opción, la trabajadora social se quedó en la mesa del comedor haciendo algunas llamadas.

Sin quererlo, Athenas oyó parte de una de esas llamadas; lo que escuchó, la alertó y asustó en igual medida. Paula discutía con

alguien con un tono decidido y fuerte.

—La familia quedará en la calle si no logramos entregar ese documento, Rivera… Lo entiendo, pero la oficina prometió esa ayuda… Ya entregué el formulario, los papeles están al día… No son inmigrantes. Tienes el documento en tus manos, por favor, revísalo…

Al escuchar la palabra "inmigrante", Athenas entró en pánico. La conversación que escuchó, la desequilibró. No había que ser muy brillante para entender que Paula trabajaba con o para el gobierno de ese país. Ayudaba a la gente, por lo que oyó, se preocupaba, pero, tal vez, estaba obligada a alertar sobre los inmigrantes ilegales, así que no podía quedarse ahí más tiempo. Tenía que salir de ahí cuanto antes y jamás volver a ver a Paula. Jamás.

Athenas sabía que tenía que mantener el control; Paula no debía sospechar su situación, así que terminó lo que estaba haciendo, agarró su ropa y subió la escalera. Una vez dentro de la habitación, metió la ropa dentro del morral; solo dejó afuera lo que se pondría ese día. "No son inmigrantes". Las palabras se repitieron en su cabeza desde ese instante; a prisa, se bañó, se vistió y bajó.

—¡Paula! —tenía el pecho oprimido, aun así, la voz le salió suave por el esfuerzo que hacía por parecer serena.

Paula levantó la cabeza en cuanto oyó su nombre. Verla usando ropa limpia, le emocionó. Athenas parecía una joven universitaria, lista para ingresar a sus clases.

El silencio las envolvió; fueron unos segundos los que sus miradas se encontraron, como si intentaran hablar sin palabras, pero Paula logró reaccionar.

—Athenas, ¿qué edad tienes? —le preguntó, levantándose de la silla. Agarró su bolso sin apartar la mirada.

Para ella fue un cuestionamiento que la sobresaltó; el rápido parpadeó la descubrió.

—Veintiséis —respondió, con cierta resistencia.

—Pareces más joven —comentó, luego sonrió—. ¿Nos vamos?

Athenas asintió, y la siguió. La actitud relajada de Paula, y el que no hiciera más preguntas, la tranquilizó, aunque su pecho continuó oprimido.

Una vez que subieron a la camioneta, apenas cruzaron palabras. Paula percibía la tensión en ella, así que decidió que no la presionaría.

Athenas tenía que ir al Café-Bar donde trabajaría ese día, pero no quería que Paula supiera de ese lugar, así que le pidió que la dejara a una calle del sitio y así lo hizo.

Tras despedirse, con disimulo, Paula se quedó observándola hasta que desapareció detrás de un edificio. Miró los alrededores; no vio nada extraño. Se preguntó qué haría ella por allí, pero ya lo averiguaría en otra ocasión que salieran.

—Espera, Paula, ¿otra ocasión? —bufó y se golpeó la frente con la mano abierta. Negó con la cabeza, cayendo en cuenta de lo que pensó. Sonriendo, arrancó la camioneta hasta alejarse de ahí.

***

Ambas mujeres tuvieron un día cargado.

Para Athenas, un poco más, pues esa noche el Café-Bar realizaría una actividad al aire libre. Christine, la chica de rulos que la contrató, le pidió que se quedara para organizarlo todo, y también que al día siguiente llegara temprano. Sabían que el lugar sería un desastre después de una noche movida.

Cerca de las siete de la noche, empezó a llegar público. Athenas cenaba en una esquina, detrás del local, sentada esta vez sobre un cajón de madera. Christine salió un poco malhumorada de la cocina. Ella levantó la cabeza y la miró sin decirle nada.

La encargada se estrujó la frente, lucía contrariada. Ella la vio marcar en su celular a algún contacto.

—Josean, Jim y Grace no pueden venir… —le anunció a su interlocutor—. Es temprano. Ya están llegando clientes… ¡¿Que resuelva?! —gritó tras escuchar la respuesta de la otra persona.

Athenas siguió cenando sin levantar la vista, pero escuchando con atención la conversación de Christine, que se hallaba justo a su lado, mirando al frente. De repente, terminó la llamada y respiró profundo; luego giró la cabeza, encontrándose con ella. Por primera vez la encargada, y obvio ante su necesidad, notó que Athenas se

veía aseada, a pesar de que pasó el día limpiando. No llevaba la gorra puesta, en su lugar, tenía el cabello amarrado en una cola.

La pelinegra sintió la mirada sobre ella.

—Athenas… —murmuró Christine.

—¿Sí?

La encargada del Café-Bar se agachó frente a ella, movió los ojos, como buscando las palabras correctas.

—Sé que has estado todo el día aquí —dijo—. Sé que no tienes papeles y que eso es un riesgo para ambas, pero… te necesito.

Athenas dejó el plato a un lado y la miró con afecto; de todas las personas que la ayudaron durante ese tiempo, sin mencionar a Paula, Christine fue la más empática desde el día uno. ¿Cómo no ayudarla?

—Puedo ayudarte en lo que necesites —le aseguró con firmeza —. Tú solo dime qué debo hacer.

13

—¿Puedes servir una mesa? —le preguntó Christine con los puños apretados.

Athenas tragó saliva.

—Puedo —respondió con determinación.

La encargada sonrió y la tomó de la mano.

—Entonces, ven.

Diez minutos después, Athenas vestía una camiseta de color blanco, con el logo del Café-Bar. Se había lavado la cara y acomodado el cabello. Estaba nerviosa. ¿Qué tal si alguien del pasado la reconocía? Negó con la cabeza, mirándose en el espejo. Era imposible; se hallaba lejos del lugar de donde escapó. Además, ese era un suburbio; los residentes de la zona eran diferentes a quienes la retuvieron.

Por otro lado, Christine le dio instrucciones; lo importante en la tarea asignada era entregar las cervezas o tragos en las mesas. Ella se aseguraría de que no tuviera ninguna situación con clientes imprudentes. El trabajo era simple: no tomaba órdenes ni preparaba tragos, era solo servir en las mesas. Nada difícil.

Con las manos apoyadas en el borde del lavabo, Athenas hizo algunos ejercicios de respiración.

—Necesitas esto —se dijo—. Son cien dólares por el día. Cien dólares, Athenas.

Como si estuviera en un gimnasio, estiró los brazos e hizo una sentadilla; enfrentaría un reto y quería hacerlo bien para que Christine quisiera contar con ella de nuevo.

***

El trabajo era fácil, pero Athenas perdió la noción del tiempo después de moverse entre las mesas e ir de un lado a otro, sirviendo tragos. Jamás imaginó que la gente pudiera beber tanto. Solo cuando Christine le pagó el día de trabajo, supo qué hora era.

Y era demasiado tarde para regresar al lugar donde solía dormir; estaba lejos y las calles eran peligrosas a esa hora. Además, al día siguiente debía estar muy temprano de regreso, así que no

tenía sentido correr el riesgo de irse para luego regresar en unas pocas horas.

Con el temor anidándose en su pecho, vio a Christine irse. Tragó saliva, evaluando sus opciones. Ya conocía más o menos los alrededores, así que decidió que el lugar más seguro donde pasar el resto de la noche era cerca del tablado del Café, justo donde esa noche sirvió tragos. En una esquina, había un montón de cajas de cartón vacías; entre las mesas y sillas, podría dormir.

Vigilando que nadie la viera, se acomodó en el suelo y se cubrió con los cartones. Usó su morral como almohada. Rodeada por el silencio de la noche, pensó en lo irónico de su situación. La noche anterior durmió en una cama y ahora, lo haría en el suelo, con una mesa como techo, lejos de la estación de servicio.

Se consoló pensando en que tenía cien dólares en el bolsillo y había comido. Algo era algo.

***

Paula se dirigió a la gasolinera esa tarde después de salir del trabajo. Quería comprar comida para dejársela a Athenas, pero luego desistió. Se dio cuenta de que, de algún modo, estaba saboteándose porque no dejó de pensar en ella en todo el día y eso le resultaba extraño. Cada cosa que hacía, la recordaba y sonreía como idiota.

Incluso, encendió la radio de camino a la estación en un intento por pensar en otra cosa que no fuera Athenas. La canción que sonaba en ese momento le daba paso a otra, cuyas primeras notas musicales reconoció, aunque no era contemporánea con su edad.

Subió el volumen y la voz de Sasha se dejó escuchar.

Casi no te conozco
Y no te dejo de pensar.
Estás tú en mis palabras,
Rueda mi mente donde estás.
Casi no te conozco
Y no te dejo de pensar.
Dicen tus ojos algo,

Muero de curiosidad.
¿Cómo seguirte al paso?
¿Cómo saber a dónde vas?

La letra de la canción trajo a Athenas de nuevo a su mente. Hacer algo por el prójimo y ver el resultado era satisfactorio. Verla esa mañana levantarse con buen semblante, le hizo bien.

Durante el día logró concretar la entrega de una vivienda temporal a una familia que no tenía un techo seguro. Ver la cara sonriente y agradecida de aquella madre de familia, le sumó a su ánimo y entrega a lo que hacía cada día. Ayudaba a los necesitados, a quienes no tenían ningún tipo de apoyo.

Una vez que llegó al área donde solía quedarse Athenas, se estacionó frente a la bomba de gasolina. Se acercó al cajero para pagar; tenía algo de gasolina, pero ¿qué otra excusa usaba para verla?

Y quería verla. Haría lo imposible por tenderle una mano, por ayudarla, porque le caía bien. Y porque, aunque Athenas no le contó su historia, sabía que era una muy triste. Lo veía en su rostro y en su forma desconfiada de actuar.

En la caja había dos hombres pagando; ella se situó detrás de ellos, haciendo la fila correspondiente.

—Oiga, ¿qué pasó con la chica que limpia los parabrisas? —le preguntó uno de los hombres al cajero.

Paula supo al instante que preguntaban por Athenas. Levantó la cabeza y se fijó en los hombres; frunció el entrecejo, no le gustó el aspecto que tenían. El vello de la nuca se le erizó.

—Hoy no ha estado por aquí —respondió el cajero sin prestar demasiada atención.

Ella vio a los dos hombres mirarse entre sí. En su pecho creció a una velocidad desmedida la preocupación. ¿Qué podían querer esos hombres con Athenas?

Se quedó mirándolos cuando se fueron, pero estos apenas repararon en ella.

—Veinte a la cinco —le pidió al hombre detrás del cristal.

Paula buscó con la vista por los alrededores mientras llenaba el tanque de gasolina; no apartó la mirada de la calle. Con el mango de la gasolina en la mano, miró hacia el área donde la vio por primera vez. No había señales de ella. Miró el reloj; iban a dar las siete de la noche.

Tal vez se distrajo, pensó. De camino a su casa, Paula no pudo dejar de pensar en Athenas, ni en los hombres que preguntaron por ella. El trayecto estaba bastante congestionado. No le molestó la cantidad de autos que recorrían las calles; no tenía prisa. El tiempo lo utilizó para mirar en detalle los alrededores en busca de la mujer de ojos grises. Llegó a su casa con una sensación extraña en el pecho.

Paula fue a la cocina por un vaso de agua. Fue en ese momento cuando vio los platos y tazas que usaron en el desayuno acomodados en el tope del gabinete. Sonrió sin poder evitarlo, pero al percatarse de ello, levantó la cabeza antes de sacudirla para apartar la imagen de Athenas de su mente. Ya era suficiente.

Hacía tiempo que no se sentaba a ver televisión; después de bañarse y aplicarse una mascarilla hidratante, verificó su agenda. Al día siguiente tenía dos visitas pautadas; una era con un padre soltero con dos hijos pequeños y la otra, con una pareja de ancianos en aparente abandono.

Paula suspiró profundo. Amaba su trabajo; amaba buscar soluciones a quienes lo necesitaban, pero escuchar sus historias le rasgaba el corazón. Al final, dejó la agenda a un lado del mueble, luego fue a la cocina por un vaso con leche fría y subió a su habitación.

De repente, se detuvo frente a su cuarto; con la mano en el pomo, miró la puerta al final del pasillo. Una vez más, no pudo evitarlo; se alejó de su dormitorio y fue al de huéspedes. La cama estaba tendida; el pijama que le prestó a Athenas yacía doblada en una esquina del colchón.

Puso el vaso sobre la mesa de noche y se sentó en la cama. Agarró las prendas de ropa y, sin saber por qué, se las llevó a la nariz. Algo se removió dentro de ella.

Algo que, en definitiva, no le gustó.

—Mañana las pondré a lavar —dijo después de soltarlas como si le quemaran.

De prisa, Paula se levantó, agarró el vaso y salió del cuarto. Casi corrió a su dormitorio; encendió el televisor de cincuenta y cinco pulgadas, y buscó algo que mirar; necesitaba distraerse. Estuvo pasando canales hasta que el sueño y el cansancio del día la vencieron.

***

La mañana no fue diferente. Algo le decía a Paula que debía regresar a la gasolinera, pero ¿con cuál excusa? No podía analizar la situación, ni la razón para la hincada que sentía en el pecho.

En cuanto tuvo la fachada de la estación de servicio frente a ella, se desvió. Miró hacia la acera; solo vio a una mujer barriendo los alrededores. Estacionó en una bomba, aunque no pondría gasolina. Unos segundos después, descendió de la camioneta; rebuscó en su cartera tratando de parecer distraída. De reojo buscó la presencia de la mujer de cabello negro.

La tarde anterior se fijó en las calles donde la vio limpiando cristales, en la acera, y nada. Ahora, temprano en la mañana, tampoco había rastros de ella. Entró a la tienda, se dirigió al área de dulces y agarró sus barras de chocolate. En la fila, esperó sin dejar de buscar con la mirada.

Cuando llegó su turno, le sonrió al cajero, que ya la conocía. Tuvo la intención de preguntar por la chica que deambulaba por los alrededores, pero no se atrevió. Pagó y salió al estacionamiento. Al levantar la cabeza, se quedó paralizada.

Los dos hombres que la noche anterior preguntaron por Athenas estaban ahí, hablando entre ellos. Otra vez el vello se le erizó. ¿Qué hacían ahí? No parecía que estuvieran cargando gasolina. Ya su preocupación alcanzaba niveles estratosféricos.

Paula no se dirigió hacia su auto; en su lugar, caminó hasta donde se hallaba la mujer que vio antes, que en ese momento ponía basura en un contenedor. *Ella tiene que haber visto a Athenas*, pensó.

—Hola, buenos días —la saludó con amabilidad.

—Buenos días —respondió Constanza, con cierto recelo.

—Disculpe que le pregunte. La chica que anda por aquí, la de la gorra —señaló—, ¿sabe dónde puedo encontrarla? —Constanza frunció el entrecejo ante la interrogante, luego miró por encima de su hombro, hacia los hombres parados frente a las bombas. La vio titubear—. ¿Pasa algo con Athenas?

La mención del nombre hizo que Constanza reaccionara.

—¿Usted la conoce? —inquirió con los ojos entornados.

—Sí, por supuesto —sacó una tarjeta y se la entregó. Vio que a la mujer le cambió el semblante—. ¿Le pasa algo a Athenas? —repitió. Esta vez la voz le sonó preocupada—. Puede confiar en mí, soy su amiga —le dijo.

Constanza dudó.

—Hace dos días que no la veo —informó, titubeando. Desvió otra vez la vista hacia los hombres que permanecían en la gasolinera, recostados de un auto de color negro.

Eso fue todo lo que Constanza dijo antes de continuar barriendo. Paula analizó la situación; hacía dos noches que Athenas se quedó en su casa, pero ¿anoche? *¿Dónde está Athenas?*, se preguntó.

Paula se dirigió hacia su camioneta, no obstante, lo que escuchó al pasar cerca de los hombres, la desestabilizó por completo.

Uno de ellos hablaba por teléfono mientras el otro vigilaba las calles.

—La chica parece que se movió de lugar. Lleva dos noches sin venir por aquí.

14

Cuando Athenas se movió, apenas abrió los ojos; los primeros rayos de sol la despertaron. Gruñó. Le dolió el cuerpo; dormir sobre un banco de madera era tan incómodo como hacerlo en el suelo.

Faltaba al menos una hora para que el personal del Café-Bar comenzara a llegar, pero rápido se espabiló. Se incorporó hasta quedar sentada; movió la cabeza para desentumecerse el cuello. Echó un vistazo por los alrededores del Café; por la calle vio a un par de transeúntes. Para no llamar la atención, se levantó y se dirigió a la parte posterior de la edificación.

Lejos de la vista de cualquiera, se acercó a una llave y la abrió; se lavó la cara y la boca. Vigilando que nadie la viera, sacó ropa limpia del morral antes de asearse un poco. Unos minutos después, le pareció que estaba presentable para cuando abrieran el Café; aunque ese día solo limpiaría.

Ahora tenía cien dólares en el bolsillo, así que podía permitirse un café; salió hasta la calle. De inmediato, avistó una cafetería con las puertas abiertas. Sonriendo, se encaminó hacia el lugar. Por primera vez desde que deambulaba por las calles, no le miraron con recelo ni repugnancia cuando entró en la cafetería. Pidió un café y un sándwich. En cuanto tuvo todo en sus manos, eligió una mesa apartada y se sentó a comer. El café le supo a gloria, aunque no estaba mejor que el que preparó Paula el día anterior.

Paula.

Tenía sentimientos encontrados acerca de la mujer. Le agradecía en el alma lo que hizo por ella, sin embargo, no dejaba de pensar que podría ser un riesgo por su situación ilegal en ese país. Si volvía a verla, no sabía qué haría.

Teniendo conocimiento de cómo podían cambiar las cosas de un momento a otro, guardó la mitad del sándwich en el morral pensando en la cena.

Cuando Athenas regresó al Café-Bar, ya Christine lo estaba abriendo.

—Buenos días —la saludó la joven encargada.

—Buenos días.

—¿Estás lista para arreglar este desastre? —preguntó, señalando la terraza frontal del lugar.

Athenas asintió con énfasis y Christine rio.

***

Paula se encontraba en su oficina de la organización no gubernamental en la que trabajaba. Sin embargo, no lograba concentrarse del todo en los casos que tenía pendiente de revisar. En su cabeza se repetían las palabras de aquel hombre en la gasolinera. "La chica parece que se movió de sitio. Lleva dos noches sin venir por aquí"

Algo le decía que se refería a Athenas. En primer lugar, porque hablaba de una mujer y, segundo, el particular detalle de que ella tenía dos noches sin ir a la gasolinera, por lo que le dijo la empleada. Desde aquel momento, su pecho permanecía oprimido por el más profundo temor de que esos hombres quisieran hacerle daño a su amiga. Por su trabajo, no solo conocía de primera mano los casos de personas en dificultades económicas, también sabía muy bien que existían grupos de gentes que utilizaban a otra para lucrarse.

La trata y tráfico de persona se había convertido en el segundo delito con el mayor volumen de ganancias en el mundo. Una realidad que puede tocar a cualquier persona, en cualquier lugar del mundo, y ella había visto decenas de casos locales como para sospechar que esos hombres eran un peligro para alguien como Athenas, que vivía en la calle. Y a eso se sumaba que no era de Estados Unidos; los inmigrantes, ilegales o no, eran un blanco fácil para esas organizaciones del bajo mundo.

Un fuerte escalofrío le recorrió la espalda. Tenía que buscar a Athenas, no podía dejarla en la calle; de ninguna manera lo haría. El plan de Paula era terminar con sus pendientes de ese día y plantarse en la estación de servicio hasta que ella apareciera y si no, iría por los alrededores de donde la dejó la última vez que la vio. La llevaría a su casa y luego se encargaría de conseguirle un techo seguro. Había ayudado a decenas de personas, así que haría todo lo que estaba en sus manos para sacarla de las calles y, si su situación en

el país no era complicada, conseguirle ayuda económica y un trabajo.

Paula sonrió ante la perspectiva de lograrlo. Necesitaba ayudar a Athenas, su corazón se lo pedía. No sabía por qué, pero ella le inspiraba ternura. Recordó cuando el día anterior la vio dormir; se veía serena. Una mujer tan hermosa no podía seguir en las calles. De pronto, frunció el entrecejo y sacudió la cabeza. *Es una hermosa persona*, se corrigió.

—De acuerdo, Paula —se habló a sí misma—, céntrate.

***

En la gasolinera, Constanza volvió fijar la vista en el auto negro aparcado en la esquina de la calle. Hacía ya tres días que lo veía ahí. El primer día no le prestó mayor atención, sin embargo, la segunda vez lo reconoció y le extrañó.

Vio a dos hombres salir y entrar en el auto; pasaban el día ahí. El segundo día, incluso le hizo notar al encargado de la gasolinera la presencia de los extraños, pero este le restó importancia, asumiendo que tal vez eran detectives o que vigilaban a alguien. Por supuesto, al encargado no le pasó por la cabeza decirle a Constanza que uno de esos hombres le preguntó por Athenas.

—Llamaré a la policía —le dijo ella.

—No quiero líos, así que olvídalo —le ordenó su jefe.

Constanza no quedó conforme, aun así, obedeció. No obstante, no dejó de vigilar a los hombres, aun cuando ya eran tres días que los que llevaban en el mismo lugar.

***

Por segunda vez, las horas transcurrieron sin que Athenas se percatara. Después de limpiar la terraza, Christine le pidió que se ocupara de lavar los utensilios de la cocina cuando la empleada encargada de ello, le anunció que estaba enferma.

Cuando acabó la jornada eran casi las diez de la noche. Christine le pagó y Athenas se dispuso a regresar a su guarida detrás de la gasolinera. Esta vez no era tan tarde; o al menos no

como la noche anterior, así que se apresuró a recorrer las calles que la separaban de la estación de servicio.

A esa hora, las calles empezaban a estar algo solitarias; mientras avanzaba, se mantuvo atenta a cualquier movimiento. El corazón le latía fuerte; nunca dejaba de asustarle estar tan expuesta. Cuando estuvo a dos calles de la gasolinera, respiró un poco aliviada.

Al llegar a la esquina, sonrió al ver la fachada de la estación; los alrededores estaban desiertos. Solo vio un auto que le resultó conocido. De pronto, el vello de la nuca se le erizó. Asustada, miró en torno a sí. Deseó refugiarse cuanto antes bajo el banco, pero primero debía ir al baño, que en ese momento le pareció que se hallaba a un kilómetro de distancia.

Con el corazón a mil, Athenas apresuró el paso. Mirando de un lado a otro, se acercó al baño. Cuando logró abrir el candado, le echó un vistazo al auto. No parecía que hubiese nadie dentro, aunque tampoco podía estar segura. Si había alguien allí, podía verla. Pensar eso la hizo revivir el horror de meses atrás, cuando se dio cuenta de que cayó en una trampa. El terror se apoderó de su sangre y los ojos se le inundaron en lágrimas. Su instinto de supervivencia le hizo olvidarse del baño y echar a correr.

Cuando Athenas pisó la calzada, las luces del auto se encendieron, paralizándola en medio de la calle como a un ciervo. Todo lo que vivió en esos meses pasó frente a sus ojos como una película en cámara rápida. Revivió la emoción del amor, el dolor de la traición, el miedo, la desolación, todo la albergó en esos segundos. Los chirridos de los neumáticos cuando el auto frenó frente a ella, la hicieron reaccionar. Acorralada, echó a correr hacia el callejón donde dormía. A su espalda oyó las puertas del auto cerrarse. Corrió con todas sus fuerzas, pero se olvidó de que esa era una calle sin salida. Cuando se detuvo ante la pared del edificio que le cortó el paso, volvió a quedarse paralizada. Las lágrimas le bañaban el rostro y el pecho le dolía.

—Hola, preciosa.

La voz que oyó a su espalda era tenebrosa. Con el llanto surgiendo desde su pecho, se dio la vuelta. Al ver a los dos hombres

a escasos metros de ella, fue lanzada a meses atrás, cuando se encontró en unas manos despiadadas que estaban dispuestas a convertirla en una piltrafa humana al servicio de quien mejor pagara.

Athenas soltó un lánguido lamento al verse atrapada una vez más; sin embargo, su espíritu no se doblegaba con tanta facilidad. De la nada, y sorprendiendo a los hombres, echó a correr. Logró esquivar a uno de ellos, pero apenas pudo avanzar. Su grito se hizo eco en el callejón cuando una mano la aferró, luego unos brazos y en segundos, su boca fue acallada.

15

Paula era la única esperanza de dos niños de ser recibidos en un hogar de acogida seguro, por eso aún permanecía en la oficina, a pesar de que el reloj acababa de anunciarle que era medianoche. Odiaba la burocracia, todo lo que era necesario para ayudar a alguien que lo requería. Cuando por fin puso punto final a su informe del caso, lo revisó a conciencia antes de enviarlo junto a los demás requisitos a su jefe para que pudiera iniciarse el proceso de acogida.

Paula no pudo dejar de pensar en Athenas; si antes en su pecho albergaba preocupación por ella, en ese momento, pesaba la angustia. Algo le decía que debía ir a buscarla, así que apagó la computadora, agarró su cartera y salió de la oficina a prisa.

Unos minutos después, subió a la camioneta, lanzó la cartera en el asiento del copiloto y encendió el motor. Salió del estacionamiento haciendo chirriar los neumáticos. El corazón le latía fuerte y rápido. Abrigaba una desagradable sensación en el estómago.

Ella maldijo por lo bajo cuando tuvo que detenerse un par de veces por una luz roja. El trayecto hacia la gasolinera le resultaba interminable. Después de varios minutos, finalmente, se vio cerca. Hizo un par de cruces en las calles y se encontró en las inmediaciones de la estación de servicio.

Tras enfilarse en una calle, se sorprendió al toparse con un auto en medio de la carretera, en sentido contrario a lo legal. Disminuyó la velocidad porque para continuar, el otro chofer tendría que moverse y esperaba que lo hiciera cuando se acercara, pero el auto no se movía. Frunció el entrecejo, extrañada.

De pronto, le pareció oír un grito. Al acercarse más y mirar hacia el callejón, advirtió algo de movimiento, a pesar de que estaba oscuro. Paula se quedó paralizada cuando, de la nada, salieron dos personas de la oscuridad; una de ellas fue empujada contra el auto. Una tercera persona apareció; era un hombre.

La escena parecía irreal, una ensoñación, aunque no lo era. Presenciaba un ataque. Los agresores no parecían percatarse de su presencia en la escena.

El mundo de Paula dio un giro, se sacudió cuando a la persona que estaba aplastada contra el auto le tiraron del cabello, obligándola a levantar la cabeza. Su estómago se revolvió al ver el rostro se Athenas contraído con una mezcla de dolor y terror.

***

Athenas pataleó e intentó que el brazo que la rodeaba desde atrás la soltara, pero fue imposible. La mano que le aprisionaba la boca la estaba dejando sin aire porque también le tapaba la nariz. En medio de su lucha, su captor la levantó como una muñeca y avanzó con ella hasta que llegó al auto y la empujó, aplastándola contra el capó. La cubrió con su pesado cuerpo, impidiéndole respirar.

—Vamos a sacarte mucho dinero —le gruñó en la oreja y rio entre dientes.

—Apresúrate —le pidió su compañero.

De pronto, el hombre le soltó la boca; su mano se movió veloz a su cabeza, la agarró por los cabellos y tiró hacia atrás. Athenas sintió una punzada tan fuerte en la cabeza que la lanzó al borde de la inconciencia. Con la mente nublada, no supo lo que sucedió luego de oír la bocina de un auto.

Cuando los hombres voltearon, lo hicieron justo a tiempo para reaccionar y evitar que el auto que se le venía encima los embistiera.

Athenas gritó cuando la camioneta le pasó tan cerca. Retrocedió llevada por el instinto y echó a correr hacia el callejón.

—¡Corre! —gritó uno de los hombres mientras se levantaba del suelo.

Paula retrocedió lo suficiente para tomar distancia y maniobrar; sus manos se movían sobre el volante a una velocidad increíble, utilizó todas sus fuerzas para controlar la camioneta. Su respiración estaba agitada por el esfuerzo y la adrenalina que corría por sus venas tan libre como un río desbordado. Unos segundos después, arrancó con fuerza y logró golpear la puerta del conductor justo a tiempo para impedir que uno de los hombres subiera a él. El segundo hombre entró por el lado del copiloto, mientras ella volvía a retroceder.

El otro hombre abrió la puerta de atrás y se lanzó dentro, justo en el momento cuando su compañero retrocedió en el auto a toda velocidad. Paula los dejó ir porque solo podía pensar en Athenas. Esperó unos instantes para asegurarse de que el auto no regresara, entonces descendió de la camioneta y se adentró en el oscuro callejón.

—¡Athenas! —la llamó. Su voz sonó ronca. Las piernas le temblaban; todo su ser temblaba, pero no podía detenerse hasta que ella estuviera segura—. Athenas, soy Paula —en el lugar apenas distinguía los contenedores de basura y un banco al final—. Tenemos que salir de aquí. ¡¿Me oyes?!

Paula tenía el estómago contraído, sentía náuseas; se detuvo y se dobló, procurando que la sensación pasara. Miró a su alrededor, también a la calle. Temía que los hombres regresaran. Aspiró hondo y se enderezó. Cuando forzó la vista, le pareció ver un bulto moverse bajo el banco. Echó una ojeada hacia atrás antes de acercarse.

—Athenas… —cuando se agachó, pudo verla. Estaba hecha un ovillo, tenía los ojos hinchados y temblaba como una hoja al viento —, soy yo. Por favor, sal de ahí. Pueden regresar, tenemos que irnos.

—No.

—Athenas, las dos estamos en peligro. Tenemos que salir de aquí —Paula se atrevió a tocarla; la tomó por un brazo y tiró de ella. La pelinegra apenas podía moverse, pero salió de su refugio—. Vamos —la ayudó a levantarse.

Paula le pasó un brazo por los hombros y la hizo marchar; cuando iban a mitad de camino, divisó su morral tirado en el suelo, junto a uno de los contenedores. Se detuvo para recogerlo, luego siguieron adelante.

Ella se adelantó para abrirle la puerta; en cuanto subió, le puso el cinturón de seguridad. Cuando se acercó, pudo sentir su temblor. Quería calmarla, pero antes tenían que alejarse de ahí. En cuanto cerró la puerta, rodeó la camioneta. Vio la abolladura en el lado izquierdo; en ese instante no tenía tiempo para lamentar haber actuado como lo hizo.

Paula subió a la camioneta, dio marcha atrás, porque no tomaría la calle por donde los hombres huyeron, así que no le importó infringir la ley. Se alejó de ahí lo más rápido que pudo.

De camino a su casa, le echó varios vistazos a Athenas, que se acurrucó como mejor pudo en el asiento; la oyó llorar y su corazón se oprimió. Lo que acaba de suceder parecía sacado de una película de terror. Solo agradeció al cielo haber llegado a tiempo para evitar que… Ni siquiera quiso pensarlo.

Ahora, cuando la adrenalina en sus venas disminuía, no podía creer que hubiese defendido a Athenas como lo hizo. Al verla en peligro, solo quiso pasarles la camioneta por encima a aquellos hombres. Tragó saliva pensando en ello. ¿De verdad lo hubiese hecho?

De lo más profundo de ser brotó la respuesta. Sí, lo habría hecho. Desde que tuvo uso de razón, supo que quería ayudar a las personas; por eso estudió trabajo social y hacía todo lo que estaba a su alcance para dibujar una sonrisa en la gente cuya suerte no era la mejor. Cuando vio a Athenas en peligro, tuvo que ayudarla, aunque lo que hizo dictaba mucho de ser lo que solía hacer por las personas en apuros.

Cuando llegó a su casa, se adentró en el garaje, pero no fue hasta que la puerta basculante se cerró que respiró con tranquilidad. De inmediato, miró a Athenas, que seguía inmóvil en el asiento.

Paula descendió de la camioneta y la rodeó; abrió la puerta del copiloto.

—Athenas, ¿estás bien? —le preguntó, aunque estaba casi segura de que no obtendría respuesta. Sin tocarla, examinó sus brazos. Luego, con sumo cuidado, le apartó el cabello que le cubría el rostro. Athenas lloraba en silencio, parecía en *shock*—. Vayamos adentro, ¿sí? —tratando de evitar el mayor contacto posible, le quitó el cinturón. Como en el callejón, la tomó por un brazo, instándola a moverse. Ella respiró aliviada cuando Athenas se movió. La condujo dentro de la casa hasta llegar a la sala; entonces la hizo tomar asiento—. Iré por agua, le anunció.

Paula se dirigió a la cocina, buscó un vaso y lo llenó de agua. Todavía temblaba, pero debía ser fuerte para Athenas. Regresó y se

sentó a su lado.

—Tienes que decirme si estás bien —le dijo.

Los ojos grises se dejaron ver entre el cabello que caía por su cara. Sin pronunciar una palabra, Athenas se movió. Sin aviso, Paula se vio rodeada por los frágiles brazos; conmovida por el gesto, hizo el vaso a un lado y, con cierta torpeza, la rodeó también.

Athenas estaba aterrorizada, no había dejado de estarlo desde que se dio cuenta de que la perseguían. Sin embargo, los cálidos brazos que la rodeaban los sentía como un salvavidas que la ayudaba en ese momento a mantener la cordura, a saber que no todo el mundo hacía daño.

16

Athenas temblaba entre los cálidos brazos de Paula, que la estrechó más contra su cuerpo al sentirla sollozar. Ella se mantuvo en silencio, pasándole la mano por la cabeza y espalda, ofreciéndole algo de consuelo. Lo que sucedió, un intento de secuestro, era espantoso; jamás en su vida se imaginó que presenciaría algo así, mucho menos, que intervendría como lo hizo.

Paula no podía imaginar cómo debía sentirse Athenas.

—Tranquila, estás a salvo —le dijo porque necesitó que lo supiera, que estuviera segura de que ahí nadie le haría ningún daño.

Durante un rato permanecieron así, refugiadas una en la otra. Poco a poco, Athenas se fue calmando; hasta que se separó de los brazos que la consolaban para secarse las lágrimas. El dolor en el pecho de Paula acrecentó cuando vio su rostro compungido, tenía los ojos inflamados y la nariz enrojecida.

Athenas se tapó la cara con las manos, pero Paula se las cubrió con las suyas hasta separarlas. Con sumo cuidado le secó con los propios dedos el rostro húmedo.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó con un susurro. Athenas la miró y asintió en silencio, entonces Paula, viendo que trataba de recomponerse, le dio un beso en la frente y volvió a abrazarla—. Sé que es difícil, pero… necesito saber —hizo una pausa cuando la sintió tensarse, aun así, continuó—. ¿Conoces a esos hombres? ¿Los habías visto antes?

Lentamente, Athenas se separó de ella, abandonando sus brazos. La miró y negó con la cabeza. Sus ojos se inundaron en lágrimas, que escaparon, humedeciendo de nuevo sus mejillas.

—No —respondió—. Quiero decir, no… no los vi. Estaba oscuro y… —el recuerdo de ver a los hombres persiguiéndolas se mezcló con los de meses atrás, cuando recién llegó a ese país y vio con estupor cómo sus sueños se hacían añicos mientras caía en un infierno. Las palabras se le atascaron mientras luchaba por apartar aquellos recuerdos.

Paula le tomó una mano y la envolvió entre las suyas.

—¿Y…?

Athenas tragó saliva.

—Y todo sucedió rápido. Estaba muy… asustada.

—Lo sé. Yo también me asusté… Mucho. No sé cómo… —ante Paula pasaron imágenes que parecían reales. Su corazón se agitó en su pecho, atenazado por el miedo—. No sé cómo pude hacerlo.

—Te arriesgaste… por mí. Gracias.

Sus miradas se encontraron. Paula negó con la cabeza.

—No tienes que agradecerlo. Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

—No —la contradijo Athenas con determinación—. No todos ayudan. La mayoría de las personas prefieren mirar a otro lado.

Paula miró sus manos envolviendo las suyas. Sí, lo sabía. Lo vio muchas veces por su trabajo.

—Lo sé —admitió. El silencio las rodeó unos instantes. De su cabeza no salían esos hombres. Ella no les vio el rostro, por lo que no podía afirmar con certeza que eran los mismos que vio en la estación, pero necesitaba hacer algo, fueran ellos o no—. Reconocí el modelo del auto. El color es negro, creo que puedo poner una denuncia.

—Estoy cansada —dijo Athenas. Le atemorizaba cualquier cosa que tuviera que ver con la ley.

Paula pareció sorprendida, luego asintió.

—Bueno, ¿quieres darte un baño? —le ofreció. La vio asentir con la cabeza, y le acunó el rostro—. Bien, tu pijama está aún sobre la cama. Sube y refréscate. Te llevaré algo de cenar, ¿de acuerdo?

—No tengo hambre, Paula.

—De acuerdo, pero un vaso de leche caliente con canela te hará bien.

Athenas aceptó, con un movimiento de cabeza y una ligera sonrisa. Paula se levantó, tendiéndole la mano para ayudarla. Ella tomó su mochila y se dirigió hacia las escaleras.

Paula la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista. El suspiro que soltó fue largo y profundo; se pasó las manos por la cabeza antes de sentarse de nuevo en el sofá. Una mezcla de preocupación y temor la envolvió. Se cubrió con las manos la boca; los ojos le ardieron. ¿Qué fue aquello que presenció? ¿Qué estaba

sucediendo? ¿Por qué y para qué intentaron llevarse a Athenas? ¿Quién era ella y qué riesgos tomaba al dejarla quedarse en su casa?

Ella nunca fue una persona confiada, sin embargo, Athenas le inspiraba ternura, quería protegerla. Desde que la conoció y se perdió en sus ojos, algo dentro de su ser se removió. Pero no era ilusa; una mujer tan joven y llena de vida, con un aspecto bastante saludable, a pesar de su delgadez, debía esconder algo. Y, aunque sabía, por su experiencia profesional, que no siempre se deambula por las calles a causa de los vicios, lo que presenció le causó zozobra, temor, así que tenía que evitar que esa debilidad que albergaba por ella la cegara y no le permitiera ver más allá. Debía investigar qué era lo que escondía Athenas.

Decidida, Paula se dirigió hacia la cocina; notó que aún las manos le temblaban cuando abrió la puerta del refrigerador. De repente, la cocina se iluminó por las luces de un auto. Ella se paralizó; los vellos de la nuca se erizaron. No fue capaz de volver a respirar hasta que notó que las luces se fueron disipando. Entonces, con lentitud, giró la cabeza hasta poder mirar por la ventana. El alma le volvió al cuerpo al ver a su vecino de enfrente descender de un taxi aparcado frente a su residencia. Tragó fuerte. La imagen del auto negro se coló en su mente y el corazón volvió a latirle apresurado.

Paula aspiró profundo hasta llenar los pulmones de aire para calmar el miedo que la estremeció. Tras realizar algunas inhalaciones, continuó con su tarea. Sacó dos tazas que llenó de leche; vertió en ella una cucharada de azúcar y canela, y la metió en el microondas. De pronto, sintió el estómago rugir; ya era pasada de la una de la madrugada. La situación que tuvo que atender en su trabajo le tomó tanto tiempo que no le permitió cenar. Sobre la encimera, un jarrón lleno con galletas de avena, llamó su atención; sintió que eso era lo que su estómago necesitaba. Sirvió una porción considerable de galletas en un plato y, decidida, subió las escaleras.

Al llegar al pasillo, vio la luz colarse por debajo de la puerta de la habitación de huéspedes; no podía tocar, pues tenía las manos ocupadas.

—¡Athenas! —la llamó sin levantar demasiado la voz—. ¡Athenas!

—Puedes entrar.

Paula la oyó. Tuvo ingeniárselas para colocar las tazas sobre el plato y desocupar una mano, con la que abrió la puerta. Su corazón, ese que en las últimas horas estuvo en vilo, volvió a debilitarse al ver a Athenas sentada en el suelo, recostada de la cama.

Athenas estaba hecha un ovillo; tenía la cabeza entre los brazos, apoyados en las rodillas. Paula se apresuró a poner todo sobre una de las mesitas, luego, con cuidado, se agachó frente a ella; le puso las manos en los hombros, para que la sintiera cerca.

—Athenas, ya pasó —susurró, conmovida. Apenas podía imaginar lo que ella estaba sintiendo—. Estás segura aquí. Te lo prometo.

Athenas recostó la cabeza del colchón con los ojos cerrados; se los estrujó fuerte antes de erguirse y encontrarse con la mirada marrón. Se limpió las lágrimas y puso, a su vez, las manos sobre los hombros de Paula. Se acercó a ella como para confesarle un secreto.

—Te juro, Paula, que no tengo nada que ver con lo que sucedió. No conozco a esos hombres —expresó con evidente desesperación. Sus ojos estaban inundados de lágrimas a punto de desbordarse—. Te juro que no soy adicta, ni tengo ningún vicio. De hecho, a mis veintiséis años, jamás he utilizado drogas de ningún tipo. Por favor, créeme —rogó.

La expresión de Athenas desestabilizó a Paula, que le tomó las manos y se las acercó a los labios.

—Tranquila, te creo —le dijo—. Pero sé que algo te sucede y necesito saberlo. Es la única forma de ayudarte —el gesto de terror en el rostro de Athenas llamó su atención. Sobre todo, cuando empezó a negar con la cabeza con desesperación—. Athenas… —le tomó la cara entre las manos, comprendiendo que no debía presionarla en ese momento—, no necesito que me cuentes nada… ahora —señaló con una voz suave—. Quiero que te calmes, que te bañes y te tomes ese vaso con leche. Tienes que descansar, ¿de acuerdo?

Athenas se quedó quieta, con la mirada fija y la respiración agitada; parecía que le daría un ataque de ansiedad. Paula le acarició el pelo hasta lograr que reaccionara. Cuando al fin movió los ojos, ella le sonrió, entendiendo que había vuelto en sí.

Paula se levantó, buscó los vasos con leche y le entregó uno; frente a ella, bebió del suyo, invitándola a imitarla. Athenas lo hizo despacio. Las galletas quedaron en el plato. Minutos después, la pelinegra entró al baño para asearse.

Paula, ahora sentada en el borde de la cama, analizó lo que acababa de suceder. Athenas estaba aterrorizada y eso le preocupó. De repente, vio su mochila sobre la cama; miró hacia la puerta del baño y regresó la vista al bulto.

Despacio, dejó su vaso de leche vacío sobre la mesita de noche y tomó el morral. Sin apartar la vista de la puerta del baño, abrió el cierre. No quiso sacar el contenido, pero buscó entre sus cosas sin perder de vista el baño. Había ropa, justo la misma que antes ella le lavó; también vio un cepillo y crema dental. Algunas toallas sanitarias, un jabón desgastado, dos botellas de agua, y una toalla bastante deshilachada.

Paula dejó el bulto sobre la cama al no hallar nada extraño; al hacerlo, vio un bolsillo secreto a un costado. Volvió la mirada a la puerta; como oyó agua cayendo, se confió. Acercó la mochila y abrió el cierre secreto. Dentro había algo de dinero que no contó y una hoja doblada que le llamó la atención. La desenvolvió y leyó el contenido.

Athenas Laurido
Vuelo 123
Santiago de Chile - Boston MS
Diciembre, 23-2024

La información rebotó por cada rincón de la cabeza de Paula. Athenas había llegado en un vuelo al país. ¿Cómo pudo pagarlo? Y, ¿Boston? ¿Cómo llegó a New York y por qué?

17

Las escasas horas que restaban para que el día llegara, Paula las pasó en vela. No pudo sacarse de la mente las preguntas que surgieron tras encontrar el boleto de avión en el morral de Athenas. En especial, tras darse cuenta también de que no vio ningún documento de identidad; eso le preocupó. Su cabeza era una revolución; sin embargo, tampoco era capaz de apartar el intento de secuestro que ella misma evitó.

Cuando por la ventana vio que comenzaba a clarear, se levantó; precisaba distraer su mente en otra cosa. Fue al baño antes del salir de su dormitorio. Al pasar por la habitación de huéspedes, no pudo evitar detenerse. En su mente se dibujó la imagen de Athenas, tan vívida como si pudiera tocarla. Sintió cierta opresión en el pecho; eso fue lo que la hizo seguir su camino. Bajó las escaleras y fue directo a la cocina. Preparó la cafetera, luego abrió el refrigerador. Como la primera vez que recibió a su invitada, no estuvo segura de qué prepararle de desayuno.

Se decidió por *pancakes* con huevo frito, tocineta y salchichas; un desayuno americano en toda regla. Con el aroma del café esparciéndose por cada rincón de la cocina, dispuso de todos los ingredientes para preparar la mezcla.

Tras servirse una taza de café, empezó a mezclar los ingredientes. Ya había vaciado la taza y puesto a cocer en la sartén el primer *pancake* cuando Athenas bajó las escaleras.

Al verla, Paula sonrió, pero su gesto se fue borrando al notar su mirada tensa y luego su morral en la espalda.

—Buenos días —la saludó, sintiendo una fuerte opresión en el pecho al adivinar sus intenciones por la firmeza de su mirada.

Athenas se acercó hasta la isla, se situó frente a ella, que estaba del otro lado, pendiente de los *pancakes* en la sartén. En ese momento, esta apagó la estufa, luego se recostó de la encimera y se cruzó de brazos, todavía con la espátula en la mano.

—Buenos días —respondió, sosteniéndole la mirada. Tragó saliva antes de hablar—. Paula…

—No —la interrumpió—. No te irás.

—Sí, lo haré.

Paula se movió hasta la isla, dejó la espátula a un lado.

—¿Acaso no viste lo que puede pasarte en la calle?

Athenas agachó la cabeza; en segundos, las imágenes pasaron por su mente. Sintió temor, pero más miedo le tenía a ser encerrada por ser ilegal, sin saber cuánto tiempo pasaría en una celda hasta que la deportaran. Además, no quería regresar derrotada a su país. Su familia no tendría escrúpulos para echarle en cara su error una y otra vez.

—No puedo quedarme aquí, Paula.

Ella respiró profundo; por su trabajo, conoció a muchísimas personas como Athenas. Un tanto orgullosas o temerosas para aceptar ayuda.

—No sé si te lo he dicho —dijo mirándola también con determinación—. Soy trabajadora social. Ayudo a personas como tú.

Athenas no supo por qué, pero pensar que Paula la ayudaba porque era parte de su trabajo, le dolió.

—No puedo aceptar tu ayuda.

—¿Por qué no?

La joven mujer apartó la mirada. Paula comenzó a tener cierta sospecha sobre su situación legal en el país. Para darse a ambas una pausa, buscó una taza, la llenó de café y se la puso delante, luego sirvió otro poco para ella.

Athenas tenía hambre, cuando bebió un buen sorbo de café, se sintió en el cielo. Dejó la taza sobre la isla. En ningún momento miró a Paula. Su pregunta permanecía en el aire, haciéndolo pesado.

—No iré más a la gasolinera —dijo.

—¿Crees que es el único lugar donde corres peligro?

No, y eso ella lo sabía muy bien.

—No.

Paula tomó aire otra vez.

—Athenas, voy a ayudarte lo quieras o no —sus palabras hicieron que ella la mirara—. Te conseguiré un techo seguro…

Ella negó de inmediato y retrocedió.

—No.

—Entonces no habrá manera de que permita que te vayas —sentenció. Athenas negó una vez más, pero esta vez se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta. Paula fue tras ella—. Sabes que aquí estás segura —le dijo cuando estaba a unos pasos de alcanzar el pomo—. Conmigo lo estás.

"Conmigo".

Esa simple palabra detuvo el ímpetu de Athenas. Algo en su interior se removió con una fuerza tal, que provocó que los ojos le ardieran. Ese "conmigo" significaba estar a su lado, cerca de ella y eso le gustaba, aunque no entendía por qué.

Como en cámara lenta, Athenas se dio la vuelta hasta encontrarse con los ansiosos ojos de Paula. En ellos vio una preocupación genuina.

—No quiero ser una carga para ti. Ya has hecho demasiado por mí.

Paula soltó el aire que estuvo conteniendo sin darse cuenta.

—No lo serás. Te ganas algunos dólares limpiando parabrisas, ¿no?

—Ya no lo hago.

—Oh, bueno. Sé que hallarás algo que hacer.

Athenas se removió. La última vez que la vio, no le dijo que tenía una posibilidad de trabajo por su desconfianza; que ya se había ganado unos dólares. Además, pensó que aquella sería la última vez que la vería. Pero estaba ahí, de vuelta.

—Tengo… Tengo un trabajo.

Paula sonrió al instante.

—¿De verdad? Eso es genial.

Athenas recordó la situación con sus documentos de identidad. Sabía que el trabajo en el Café no era del todo legal, que en cualquier momento Christine podría decirle que ya no debía estar allí.

—No sé cuánto dure.

Paula se acercó; siendo cuidadosa, le puso una mano en un hombro.

—Entonces que sea así, pero, por favor, no te vayas —le pidió con una mirada suplicante—. Yo… te conozco hace poquísimo. Ni

siquiera puedo decir que seamos amigas. Sin embargo, quiero serlo, así que no podré estar tranquila sabiéndote en la calle, expuesta a peligros como el de anoche.

—Paula…

—Athenas, no te dejaré ir —le dijo y se encogió de hombros—. No lo haré, así tenga que amarrarte a la escalera.

La joven mujer rio. Sus miradas se encontraron. El silencio las rodeó. Para ella fue como si los ojos de Paula le hablaran, espantando un poco su miedo, su desconfianza, sus dudas. Luego de unos instantes de absoluto silencio, ella asintió.

—Está bien, me quedaré.

El alivio de Paula fue inmediato; y su sonrisa no pudo ser más amplia. Un gesto que se reflejó en el rostro de Athenas.

—Lleva tus cosas a tu habitación, yo seguiré con el desayuno.

"A tu habitación". Las palabras rebotaron en el corazón de Athenas. Era cierto, apenas se conocían y, sin embargo, Paula le daba un lugar en su casa. ¿Eso no la hacía un ser maravilloso? Claro que sí.

—De acuerdo —aceptó.

Athenas le sonrió cuando pasó a su lado, dirigiéndose hacia las escaleras. Por su parte, Paula se sintió aliviada y tranquila. Lo que le dijo antes era cierto, ella no estaría tranquila sabiéndola en la calle después de haberla tenido bajo su techo, viéndola dormir con tanta tranquilidad y despertar con una mirada diferente; no cargada de miedo, sino de sosiego, de plenitud.

Paula regresó a la cocina y terminó de hacer los *pancakes*: cuando Athenas bajó, ya estaba friendo los huevos, la tocinetpa y las salchichas.

—¿Puedes servir el jugo, por favor? —le pidió—. Ya esto casi está. Los vasos están allá —le señaló uno de los compartimientos de la alacena.

—Por supuesto.

Athenas, feliz de ser útil en algo, rápido buscó los vasos y el jugo; cuando lo sirvió, ya el desayuno estaba dispuesto sobre la isla. Ambas se sonrieron mientras se sentaban, dispuestas a dar cuenta de la comida.

—Espero te guste —dijo Paula.

—Los huevos del otro día estaban deliciosos. Y el café que haces es lo mejor que he probado en mucho tiempo.

La anfitriona rio. Se sintió feliz al ver a Athenas comer; le aliviaba saber que no pasaría más hambre. Al menos mientras estuviera en su casa.

—Gracias —bebió de su jugo mirándola comer. El silencio entre las dos era cómodo, sin embargo, en su cabeza seguían las preguntas y dudas dando vueltas—. ¿Puedes decirme de qué es tu trabajo?

Athenas asintió; se limpió la boca con una servilleta de papel antes de hablar. En ese detalle, Paula notó su educación.

—Limpio una terraza y los alrededores de un Café-Bar —respondió—. Y la noche anterior, tuve que servir en las mesas.

Paula le preguntó por qué y ella le dio los detalles. A partir de ahí, la conversación fluyó con total naturalidad. Como la primera vez, cuando terminaron de desayunar, Athenas insistió en lavar los platos, así que la otra mujer aprovechó el tiempo para alistarse para ir a su trabajo.

Athenas pensó que su vida daba otro giro. Sin embargo, no olvidaba que debía tener cuidado.

18

En menos de veinte minutos, Paula bajó la escalera y se presentó con su maletín en una mano y su bolso colgando en el hombro. Iba, además, vestida con un elegante traje.

En cuanto Athenas la vio bajar, se lavó las manos, fue de prisa hacia la sala y se colgó la mochila en la espalda.

—Ya estoy lista —anunció.

Paula la miró. Athenas no la conocía tan bien, pero su mirada intensa y la seriedad en su rostro, le indicaron que tenía algo en la mente que a ella no le gustaría.

—Athenas…

La sola mención de su nombre la alertó. Paula se paró en medio de la sala; con un simple movimiento de la mano, la invitó a sentar. La pelinegra, sorprendida y extrañada, obedeció en silencio. En cuanto vio que tomó asiento en la esquina del sofá, ella la imitó.

—Te iba a pedir que me dejaras en el Café-Bar —se adelantó a hablar.

—¿Trabajas allí hoy? —preguntó, con un tono serio.

Athenas frunció el entrecejo.

—La realidad, no lo sé —respondió—. Christine a veces necesita ayuda y…

—¿Quién es Christine? —la interrumpió, frunciendo el ceño.

—La encargada del Café —dijo con la voz contenida—. Quien me ofreció el trabajo.

Paula asintió.

—¿Confías en Christine?

El tono que usó la castaña hizo que Athenas se contuviera. ¿Qué tanta información podía ofrecerle que no le afectara? Suspiró profundo sin apartar la mirada.

—En realidad, no la conozco —admitió—. Solo me ofreció un trabajo, luego me permitió efectuar otras tareas y bueno… me pagó. Ha sido muy atenta y buena conmigo —respondió, encogiéndose de hombros.

Paula desvió la vista al suelo; eso era algo positivo para Athenas, ella no quería quitarle méritos a esa persona, a Christine.

Pero la mención de otro nombre la desestabilizó. No deseaba que nadie, después de lo que ocurrió la noche anterior, se acercara a ella con otro interés.

De pronto, Paula levantó la mirada y le tomó las manos.

—¿Puedo ser sincera? —le preguntó. Ella asintió y puso atención a sus palabras—. Creo que no es conveniente que salgas de aquí por ahora, Athenas.

Ella frunció el entrecejo, sin comprender.

—¿Qué me quede aquí? Paula, yo… —titubeó.

—Athenas, atiéndeme un momento —levantó una mano, pidiéndole tiempo—. Tómalo de este modo… Yo no viviré tranquila mientras estés en la calle, a la vista de quién sabe qué persona. Tampoco creo conveniente, ni correcto, que después de tu intento de secuestro, salgas —hizo una pausa. Tragó saliva antes de continuar—. Hay algo que no te he dicho —confesó.

Los ojos de Athenas se ampliaron.

—¿Qué?

—Ayer fui a buscarte a la gasolinera. No dejé de pensarte en todo el día. Estaba preocupada, así que fui —la otra mujer permanecía a la expectativa, esperaba cada palabra—. En la fila para pagar la gasolina, había dos hombres. Uno de ellos preguntó por la chica de los parabrisas.

Athenas tragó saliva.

—¿Qué? —susurró porque su pecho fue presa del miedo tras escuchar aquello.

—Luego, los escuché hablar por teléfono. Informaban que alguien tenía dos días sin ir a la estación. Y tú tenías justo ese tiempo que no ibas allí. Lo sé porque hablé con una de las empleadas.

—Yo… me quedé a dormir en el Café —explicó porque sintió la necesidad. No quería que Paula pensara que andaba en otros pasos.

—Ahora, estoy casi segura de que en esa llamada hablaban de ti, que esos hombres tienen que ver con tu intento de secuestro —confesó lo que había en su cabeza—. Entonces, ahora no sabemos si te están siguiendo, o esperando a que regreses.

—Paula…

—Escúchame —volvió a usar las manos para pedirle atención—. Te pregunté si tenías trabajo para que llames y te excuses, porque eso es lo que hacen las personas responsables… Y tú lo eres, ¿verdad? —a Athenas le extrañó la pregunta, pero asintió. Sí, lo era; de hecho, era una de sus mayores cualidades—. Entonces, si no hay nada seguro en relación con ese trabajo, lo más conveniente es que te quedes bajo las sombras por un tiempo. Quiero, por favor, que permanezcas en esta casa.

Tras escuchar sus argumentos, uno de los cuales tenía muchísimo peso, Athenas comprendió que lo que le decía tenía todo el sentido del mundo. En especial, después de conocer la historia de los dos hombres de la gasolinera. Además, ella solo la estaba cuidando.

Paula continuó cuando no le dio una respuesta de inmediato.

—Mira —siguió—, puedes descansar. Tienes la TV. Haz lo que quieras, esta es tu casa por ahora.

Athenas se estremeció porque la mirada de Paula no se apartaba de ella y sus palabras sonaban casi a súplica. Su preocupación era evidente; le apretó las manos a medida que le hablaba y no había forma de pensar lo contrario. Paula vivía de verdad intranquila por ella.

La pelinegra bajó la cabeza; su corazón latía rápido y no era capaz de identificar la razón. Si era agradecimiento, miedo o ese sentimiento extraño que albergaba en su pecho cada vez que estaba cerca de su nueva amiga. Tras unos instantes de consideración, frunció la boca y asintió. ¿Qué otra cosa podía hacer que no fuera aceptar lo que Paula le pedía? Lo menos que deseaba era imponerse y llevarle la contraria a la única persona con la que contaba en ese momento.

—Está bien, me quedaré hoy aquí. Te prometo que no tendrás quejas.

Paula entornó los ojos y se apartó un poco.

—Esa aclaración de que "hoy" —recalcó— te quedarás aquí, ¿tiene una doble intención? ¿Acaso intentas advertirme que mañana no te quedarás?

—Mañana será otro día —respondió—. Lo hablaremos, ¿de acuerdo?

La trabajadora social se levantó sonriendo mientras negaba. Sospechaba que Athenas era algo traviesa y un hueso duro de roer. Por el momento, la dejaría creyendo que el día siguiente se iría. Ella haría lo posible por impedirlo; al menos por ahora.

De camino a la puerta, Paula se detuvo y giró para mirarla a los ojos otra vez.

—¿De qué nacionalidad eres, Athenas? No logro identificar tu acento.

A ella se le erizó el cuerpo; sus mejillas perdieron color, mostrando una palidez instantánea. Para Paula esa reacción no le resultó extraña; Athenas estaba por completo reacia a hablar sobre su vida. Sin embargo, necesitaba saber de su pasado; sobre todo, después de ver aquel boleto de avión. La manera más sutil de averiguar algo era cuestionar de forma casual, aunque viendo su reacción, no creyó haberlo logrado.

—Soy chilena. De Santiago —confesó, con cierta tensión en la voz. Paula asintió. Tras unos segundos de silencio, se despidió con un guiño. Pero se detuvo al escucharla hablar—. Laurido —ella volvió a mirarla—. Es mi apellido —le aclaró—. Me llamo Athenas Laurido.

Paula asintió, le dedicó una ligera sonrisa en agradecimiento y luego continuó su marcha hasta salir de la casa.

Athenas permaneció de pie, mirando la puerta cerrarse. *Por si quieres investigarme*, pensó, con el corazón en un hilo.

***

Por supuesto que ya Paula había "stalkeado" las redes sociales en busca de información. Una de las cosas más efectivas dentro de su profesión era investigar las redes de quienes recibían ayuda a través de los programas del gobierno. Ella evitaba sorpresas y malos entendidos entre los casos que atendía, así que, por costumbre, accedía a una plataforma gubernamental en la que hallaba, de forma parcial, cualquier información personal que considerara necesaria; si esta era de carácter público.

La pregunta que le hizo a Athenas sobre su nacionalidad fue para averiguar cuán sincera era; una prueba de su sinceridad en toda regla, pero fue necesaria. Paula subió a su camioneta con una sonrisa plasmada en el rostro; se sentía orgullosa y bastante confiada de la mujer a la que quería ayudar.

Hasta ese momento, lo poco que ella le contó, era verdad. Athenas Laurido era chilena, de Santiago. Tenía veintiséis años. Aparte de eso, no halló ninguna información que le preocupara, aunque hacía justo cuatro meses que no publicaba nada en su red social más activa.

Su última publicación había sido en diciembre. Se trataba de la fotografía del ala de un avión entre las nubes. La descripción que acompañaba la imagen decía: “Una nueva vida”.

19

Athenas se sentó en el sofá con el morral en su regazo. Se encontraba sola; el silencio lo llenaba todo. Estuvo antes ahí, pero, hasta ese momento, no se puso a detallar el espacio que era el hogar de Paula. Prestó atención a cada cosa que había en la sala; la decoración tenía un estilo moderno, todo ahí le parecía bonito. Se fijó en un portarretrato que yacía encima de un mueble; en la fotografía, Paula abrazaba desde atrás a una mujer mayor. Supuso que era su madre por el parecido con ella. Se levantó del sofá y se acercó al mueble.

Athenas posó la vista en Paula, que parecía unos años más joven que en la actualidad. Sonrió sin darse cuenta. Y tampoco se percató cuando levantó una mano y rozó la imagen con el dedo índice, dibujando la línea de la mandíbula de su amiga. Su corazón se agitó en su pecho, devolviéndola a la realidad. De pronto, como si el cristal del portarretrato la hubiese quemado, apartó la mano y la escondió tras su espalda.

La mujer de ojos grises frunció el entrecejo, extrañada. ¿Qué acababa de hacer? Miró de nuevo a Paula en la fotografía; ella era hermosa, atractiva, de eso no le cabía dudas, pero no podía estar en su casa, tocándola en sus fotos como si deseara… rozarla. Ahora sacudió la cabeza, no debía tener ese tipo de pensamientos.

Se alejó del mueble. Tenía que hacer algo, no podía seguir viendo la televisión, tal como se lo sugirió Paula. No, ella tenía que ocuparse. Ganarse el tiempo que permanecería ahí. Debía servirle de ayuda, tal como ella le prestaba la suya. Se llamaba "agradecer", así que correspondería a su solidaridad.

Athenas agarró su morral y subió para dejarlo en la habitación de huéspedes, luego volvió a bajar. Decidió que asearía la casa, aunque no era que estuviese sucia. Buscó los implementos de limpieza; se sintió una intrusa registrando las alacenas y demás espacios en su búsqueda. Cuando tuvo todo lo necesario, se puso manos a la obra.

Inició por la sala; limpió todo con extremo cuidado. Luego de más de una hora, pasó a la cocina. Fue ahí donde se le ocurrió una

idea. Paula debía almorzar en algún momento. Se preguntó si solía regresar a su casa para hacerlo. Deseó tener un teléfono para llamarla y preguntarle. Estuvo unos minutos considerándolo; al final, decidió que le haría el almuerzo. Si no regresaba a la casa, al menos le serviría para cenar. Además, ella debía comer también, así que de esa manera lo cubría todo.

De nuevo, se sintió una intrusa cuando abrió el refrigerador, que estaba bastante abastecido. Eso la asombró, porque Paula no le parecía una persona que tuviera mucho tiempo para hacer compras; la imaginaba más bien comiendo en restaurantes. Consideró las proteínas que vio; clavó los ojos en un pulpo.

Un pulpo al Pil pil sería perfecto; además, era unos de sus platos favoritos de su amado Chile. Pero antes de pensar en prepararlo, debía comprobar si Paula tenía vino blanco. Emprendió una nueva búsqueda por las alacenas de la cocina; dio con algunas botellas de alcohol. Casi pega un salto cuando se topó con una del vino que buscaba. La sacó y la dejó sobre la encimera. Sintiéndose contenta por su plan, continuó con la limpieza.

Cuando faltaba poco para dar el mediodía, regresó a la cocina. Sacó el pulpo a descongelar, luego se hizo con pimentón, ajo y perejil. Mientras picaba todo, sin darse cuenta, empezó a tararear una canción.

Cuento hasta diez para entender
que tú no vas a volver
¿Cómo hago yo pa' respirar
si no dejo de llorar?

Cuando Athenas se percató de que cantaba, calló. Contuvo el aliento porque esa canción, meses atrás, la asociaba con la mujer de la que se enamoró, debido a que nadie de su familia, ni amigos, entendían y le advertían sobre la relación que mantenía con ella.

Athenas no conoció esa canción hasta que Cami, una de sus cantantes favoritas, se unió a Lasso en un concierto para cantar, "un millón como tú". Tragó saliva porque, al final, su familia y amigos tuvieron razón. Aun así, continuó tarareándola, tal vez como una manera de recordarse a sí misma que había aprendido una lección.

… Tú al final, no eres tan especial

no caminas sobre el mar ni haces oro de cristal
solo hay que buscar
hay un millón como tú.

De su corazón se había borrado el amor que sintió meses atrás; el miedo, las calles, lo borraron hasta el punto de que ni siquiera huellas quedaban. Solo permanecían los recuerdos; recuerdos que se hicieron oscuros.

Cuando acabó de cortar los vegetales, se encargó de limpiar el pulpo, luego lo troceó. A continuación, puso en una sartén honda aceite de oliva, junto al ajo y el pimentón. En cuanto todo estuvo tierno, añadió el pulpo, algunos condimentos y revolvió. Transcurridos unos minutos, agregó el vino y dejó que se cociera. Ella no era de beber alcohol, solo lo hacía en ocasiones especiales; al tener la botella de vino cerca, se sirvió un poco.

Nunca antes bebió vino blanco, pero le pareció delicioso. Miró el reloj; iba a dar la una de la tarde. Comenzaba a pensar que Paula no aparecería. Se mantuvo removiendo el pulpo, procurando que se mezclaran los sabores. Lavó la copa y guardó la botella.

Ella revisaba la densidad de la salsa cuando le pareció oír el motor de un auto. El corazón se le aceleró; a prisa se movió hacia la ventana que había en la cocina. No tenía una amplia vista, aun así, pudo ver parte de la camioneta de Paula. Casi se pone a dar saltitos de felicidad porque le demostraría a su amiga que no solo sabía estar en la calle.

***

Paula solía regresar a su hogar en la noche, cuando terminaba de atender todos sus compromisos laborales. Como ya iniciaba a hacérsele costumbre, no pudo dejar de pensar en Athenas. Sabía que en su casa estaría no solo segura, también cómoda; no obstante, albergó cierto temor de que hubiese decidido irse, a pesar de sus advertencias. Así que pasó a comprobar que seguía allí y que se encontraba bien.

Cuando abrió la puerta de su casa, un delicioso aroma la envolvió hasta el punto de que le hizo agua la boca. Pudo identificar

de inmediato el aroma de algún tipo de marisco. En el fondo, en la estufa, vio que había algo al fuego. Sonrió sin percatarse.

—¡Athenas! —la llamó después de cerrar la puerta.

La casa era de concepto abierto, pero una parte de la cocina quedaba fuera de la vista. Su invitada asomó la cabeza; fue obvio que se escondió, la delató su enorme sonrisa.

—¡Hola!

Paula dejó su cartera sobre un sofá al pasar por la sala. Ella sonreía también.

—¿Estás cocinando?

Con las manos enlazadas a la espalda, Athenas miró hacia la estufa. Estaba emocionada.

—Sí —respondió.

—Huele… delicioso —dijo Paula, ya destapando la sartén. La curiosidad la carcomía—. Oh, vaya.

La densa salsa que se había formado hervía alrededor del pulpo, que tomó un bonito color.

—Es pulpo al Pil Pil. Un plato de mi país —explicó.

Paula la miró sin dejar de sonreír. En su pecho sentía una intensa agitación que le resultaba exagerada, tomando en cuenta de que Athenas solo había cocinado. Sí, un plato que ella jamás probó, pero no era para tanto. Y también, le llamó la atención el hecho de que le estaba encantando la ilusión y la emoción que veía en los ojos de su invitada.

—Ya quiero probarlo —declaró, tapando la sartén de nuevo.

—Ya casi está. Iba a cortar algo de pan.

—No, déjame hacerlo yo, por favor.

—Quiero… servir todo como debe ser.

Paula sonrió.

—De acuerdo —aceptó—. Solo me sentaré aquí y te miraré hacer.

—Muy bien —la cocina se llenó de sus risas. La castaña tomó asiento alrededor de la isla—. ¿Tienes pan?

Paula señaló una alacena; de inmediato, Athenas se hizo con el pan.

—¿Acaso tú… limpiaste? —preguntó, con los ojos entornados tras fijarse en que los envases donde guardaba los condimentos no estaban en su lugar.

—Sí.

Paula miró a su alrededor, incluso, hasta la sala.

—¡Athenas!, no te dejé aquí para que hicieras la limpieza —la reprendió.

—Lo sé. Solo quiero ser útil. Ayudarte, como tú lo haces conmigo.

El argumento era válido, pero ella no quedó conforme. Sin embargo, se olvidó de todo cuando su invitada puso el pan cortado sobre la isla, luego apagó la estufa y sirvió el pulpo. La vio espolvorear perejil fresco antes de poner su plato ante ella.

El pulpo humeaba y se veía delicioso.

—Buen provecho —le deseó Athenas, tomando asiento del otro lado, frente a ella.

Sin perder un segundo, Paula tomó una porción del pulpo con salsa y se la llevó a la boca. Su invitada sonrió cuando la vio cerrar los ojos, extasiada. En su pecho. Su corazón dio un vuelco.

20

El tiempo del almuerzo se escapó demasiado rápido, según Paula; solo contaba con dos horas antes de regresar a su oficina a tratar un caso pendiente. Odió tener que despedirse de Athenas, pues la conversación durante la comida fue agradable, amena y algo reveladora, pero al final, la conversación tomó un giro inesperado, haciendo que permaneciera en su memoria por el resto de la tarde.

—Así que eres una buena cocinera —expresó Paula, mientras saboreaba el delicioso plato chileno.

Athenas sonrió.

—Sí. O un poco. Mi madre me enseñó a cocinar —explicó, asintiendo animada, luego se llevó el vaso de agua a los labios.

Paula apoyó un codo en la mesa y la barbilla en la mano, centrando su atención en ella.

—¿Aprendiste desde muy joven?

—Bueno, sí —dudó un poco—. Podría confirmar que sí. Siempre veía a mi mamá en la cocina. A veces le ayudaba, aunque Digna se encargaba de todo —dijo, gesticulando con las manos.

Paula se quedó mirándola cuando mencionó el curioso nombre. De inmediato, asoció esa situación con una posición social privilegiada, y eso no le extrañó. La forma de hablar y dirigirse de Athenas, sus facciones, su cabello saludable, a pesar de los días en la calle, le demostraban que no siempre estuvo vagando. Ella provenía de una buena familia, y eso hizo mella en la psiquis de la trabajadora social. ¿Por qué estaba en la calle? ¿Qué fue lo que sucedió para que llegara a eso?

—¿Digna?

La conciencia volvió a la pelinegra al percatarse de que habló más de lo necesario. La expresión en el rostro de su amiga se lo confirmó, por lo que no tuvo otra salida que revelar quién era la persona de la que hablaba.

Athenas dejó los cubiertos sobre la mesa y puso las manos sobre sus muslos, fuera de la vista de Paula.

—Digna es mi nana. Quien me crio —explicó.

—¡Mira a la niña, con nana y todo! —se burló. Athenas se sonrojó al instante—. ¡Qué chévere! Nunca tuve una nana. A mí me crio mi madre —comentó para aligerar el momento al ver el rostro sonrojado.

Poco a poco, Athenas fue levantando la vista hasta encontrarse con los ojos marrones.

—¿Tu madre es la de la foto? —preguntó, mirando hacia la sala.

Paula asintió. Su rostro se ensombreció, a pesar de que le sonrió.

—Sí, es ella. Murió hace apenas un año —dijo con un nudo en la garganta.

—Lo siento.

Athenas sacó las manos de debajo de la mesa para cubrir las de Paula.

—La extraño horrores —confesó, mirando desde la mesa la fotografía en la sala—. Éramos solo ella y yo.

—¿Vivías con ella?

—No —respondió—. Mamá estaba en una casa de reposo. Por decisión propia —aclaró—. Gil y yo trabajábamos mucho. No quise que se quedara sola aquí, así que estuvo en ese lugar, donde la cuidaban bien. Cuando enfermó, la traje a casa. Y aquí permaneció hasta que partió —explicó con un tono triste.

Athenas asintió y le apretó la mano.

—Lo siento. No veo a mi madre hace un tiempo y la extraño… —reveló.

Sus ojos se tropezaron; Paula cubrió entonces la delgada mano de Athenas con las suyas y la apretó fuerte.

La joven mujer suspiró profundo; se acercaban a un tema difícil que no quería tocar. Porque amaba a su madre, pero su padre ejercía demasiada presión en la familia, al punto de dominar y manejar cada paso que ambas daban. Lo que desató, años después, una de las causas por las que ella ahora vivía en calle.

Por su parte, Paula sí deseaba abundar sobre el tema, era la ocasión propicia.

—Athenas… ¿tú…?

—Bueno, y tú, ¿cocinas? —la interrumpió con la intención de cambiar el tema—. Asumo que sí. El refri está bastante abastecido.

Paula sonrió.

—Sí, cocino —confirmó—. Por lo usual, los fines de semana. No tengo mucho tiempo, la verdad, pero… ya te prepararé algo —ofreció, guiñándole un ojo—. Debes decirme qué te gusta.

El corazón de Athenas latió deprisa, imaginando a Paula detrás de la encimera, dedicándose a cocinar para ella. Sin embargo, la sombra del nombre que antes pronunció, regresó a su memoria, opacando el momento.

Paula no se percató de que su sonrisa fue desapareciendo, pues, se levantó de la mesa, recogiendo los platos para llevarlos al fregadero.

"Gil". ¿Era un hombre o una mujer? Athenas sacudió la cabeza, confundida; pero esa duda que averiguaría más adelante, quedó en el pasado cuando cayó en cuenta de que Paula se dirigía a la cocina. Iba a lavar los platos.

Ella la siguió y, sin intensión, la tomó por el codo.

—Paula…

Las miradas se toparon porque el corrientazo que ambas sintieron al contacto de sus pieles, fue inmediato, y muy intenso.

Athenas le recomendó que descansara antes de continuar su día de trabajo, pero Paula le pidió que se quedara esos minutos con ella, así que sacó las manos del chorro de agua, se las secó con una toalla y caminó hacia la sala.

Athenas hubiese preferido quedarse en la cocina, porque aún sentía la impresión de la piel de su amiga en la suya, por lo que una sensación de culpa la avasallaba.

—¿Tienes algún plan para hoy? —indagó Paula unos minutos después.

—No. Solo quería pedirte el favor de que me prestes el teléfono para llamar a Christine.

Otra vez ese nombre, se quejó Paula en su interior.

—¿Insistes en ir a trabajar? —preguntó con las cejas levantadas.

Athenas se encogió de hombros.

—Es lo único que tengo, Paula. Quiero conservarlo —explicó.

Esta asintió, llenándose de orgullo por ella. Sin dudarlo, le tendió el teléfono y se levantó.

—Mientras hablas al trabajo, iré al baño. De todos modos, en el estudio hay un teléfono —le informó—. La verdad es que nunca lo utilizo. Lo tengo porque lo incluye el plan de internet. Puedes usarlo cuando desees —dijo—. También recuérdame que debo dejarte mi número de teléfono, ¿de acuerdo?

Athenas asintió; luego la vio desaparecer por el pasillo. Ella agarró el teléfono entre las manos; lo miró con atención. Era un dispositivo de última generación. Al final, no marcó ningún número; primero, porque no sabía el número y la tarjeta estaba en su mochila. Y, segundo, porque no fue que desperdiciara la oportunidad que le ofrecía su amiga. Fue que, de repente, su corazón se ensanchó y a su mente llegó una pregunta.

Paula regresó a la sala; la vio sentada con el equipo entre las manos.

—¿Qué te dijeron? —curioseó.

—No llamé —respondió.

Paula torció la boca, sin entender. Athenas parecía confundida y sus ojos lucían dilatados; algo había ocurrido en el breve transcurso de tiempo que fue al baño.

—¿Estás bien?

—Paula… —escuchar su nombre con tanta emoción, la desestabilizó. Tal vez por el tono; tal vez por la forma como sus ojos grises la miraban, fue lo que causó que su corazón se oprimiera, causándole un poco de temor—, ¿por qué me tratas con tanta empatía?

Paula suspiró hondo, levantó las cejas y luego se sentó a su lado, sin comprender la razón de esa pregunta. Se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Athenas frunció el entrecejo.

—No sabes nada de mí. Nada —recalcó—. Me dejas en tu casa, me ofreces tu compañía, tu tiempo —enumeró—. Desde la primera vez, te portaste con mucho afecto. Yo… no estoy acostumbrada —confesó.

Paula asintió.

—Es cierto —reconoció—. No sé nada de ti, solo lo que me has contado. Y es cierto, no debo confiar. Tú tampoco. Pero… creo que, por alguna razón, nos encontramos en la gasolinera. Por algún motivo, estuviste cuando más lo necesité. Y, bueno…, soy una persona agradecida.

Eso dolió. ¿Significaba que Paula la ayudaba solo por agradecimiento? Athenas asintió y bajó la cabeza. ¿Así que era eso? ¿Agradecimiento?

Paula, teniendo vasta experiencia en relaciones humanas, se percató de su zozobra. Sin conocer las razones, ella le acunó el rostro; con el pulgar, le acarició la mejilla e hizo que la mirara.

—Athenas, ya debo regresar al trabajo —anunció—. Tengo un caso difícil. Te pido que no pienses mucho, que me otorgues una tarde de paz, manteniéndote tranquila aquí. Si quieres irte, está bien. No voy a encerrarte ni a obligarte a que te quedes. Lo que necesito que tengas presente es que quiero que te estabilices emocionalmente, porque preciso saber qué es lo que sucede. Si existe alguna razón para que esos hombres trataran de atacarte. Si me dices que es un caso aislado, te creeré. Te lo prometo. Pero si es otra cosa, preciso saberlo.

Athenas no podía ni siquiera parpadear; sentía una mezcla de emociones que en ese momento no era capaz de controlar. Paula generaba respeto; era una mujer de autoridad y ella lo que temía en ese instante era lo que podía ocurrir si se enteraba de su situación legal.

Sentía desilusión porque, en algún momento, sintió que era cariño la razón por la que Paula la apoyaba y se preocupara tanto por ella. Y abrigaba también mucha preocupación por decepcionarle, que la mirara de otro modo cuando se enterara de las razones por las que ahora vagaba en las calles.

Paula no recibió ninguna respuesta, pero no forzó nada. Athenas desvió la mirada; la linda ocasión que pasaron juntas durante el almuerzo se había esfumado. Sin embargo, confiaba en que, al regresar en la tarde, ella aún estuviera allí.

21

Paula subió a su camioneta y la puso en marcha. A medida que se alejaba de su casa, en su pecho se fue intensificando una sensación de opresión. Por primera vez en mucho tiempo sentía miedo; y no uno sin importancia, no. Su miedo era profundo. Si Athenas no estaba cuando regresara, no iba a poder estar tranquila como lo estuvo desde que la guerra con Gil acabó.

El simple hecho de imaginarla de nuevo en la calle, la agobiaba a un nivel incomprensible. Sabía que abrigaba empatía por ella, le caía bien y quería ayudarla, pero eso que sentía comenzaba a preocuparla. Tomó aire, procurando frenar sus pensamientos en busca de claridad.

En lo primero que pensó fue en que tenía que conseguirle un sitio donde vivir; Athenas estaba muy reacia a permanecer mucho tiempo en su casa, así que esa era la mayor prioridad, ya que ella tenía la capacidad de trabajar.

Encontrar un lugar donde pudiera ubicarla no sería un problema; manejaba algunos programas de ayuda que el gobierno les ofrecía a personas con dificultades económicas, así que Athenas era la perfecta candidata para aplicar a la asignación de ese tipo de ayudas. Paula sonrió. Solo tendría que pedirle los documentos a su invitada para iniciar el proceso.

Lo segundo sería conseguirle un trabajo permanente. Athenas era una persona inteligente; con un sitio donde vivir y un trabajo, estaba segura de que saldría adelante. Solo así se sentiría tranquila.

Paula estacionó en su lugar en la organización donde trabajaba. Agarró su cartera, el maletín y descendió del auto. Fue directo a su oficina, donde se reuniría con una familia que se negaba a aceptar que uno de sus hijos tenía problemas cognitivos. Estos debían cambiarlo a una escuela que estuviera adaptada a las necesidades de aprendizaje del niño, pero estaban cerrados por completo a la idea. A ella la acompañaría un abogado y un psicólogo infantil que le explicarían a la familia el diagnóstico y los derechos del niño a recibir la atención educativa requerida para desarrollar su aprendizaje.

La reunión duró poco más de dos horas; según Paula, el tiempo valió la pena porque los padres accedieron a visitar la escuela recomendada para la atención de su hijo. Eso era un enorme avance, tomando en consideración que llevaban un mes tratando de convencerlos. Cuando acabó, se sentó a redactar el informe del caso; era su deber registrar en detalle cada caso que atendía. Su trabajo tenía muchos desafíos que superar, pero a ella le gustaban los retos.

Al pensar en ello, Athenas se instaló en su cabeza. Después de escribir un par de párrafos con ella en mente, tuvo el impulso de llamar a su casa solo para comprobar si seguía allí. Puso la mano en el teléfono que tenía sobre su escritorio, pero no llegó a levantar el auricular. Si llamaba y no contestaba, no sería capaz de concentrarse en su trabajo. Prefería aferrar la esperanza en su corazón.

Justo cuando iba a apartar la mano del teléfono, este repicó, sobresaltándola. Le había dejado su tarjeta a Athenas, por un instante deseó que fuera ella para decirle que se quedaría en su casa.

Paula levantó el teléfono tras el segundo repique.

—Aló…

***

Tendría que comprobarlo en persona. Cuando Paula se encaminó por la calle donde quedaba su casa, su corazón comentó a latir fuerte y rápido. Tuvo que respirar profundo varias veces. Al avistar la fachada de su casa, buscó el más mínimo indicio que le dijera que Athenas estaba allí. No vio nada.

Se humedeció los labios cuando se adentró en el camino de su garaje. Procurando mantener su ansiedad a raya, porque se sentía tonta, agarró sus cosas con calma y descendió de la camioneta; el golpe de la puerta al cerrarse le pareció la explosión de una bomba atómica por el silencio que reinaba en el amplio espacio. Se dirigió a la puerta que conectaba el garaje con la casa; puso la mano en el pomo, tomó aire y lo giró.

En la sala no había nadie. En la cocina tampoco. El alma de Paula se deslizó por su ser hasta caer a sus pies. Albergando un

intenso dolor en el pecho, se sintió derrotada. Dejó caer la cartera y el portafolio sobre el sofá.

Fijó la vista en el rellano del segundo piso. El hilo de esperanza que guardaba en el corazón la impulsó a un último intento.

—¡Athenas!

La casa pareció estremecerse con el eco de su voz. El silencio le respondió. Con los ojos puestos en el rellano, aguardó. Interminables segundos transcurrieron. Nada.

Paula bajó la vista al suelo; negó con la cabeza.

—Me pareció oír ni nombre.

Cuando levantó la cabeza, Athenas descendía las escaleras. El alma le volvió al cuerpo. Un profundo suspiro le devolvió el oxígeno.

—Gracias a Dios —susurró.

Athenas frunció el entrecejo.

—¿Qué es ese gesto?

—Creí que te habías ido.

Su invitada sonrió.

—Te dije que me quedaría por hoy.

—Vuelves a mencionar ese hoy —se quejó, poniendo los brazos en jarra.

Athenas la imitó.

—Sí.

Paula frunció los labios.

—Escúchame, no viviré con esta incertidumbre todos los días —le advirtió—. Traje las solicitudes para que apliques al programa de asignación de vivienda. Te ayudaré a llenarlas, solo necesito tus documentos de identidad.

Esas palabras provocaron que el miedo se apoderara de ella en segundos. Paula la vio palidecer, luego retroceder.

—No… —las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. No fue capaz de hablar.

—Athenas… —preocupada, Paula intentó acercarse, pero ella retrocedió.

—No… No quiero ayuda —balbuceó.

Paula se sintió conmovida por la angustia que reflejaba, aun así, se repuso rápido porque estaba dispuesta a todo por ayudarla a salir

de las calles.

Levantó las manos, pidiéndole calma.

—Athenas, sé que es difícil aceptar ayuda…

—No puedo aceptar ninguna ayuda.

—¿Por qué no?

Athenas se sintió acorralada. Si le decía que no tenía sus documentos de identidad, ni la visa, estaba segura de que Paula se vería en la obligación de denunciarla y para eso, para ser detenida o deportada a su país, prefería continuar en las calles. No regresaría sin nada en las manos; ella se haría de una vida allí a como diera lugar.

Athenas le dio la espalda a Paula y se dirigió a la cocina, aunque su escape le valió poco porque advirtió su presencia cerca todo el tiempo. No tenía otro argumento para negarse que no fuera la verdad y no la diría. Manteniéndose de espalda, se aferró a la encimera y bajó la cabeza.

—Porque no, Paula —respondió, hablando con los dientes apretados.

La otra mujer estaba a unos pasos, cruzada de brazos, mirándola; podía notar la tensión en su cuerpo rígido y en su respiración agitada.

—Entonces te quedas aquí —sentenció con firmeza—. Si no me dejarás ayudarte, te quiero segura en mi casa, así que no solo hoy —recalcó— te quedarás aquí. Te necesito segura —insistió.

Athenas oyó los pasos de Paula alejarse; permaneció de espalda un rato, hasta que la tensión en su cuerpo desapareció y pudo respirar aliviada. Sorteó tener que confesar su situación legal en el país, pero sabía que tarde o temprano el tema volvería a salir entre ellas.

Sin darse cuenta, Athenas sonrió cuando en su cabeza se repitieron las últimas palabras de Paula. “Te necesito segura”. No supo por qué, esa declaración agitó algo en su ser; su corazón se estremeció, convirtiendo la emoción que la embargó en una sonrisa.

Paula no la quería en su casa solo por ayudarla, sino porque la necesitaba segura. Nadie jamás le dijo algo así. Pensó un poco en su

situación en las calles. Decidió que se quedaría ahí, bajo ese techo que se había convertido en su refugio seguro.

Cuando por fin se dio la vuelta, miró hacia el rellano del segundo piso. De seguro, Paula se bañaba para luego bajar a hacer la cena. Miró a su alrededor; había preparado el almuerzo, así que también podía sorprenderla con la cena.

A ella le encantaba el sándwich de potito, pero como no contaba con el tipo de proteína que era el ingrediente principal, resolvió que lo reemplazaría con pollo. Como el refrigerador de Paula estaba bien abastecido, tenía resuelto los demás ingredientes.

Athenas supuso que su anfitriona le daba tiempo para que las aguas se apaciguaran porque, cuando por fin bajó, ella ya tenía los sándwiches listos.

Paula se sorprendió al ver la presentación de los platos, aunque la cena era un simple sándwich.

—Me gusta ver Food Network —explicó cuando ella la miró, interrogante.

Paula sonrió.

Athenas sonrió.

Sus corazones se agitaron como si también fueran capaces de sonreír.

22

—¿Podemos cenar sin discutir?

—No estamos discutiendo —aclaró Paula, tomando asiento en la mesa.

Athenas la imitó sin apartar la mirada.

—No, ahora no, pero lo estábamos.

Paula tomó el vaso con agua y bebió un sorbo.

—Te agradezco esto. Desde el almuerzo no comía nada —tomó el sándwich en sus manos y lo mordió.

El placer se reflejó en su rostro y Athenas sonrió, satisfecha.

—¿Mucho trabajo? —se interesó.

Paula asintió, luego procedió a contarle parte de su día. La pelinegra no apartó los ojos de cada uno de sus gestos; mientras comían y hablaban, escuchaba atenta. Su admiración por ella crecía a pasos agigantados.

Paula, por su parte, notó que las preguntas que ella le hacía eran inteligentes; que entendía los términos que usaba y en los que dudaba, le preguntaba. No se quedaba con la duda y eso le gustaba.

La conversación fue tan amena que ni siquiera se percataron de que los platos estaban vacíos hacía un rato. La ensoñación en la que Athenas se encontraba mirando los gestos de su anfitriona, y escuchando su interesante charla, concluyó cuando Paula se percató de que ella la miraba fijo, sin reaccionar a sus palabras. Sintió un estremecimiento brutal al fijarse en sus ojos; fue como si los mirara por primera vez. Como si acabara de descubrir la belleza de la tonalidad.

—Tienes unos ojos impresionantes —declaró sin apartar la mirada.

Athenas reaccionó nerviosa; parpadeó y sus mejillas se enrojecieron. Paula, al advertir su timidez, le sonrió. Posó una mano sobre la suya, procurando calmarla, luego se puso en pie.

—¿Quieres café? —le ofreció, recogiendo los platos.

Athenas asintió porque la verdad era que no podía reaccionar al cumplido que acababa de recibir. Que Paula se fijara en sus ojos

provocó un inusitado nerviosismo. Fue como si saberse el blanco de su mirada, la dejara expuesta, desnuda, ante ella.

***

La noche la pasaron en silencio, viendo una película, sentadas en cada extremo del sofá, con una manta cubriendo sus piernas.

Athenas se sentía cómoda; miraba de reojo a su amiga, que muchas veces cerró los ojos. *Debe estar cansada*, pensó. No obstante, en otras ocasiones, la vio atenta a la trama, relajada. Ella, en cambio, casi no prestó atención a la película. En su mente, un cúmulo de dudas la acechaba. Había tanto que le preocupaba; no sabía cómo haría para platicarlo con Paula. Necesitaba trabajar, ser útil para lograr su objetivo, que no era difícil de alcanzar.

Quería salir adelante, ser independiente y demostrar su valía como persona. Pero esos pensamientos se opacaban al imaginar que, en cuanto lo lograra, Paula ya no se preocuparía tanto por ella. Bufó por lo bajo. ¿Quién en su sano juicio desea que otra persona se preocupe por ella?

Yo, se respondió, negando con la cabeza. Quería permanecer en la vida de Paula; como amiga, pero presente. Y no creía que fuera posible porque, al independizarse, saldría de su vida y pensar eso la entristecía. Sentía un afecto genuino por la hermosa mujer de cabellos castaños, que aferraba el cojín contra su pecho cuando en pantalla había una escena difícil, emotiva. Ella era tan fuerte en apariencia y, a la vez, frágil. Sonrió al pensarlo.

Paula era una mujer que, sin hacer falsas promesas, hizo por ella en pocos días lo que nadie en toda su vida. Sonrió otra vez. Necesitaba demostrarle que lo que hacía por ella tendría resultados favorables. Pero ¿qué? ¿Qué podía hacer? Con su situación actual era difícil.

—Si te hago una pregunta sobre la película, ¿podrás responder?

Athenas se paralizó. Paula dirigió el control hacia el televisor y puso en pausa la película; luego desvió la mirada hacia ella, mientras descansaba los brazos en las rodillas y alzaba las cejas.

—Yo… no… —no pudo formular una oración al sentirse descubierta.

Paula sonrió divertida al verla titubear.

—¿Qué te preocupa?

Negó, la culpa la avasallaba; bajó la mirada. No supo en qué momento Paula se percató de su continuo estudio, pero saber que ella la notó, le hizo querer desaparecer.

—Nada —respondió.

—¡Cuéntame! —se burló—. ¡Ah!, ¿no entiendes la película?

—Paula, ¡por favor! —le pidió, cubriéndose el rostro con la manta.

Su risa inundó la sala, y Athenas no escuchó antes mejor melodía que esa.

La castaña rio a carcajadas; la comodidad que sentía a su lado era sanadora. Ella había llegado a su vida en un momento cuando Paula actuaba y vivía al día, sin anhelos, sin alegrías. A pesar de que la preocupación continua por la situación y seguridad de la joven mujer llenaban cada minuto de sus pensamientos en los pasados días, los instantes a su lado, aunque fueran en silencio, eran instantes que le hacían sentir paz y tranquilidad por tenerla a la vista, sabiendo que no estaba en peligro. Y comodidad porque sí, pues era lo que sentía. Como si esa mujer, de ojos tan grises que no parecían reales, hubiese llegado para llenar un vacío. Un vacío que no sabía que guardaba dentro de sí.

Un cojín volador golpeó a Paula, lo que ocasionó una guerra de cojines en la sala. Unos minutos después, terminaron con la cabeza recostada del respaldo del sofá, agotadas de tanto reír.

—Hacía tanto que no reía así —declaró Paula, resollando.

—Te encanta burlarte —la acusó Athenas, mirando al techo.

—Es que tienes rato observándome. Sentí tu mirada sobre mí. Llevaba rato tratando de no reír —confesó. Athenas se irguió en el mueble. Entonces fue ella quien la admiró a placer; tenía la cabeza recostada en el respaldo, con el cabello suelto, los ojos cerrados y una leve sonrisa dibujada en sus labios. *Qué hermosa imagen*, pensó —. ¿Qué te tiene distraída?

Athenas apretó los ojos y su sonrisa desapareció. Suspiró profundo, adoptando un gesto serio.

—Sé que tienes muchas dudas sobre mí. A pesar de eso, te sientes cómoda a mi lado. Te miraba porque me transmites confianza. No puedo creer que el universo te haya puesto en mi camino, Paula —declaró, luego levantó la cabeza—. Lo que me trajo aquí, a este país, fue una ilusión disfrazada de mentira —confesó.

Paula vio su rostro compungido, así que se movió hasta quedar a su lado. Athenas no la miró, mantenía la vista puesta en la imagen congelada en la pantalla del televisor.

Entonces sucedió lo que Paula tanto anhelaba; la abrazó, llevándola hacia su pecho. Al instante, sintió que los brazos de Athenas la rodearon por la cintura y el latir de su corazón se disparó. ¿Qué demonios era eso? Ella quería consolarla, sin embargo, su cuerpo reaccionaba de una forma que difería mucho de ser empático. La piel se le erizó al contacto de las manos en su cintura; el aroma de los cabellos limpios se infiltró por su nariz, haciéndola casi marearse de deseo. ¿Deseo? ¿Era deseo?

Para Athenas ese abrazo lo fue todo. Ella se aferró a los brazos de su amiga con todas sus fuerzas. Hacía dos meses que no tenía contacto físico con nadie; de ningún tipo. Porque sí, cuando llegó a Estados Unidos sintió que su nueva vida estaría llena de amor, de sexo, de atenciones, pero poco le duró. Un mes después la careta de Ada ya se había caído; sus planes y su engaño quedaron en evidencia. Recordarlo en los brazos de Paula la hizo aferrarse más a su cuerpo, sabiendo que a su lado nada malo le sucedería.

Pero ella jamás sospechó que para Paula eso diferente; sin imaginarlo, sin planearlo, ese contacto instaló una necesidad en su cuerpo que la hizo temer. Porque reaccionaba a algo que ella reconocía muy bien. Algo que hacía tiempo no sentía. Era placer.

23

Athenas despertó apenas despuntó el alba. Cuando bajó, notó la luz encendida en el estudio de Paula, lo cual le resultó extraño porque ella misma apagó todas las luces la noche anterior. Se dirigió hacia el lugar; la puerta se encontraba abierta, así que se asomó.

Paula levantó la vista al advertir el movimiento. Se hallaba sentada detrás de su escritorio, con una pila de papeles a un lado y una taza, al otro.

—Buenos días —la saludó y rápido devolvió su atención a la computadora que tenía enfrente.

—Buenos días —respondió su invitada, adentrándose en el estudio—. ¿Ocupada?

Paula bufó.

—No me acordaba de que me habían solicitado un informe estadístico de mis casos atendidos en el último trimestre. Resulta que debo hacer un montón de gráficos y no dispongo de tiempo —explicó, gesticulando con las manos—. Hoy tengo que dar una declaración en un juzgado y, aparte de eso, no soy diestra en estas cosas. O mejor dicho, no he aprendido cómo trabajar con este nuevo software que debo utilizar.

Athenas se acercó a la silla que había frente al escritorio y apoyó las manos en el respaldo. Fue entonces cuando se fijó en que Paula vestía una bata de dormir de color rosa pálido; parecía de satén, era de tiros muy finos y el borde del escote estaba adornado por un hermoso encaje semitransparente. Pero lo que provocó que se le paralizara la respiración durante unos segundos fue ver la forma de sus senos redondos y los pezones apretados contra la tela.

Ella tragó saliva y apartó la vista, agradeciendo que Paula estuviera centrada en lo que fuera que hiciera en la computadora. Sacudió la cabeza en un intento por apartar la imagen de su mente. Se centró en no volver a mirar ahí, aunque el encaje y el vaivén de los senos bajo la fina tela se lo dificultaban.

—¿Puedo ver lo que estás haciendo? —preguntó. Paula detuvo todo lo que hacía, sorprendida—. Tal vez pueda ayudarte, usaba

mucho… —se interrumpió al darse cuenta de que iba a hablar de la vida que tenía antes de llegar a ese país—. Sé algunas cosas.

A Paula le dolió un poco que Athenas no terminara de confiar en ella. Continuaba negándose a darle luz de su vida. También olvidaba a veces que tenía la sospecha de que no llevaba toda su vida en las calles.

—Por supuesto, ven aquí.

Athenas rodeó el escritorio y se situó a su lado; se inclinó para tener una mejor visión de la pantalla. Al instante, supo cuál era el programa. Ella lo dominaba por completo. Sin darse cuenta ni planearlo, posó una mano en el hombro casi desnudo de Paula.

—Si me proporcionas los datos que debes ingresar, te puedo hacer todos los gráficos que necesites —le ofreció.

Paula no se movió, no dijo nada. La mano en su hombro le transmitía una calidez que jamás había sentido, electrizando algo dentro de ella. Oyó a Athenas hablar, pero no supo lo que expresó porque todo lo que la rodeaba parecía ir en cámara lenta. Levantó la cabeza y se encontró con que los ojos que buscó se apartaron rápido de su pecho, hasta que sus miradas conectaron.

¿Acaso sonaban violines en algún lugar de la casa? ¿O era un piano? Paula no lo supo porque el tiempo, todo, estaba suspendido en el profundo color gris de los ojos de Athenas. Ella tragó saliva y se obligó a apartar la mirada.

La otra mujer también salió de la ensoñación, apartó la mano y se alejó en silencio. Volvió a situarse frente a ella, del otro lado del escritorio.

—¿Ya tomaste café?

Athenas negó con la cabeza.

—No pasé por la cocina.

De pronto, de la nada, había algo de tensión en el ambiente.

—¿De verdad puedes ayudarme?

—Sí —respondió—. Puedo hacer los gráficos que necesitas.

Paula miró la pantalla, luego a ella.

—Entonces nos iremos en una hora y media —sentenció.

Athenas frunció al entrecejo.

—¿Nos iremos?

—Sí. El resto de los datos que necesito en esos gráficos están en mi oficina, así que tendrás que hacerlas allá —dijo, levantándose. Agarró la taza vacía y salió de detrás del escritorio—. Hagamos el desayuno antes de que se nos haga tarde.

Athenas la vio pasar a su lado. Se mordió el labio inferior antes de seguirla; dentro de sí albergaba una profunda zozobra. Estaba segura de que Paula la atrapó mirando su escote.

***

Athenas se mantuvo serena mientras recorría los largos pasillos que conducían a la oficina de Paula, pero por dentro temblaba. Sentía que se arriesgaba al entrar a ese lugar, aunque no era administrado por el gobierno. Sin embargo, quería ayudar a quien le tendió la mano sin dudarlo desde que la conoció.

Paula parecía bastante preocupada por el informe y los gráficos; a pesar de lo organizada que era, el tiempo se le escurrió entre las manos, por lo que ahora debía ir contra el reloj. Ella estaba más que ilusionada por poder ayudarla, y no solo llevando el montón de papeles cuyo contenido debía convertir en gráficos estadísticos.

—Bien, esta es mi oficina —anunció Paula, cuando abrió una puerta, permitiéndole entrar primero.

El lugar era bonito; el escritorio y demás muebles eran comunes, como los de cualquier oficina pública, pero un par de plantas naturales y los objetos personales que había sobre el escritorio, marcaban cierta diferencia.

—Es linda —dijo Athenas, mirando a su alrededor. Luego dejó los papeles sobre el escritorio.

Paula sonrió.

—Gracias —ella se adelantó hasta el escritorio, donde dejó su computadora y la encendió. Sacó de una gaveta unas carpetas que puso sobre el otro montón—. Sé que es mucho, pero haré todo lo posible por regresar antes del almuerzo para reemplazarte.

Athenas sonrió.

—No te preocupes, puedo arreglármelas.

—Bien, ya debo irme —dijo Paula, mirando su reloj—. Tienes mi tarjeta. Llámeme para lo que necesites —le pidió, señalando el

teléfono sobre su escritorio.

—De acuerdo.

—Como te dije, aquí nadie te molestará —aseguró, caminando de espalda hacia la puerta.

—Ya lo dijiste.

—Llámame si…

—Ya lo sé. Vete ya.

Athenas rio por el gesto de angustia que vio en ella antes de salir de su oficina. Ya a solas, miró al techo, pidiendo al cielo que de verdad nadie entrara a hacerle preguntas. Miró la pila de papales. Debía ponerse manos a la obra cuanto antes si de verdad quería ayudar a Paula.

Antes de ponerse a trabajar en los gráficos, accedió a internet y buscó en YouTube una lista de reproducción de canciones top del año. Con el ambiente armonizado, se puso a trabajar.

Las horas se escurrieron entre números y papeles. Solo cuando tocaron a la puerta, Athenas volvió a la realidad. La persona que se asomó, levantó la mano donde llevaba una bolsa.

—Paula te envió el almuerzo, y dijo que estará aquí en una hora —le anunció.

Pero la trabajadora social no regresó en ese tiempo, sino tres horas después. Athenas continuaba escuchando música mientras jugaba con un bolígrafo a la vez que se mecía en la silla giratoria. Cuando Paula entró a la oficina, parecía que moría de mortificación.

—Lo siento, lo siento, lo siento —se acercó al escritorio y lanzó sus cosas en la silla.

Athenas sonrió. Una inusitada emoción la embargó al verla. La había extrañado un mundo y hacía un buen rato que rogaba que regresara.

—¿Cómo estás? —le preguntó, ignorando su zozobra.

—Apenada. —respondió, luego se tapó la cara. Cuando se la descubrió, sus ojos reflejaban pesar—. Todo se retrasó en el juzgado.

—Paula, tranquila.

—No puedo estar tranquila —alegó—. ¿Almorzaste?

Athenas sonrió.

—Sí. Gracias por eso.

Paula pareció aliviada.

—Es lo menos que podía hacer cuando vi que me retrasaría. No quería que pasaras hambre. Bien, ¿qué te falta?

Athenas sonrió con suficiencia.

—Nada —respondió con evidente orgullo.

El rostro de la otra mujer reflejó confusión. Miró los papeles apilados sobre el escritorio.

—¿Qué?

—Ya lo procesé todo —dijo Athenas, acomodándose frente a la computadora. Puso a la vista los gráficos, le hizo una seña para que ella mirara y se levantó, cediéndole su lugar.

Paula rodeó el escritorio, se sentó y empezó a revisar la información. Athenas tomó asiento frente a ella; esperó en silencio por su juicio.

—¿Cómo hiciste esto?

—Es lo mejor de ese programa, permite automatizar la carga de información. Además, usé el dictado por voz —explicó—. Lo hace más fácil y rápido.

Paula pasó la vista de ella a la pantalla y viceversa.

—Yo… iba a ayudarte. No quise dejarte todo el trabajo.

—Lo sé. Ahora puedes analizar los gráficos.

Ella asintió, pero no estaba pensando en eso, sino en las horas que Athenas estuvo trabajando en algo que era suyo. No podía solo darle las gracias y ya.

—Athenas, debo pagarte por esto.

Ahora el gesto de confusión apareció en el rostro de la mujer sentada frente a ella.

—¿De qué hablas?

—Estuviste trabajando ocho horas. Debo pagarte por ello.

Athenas bufó.

—Nada de eso.

—Pero…

—Nada de eso, Paula —la interrumpió—. No existe manera alguna de que me pagues por una tontería como esa.

—Insisto.

Athenas miró a otro lado y se cruzó de brazos.

—Insiste todo lo que quieras, no lo aceptaré —sentenció.

***

Dos horas después, cuando entraban a la casa, Paula aún lo intentaba. Athenas, por supuesto, se mantenía firme.

—Que no.

24

La sonrisa de Paula era amplia mientras se aplicaba sus cremas hidratantes en el rostro frente a la cómoda de su habitación. Sonreía mirándose en el espejo, recordando los gestos ofendidos y de enojo de Athenas cuando ella insistió en pagar por el trabajo que hizo.

Su molestia parecía genuina, pues subió al dormitorio murmurando cualquier cantidad de palabras, entre las que repitió "atrevida". Y no había vuelto a salir; eso, a pesar de que ella la llamó en varias ocasiones.

—Si lo vuelves a insinuar, dejo de hablarte, Paula Rivero —la amenazó.

A Paula le pareció divertido molestarla; resultó ideal para que el ambiente tenso que se generó en la oficina se disipara.

Ella se puso una bata encima del corto pijama que vestía. Sacudía su cabellera cuando oyó pisadas en el pasillo, entonces prestó atención. Athenas había salido de la habitación y bajaba las escaleras; esperó unos minutos parada detrás de la puerta. Era increíble, pero su sonrisa no se borraba de su cara. Con sumo cuidado, abrió la puerta; oyó movimientos en la cocina, así que decidió bajar. Al asomarse, la vio parada de espalda, frente a la estufa. Miró hacia la encimera; avistó dos tazas sobre un platillo.

Con los brazos cruzados, Paula se recostó de la pared, observando a Athenas, que vestía una camiseta larga que la cubría hasta la mitad de los muslos. Reconoció la prenda como una que ella cargaba en su mochila. Sus ojos se posaron primero en las piernas blancas; ascendiendo hasta fijarse que la tela se ajustaba a su trasero respingado y firme. Tragó saliva sin darse cuenta; un escalofrío la recorrió solo con mirarla. En definitiva, debían ir de compras.

Tal vez suspiró demasiado fuerte ante el pensamiento porque Athenas se giró al advertir que alguien la observaba. Al verla, ella le sonrió.

—Te preparo una taza de chocolate caliente —le anunció, devolviendo su atención a la olla en la estufa, porque la imagen de

su amiga era en extremo tentadora. Lo notó al verla y en el escalofrío que recorrió su cuerpo.

—Gracias —logró balbucear Paula. Se sentó en la silla del comedor sin apartar los ojos de la mujer de cabellos negros, que los llevaba húmedos y recogidos con una bonita pinza—. ¿Ya no estás molesta? —le preguntó para romper el silencio.

Paula la oyó bufar. Athenas, negando con la cabeza, agarró la olla y vertió la leche caliente en las tazas. Con una cucharilla las removió, luego se movió hacia la encimera y sacó de un envase, dos galletas que puso en el plato de ella.

Cuando Athenas se acercó para dejarle el platillo con la taza, ella percibió el aroma a jabón que desprendía. Luchó con todas sus fuerzas por no reaccionar a ello.

Athenas se sentó en la silla de al lado; un grave error para los sentidos de Paula. ¿Cómo era posible que un jabón que ella misma usaba pudiera oler tan diferente en otra persona?

—No hay manera de que me enoje contigo —respondió con un tono suave y cariñoso—. Solo quiero que me entiendas —tendió la mano para cubrir la suya—. Yo… no soy una persona de andar mendigando nada…

—Pero… —la interrumpió.

—Escúchame —le pidió, interrumpiendo también sus palabras—. Sé que te debo una explicación de por qué estoy en esta situación. Eres inteligente, así que tienes que haberte dado cuenta de que no siempre fue así. Me gradué en diseño gráfico y se me dan bien las matemáticas. Además, manejo muchos programas informáticos —explicó—, por eso no se me dificultó ayudarte con los gráficos. En mi país no tenía grandes oportunidades en esa área y…

Paula notó que su rostro se ensombreció; también la vio tragar. Athenas no encontraba las palabras para explicarse sin tener que confesar lo que le sucedió.

—Y quisiste un mejor futuro, pero se salió de tus manos, ¿cierto? —completó Paula al verla indecisa. Los ojos grises se levantaron para tropezarse con la mirada más comprensiva que conocía. Athenas apretó su mano y asintió; entonces, con la que tenía libre, ella cubrió las suyas. Era ahora o nunca—. Lo que estás

pasando, lo que te llevó a la calle, ¿es consecuencia de una decepción amorosa?

Paula la sintió tensarse bajo el tacto de sus manos. Athenas cerró los ojos porque no se esperaba esa pregunta, aunque sabía que tarde o temprano el tema saldría a colación.

En las noches, ella se dormía pensando, en busca de una salida para confesarse con Paula. Porque en su interior sabía que debía hacerlo, que se lo merecía y también que no la juzgaría. Llevaba una semana a su lado, así tenía que contárselo en algún momento. Pero una cosa conduciría a la otra; a ese tema que no quería tocar.

Paula soltó sus manos, acercó la silla y le tomó la barbilla, haciendo que la mirara.

—Mírame —le pidió. Unos segundos después, los ojos grises se posaron en los suyos—. No pasa nada. Seré incapaz de juzgarte por una decisión equivocada —le acarició la barbilla con el pulgar, lo que provocó que el corazón de Athenas casi se detuviera—. Yo también he errado. El amor nos confunde a veces, nos ciega —admitió con desdén, pero sacudió la cabeza y volvió su atención a ella—. Cuando te sientas lista, estaré aquí para escucharte. ¿De acuerdo? —le habló con dulzura.

El contacto de sus ojos se extendió más de lo necesario; y con ello, las caricias en la barbilla de Athenas. Caricias que ella disfrutaba, tenía que admitirlo. Si se hubiesen podido escuchar con claridad los latidos de los corazones de ambas, era posible que se confundieran con un concierto de música electrónica.

Pero Athenas también tenía dudas. Con algo de decisión, agarró la mano que la acariciaba y la apretó.

—¿Tu error se llama Gil?

Paula soltó la mano y volvió a su posición original. Agarró la taza con chocolate y se la llevó a la boca. Después de beber un sorbo, mordisquear la galleta de avena, y ante la mirada atónita de Athenas, se acomodó derecha y asintió.

—Sí —respondió.

Athenas imitó su postura.

—¿Es hombre o mujer?

Paula frunció el entrecejo.

—¿Por qué quieres saber eso? —preguntó, divertida.

Ella se encogió de hombros.

—Pura curiosidad. Quiero confirmar si mi radar no se estropeó con tanto sol sobre mi cabeza —bromeó, buscando suavizar la tensión en la mesa.

—¿El sexo de Gil cambiaría en algo la opinión que tienes sobre mí?

—No tengo ninguna opinión sobre ti, Paula, que no sea que eres la persona más empática que he conocido en mis veintiséis años. Que has sido mi salvación y que nunca olvidaré lo que haces por mí. Y que nunca, óyelo bien… Nunca te olvidaré.

Esas palabras calaron profundo en el corazón de Paula, que ya estaba por completo desbordado de emociones por Athenas, que no apartaba la mirada de sus ojos. Y sus ojos la estremecían. ¿Cómo sería verlos dilatados de placer? El pensamiento se coló sin que ella pudiera evitarlo, haciéndola inquietarse.

—Si tu radar dice que es mujer, lo es —afirmó, luego se llevó la taza de nuevo a los labios.

—Es mujer —asintió Athenas, animada—. Eso me alegra —expresó divertida, tras guiñarle un ojo.

En cambio, el gesto de Paula fue de sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—Es más fácil para entendernos —respondió, luego se levantó de la mesa—. ¿Terminaste el chocolate?

25

—Entiendo por qué estás preocupada, pero debo trabajar, Paula.

El semblante de la otra mujer reflejaba inquietud. Ya habían transcurrido varios días desde lo sucedido en los alrededores de la estación de servicio, donde Athenas pasaba las noches; aun así, ella no se sentía tranquila al saberla en la calle.

—Lo sé —declaró—. Solo te pido que permanezcas en ese lugar. O cerca, por favor.

Athenas sonrió. La preocupación de Paula le producía una ternura infinita.

—Te lo prometo.

—Gracias —sonrió en agradecimiento—. Bien, vamos entonces. Te llevaré —dijo, agarrando su cartera y el portafolio.

—No es necesario.

Paula no dijo nada, solo se dirigió hacia la puerta y la abrió, invitándola a salir. Athenas rodó los ojos, pero obedeció.

Unos instantes después, ambas habían abordado la camioneta.

—Ponte el cinturón —pidió Paula.

—¿Puedo poner música?

—Por supuesto —respondió ella, poniendo la camioneta en marcha.

Athenas encendió el reproductor, que se conectó a Spotify; de forma automática, comenzó a sonar la lista de reproducción que Paula llevaba días escuchando. Ella miró a la mujer detrás del volante mientras escuchaba la introducción de la canción que empezó a sonar, luego de leer el nombre del intérprete en la pantalla.

—¿Sasha?

Paula sonrió sin mirarla. El gesto de sorpresa se reflejó en Athenas, que se recostó del asiento. Si a ella le gustaba esa canción, entonces la escucharía con detenimiento. Desde hacía días prestaba atención a detalles como ese; quería conocerla a fondo.

Casi no te conozco
y no te dejo de pensar.
Estás tú en mis palabras,

rueda mi mente donde estás.
Casi no te conozco
Y no te dejo de pensar.
Dicen tus ojos algo,
muero de curiosidad.
¿Cómo seguirte al paso?
¿Cómo saber a dónde vas?

La sonrisa de Paula se mantuvo ligera, pero curvaba su boca; llevaba días escuchando esa canción y cada vez, la conducía a Athenas. Porque así comenzó la amistad entre las dos, sin conocerse; y cuando ya supieron sus nombres, ella siempre estaba en su mente. Incluso mientras atendía alguno de sus difíciles casos.

Athenas escuchaba la letra con atención. Volteó a mirar a Paula, pensando en que la canción se parecía un poco a las dos. Casi no se conocían y, sin embargo, ella tenía la sensación de que sus ojos se hablaban, despertando su curiosidad.

Rueda mi mente no se detiene,
presiento que ya no se detendrá...
Todas mis ansias llevan tu boca,
rueda mi mente tras de ti,
mi suerte, mi destino tú serás.

Athenas se humedeció los labios y se removió en el asiento a medida que la voz de la cantante llenaba el interior del vehículo. Una luz roja hizo que Paula detuviera la camioneta; con la voz de la intérprete envolviéndolas, ambas voltearon a la vez. Sus ojos se encontraron y, en segundos, el aire se hizo pesado. Ambas tragaron saliva, lo notaron. No hubo palabras porque, simplemente, sobraban. Algo sucedía; algo que tenía la fuerza de un huracán. Y esa fuerza empezaba a azotar sus pieles.

Paula devolvió la vista al frente cuando el auto de atrás protestó al no ponerse en marcha al cambiar la luz.

Rueda mi mente, no se detiene,
presiento que ya no se detendrá…
Todo termina siempre en tu nombre,

rueda mi mente tras de ti,
me temo que me voy a enamorar.
Rueda mi mente, he, he...
Casi no te conozco y no te dejo... de pensar.

Athenas siguió mirándola, aunque continuaba escuchando la canción, absorbiendo cada palabra que se impregnaba en su piel y su corazón. Cuando la última nota acabó e inició otro tema, apartó la vista de ella y soltó un profundo suspiro que buscaba calmar la inquietud que despertó la mirada de Paula.

Unos minutos después, llegaron al Café-Bar donde esa tarde Athenas trabajaría. Ella volvió a mirarla antes de bajar de la camioneta; no sabía qué buscaba, pero algo la inquietaba.

—Gracias por traerme.

Paula le sonrió. Por una milésima de segundo, bajó la vista a sus labios. Fue un instante, pero fue suficiente para alterar cada átomo de su ser.

—De nada —no dijo más porque le inquietó que ella se hubiese dado cuenta de su desliz—. Solo cuídate.

Athenas se mordió el labio inferior por dentro; dudó unos segundos, luego abrió la puerta y descendió. Sus ojos volvieron a tropezarse.

Paula esperó a que ella llegara a la entrada del Café; fue entonces cuando se puso en marcha. Athenas no entró; se quedó mirando la camioneta alejándose hasta que la perdió de vista.

***

Paula buscó la canción de Sasha y la puso a reproducir de nuevo. Antes, cuando apenas conocía a Athenas, esa canción la trajo a su mente; desde entonces, la escuchaba cuando iba al trabajo o regresaba a casa. Y en cada ocasión, ella retornó a su mente.

Ahora, al escucharla con ella a su lado, sintió una extraña conexión. ¿Fue casualidad que sonara justo esa canción cuando Athenas encendió el reproductor? Decir que no, era pensar que, de algún modo, estaban destinadas a vivir ese momento. Rememoró cuando se miraron frente a la luz roja del semáforo. Esos ojos grises subyugaron los suyos. Vio algo en ellos. Hacía días que pensaba que

cuando se miraban, surgía en sus miradas una especie de lenguaje mudo, silente, pero también, aterrador.

Aterrador porque, aunque no se hablaban, su mente era capaz de entender lo que le decían los ojos de Athenas; y estaba segura de que los suyos reflejaban lo mismo porque era algo primitivo. Algo que no era capaz de dominar.

Era aterrador porque al ayudar a Athenas, cuando la llevó a su casa, protegiéndola del peligro de la calle, lo último que buscó fue eso. Esa inquietud que ahora cargaba a cuestas cada día.

***

Mientras Athenas cumplía con sus tareas en el Café-Bar, continuaba pensando en Paula. Trozos de la letra de esa canción que escuchó por primera vez, volvían a su mente, mezclándose con el recuerdo de los ojos de Paula clavados en los suyos.

Había comenzado a gustarle esos momentos en que se miraban. No hablaban, solo se quedaban en silencio, esperando a que una o la otra apartara la vista; a veces era ella quien lo hacía, otras tantas, fue Paula. Era como si jugaran al gato y al ratón. Sonrió al pensarlo.

Ella lo sentía; eso que las hacía callar. Y sabía que Paula también. Lo que ignoraba era si podría mantenerlo bajo control. Hacía meses que no tocaba una piel, ni nadie acariciaba la suya.

Athenas rememoró cada roce de Paula. Roces inocentes, casuales, pero que empezaron a estremecerla y luego a quemarla, como si ella llevara fuego en sus manos. Cerró los ojos; en su mente vio con absoluta claridad la imagen de la mujer que últimamente secuestraba sus pensamientos. La dejó ahí, recreándose en ella mientras trabajaba.

***

Con algunos dólares más en el bolsillo, Athenas salió del Café, luego de terminar la jornada de trabajo. Se sentía feliz; no era mucho dinero, pero al unirlos a los que ganó antes, podía ir de compras. Casi caminaba en las nubes, pensando que, por primera vez, podría comprarse al menos algo de ropa. Tal vez un T-shirt y un jean para comenzar; y también un par de zapatos. Sonrió a imaginarse con Paula de compras.

Se detuvo al pensarlo. ¿Querría ella acompañarla? ¿Tendría tiempo? Esperaba que sí; retomó el andar, confiando en que así sería. La verdad era que no se imaginaba yendo de compras sola en New York. Aunque no era que iría a un centro comercial de lujo; al contrario, tal vez tendría que ir a una tienda de algún suburbio cercano para encontrar una buena oferta.

Deseó ir a la gasolinera para saber de Constanza, pero le había prometido a Paula que no se acercaría, así que tuvo que guardarse las ganas. Sin embargo, si entró a una tienda de conveniencia con una idea en mente.

Para regresar a la casa de Paula, debía tomar un autobús, así que se dirigió hacia la parada; por supuesto, siempre manteniéndose alerta. Esperaba saber identificar el que la dejaría cerca de la casa.

Al llegar a la parada, tuvo que esperar unos minutos por el autobús indicado. Cuando abordó uno, pagó el pasaje y se sentó junto a una anciana. Verla, le recordó a su madre, aunque no es que tuviera tanta edad. Hacía bastante ya que no hablaba con ella. La situación con su familia era tensa, pero, aun así, sabía que debía estar preocupada. No quería pensar en su familia, por lo que sacudió la cabeza y se centró en mirar las calles que recorría; después de todo, debía habituarse a ellas, reconocerlas.

Casi veinte minutos más tarde, bajó en la parada. Se sentía satisfecha por saber moverse en esa enorme ciudad, a pesar de que apenas la conocía. Y fue todo gracias a Paula, que le dio muchas indicaciones. Al pensar en ella, sonrió y se encaminó hacia su casa.

Su casa. Estaba tan cómoda que sí, en ese momento, la consideraba su casa.

- Rueda mi mente- Canción de Sasha Sokol.

26

Era viernes; Athenas observaba el refrigerador abierto en busca de algo que preparar para la cena, cuando la puerta de la entrada se abrió. Ella giró, encontrándose con la mirada de Paula, que luchaba por mantenerla abierta. Traía en una mano una caja enorme de pizza, su maletín; chaqueta y cartera, en la otra.

Athenas corrió para alcanzarla y ayudarla. Sus ojos brillaron más que de costumbre al ver la caja de pizza y oler el aroma que desprendía.

—¡Pizza! —exclamó emocionada, sosteniendo la puerta hasta que Paula entró.

—¡Buenas tardes también! —dijo con ironía, pero luego en su rostro se dibujó una gran sonrisa de satisfacción.

—Discúlpame, me emocioné con la pizza. Buenas tardes, Pau. ¡Ah, Pizzzaaaa! —repitió como una niña, siguiéndola hacia la sala. Colocó la caja sobre la mesita, luego se acercó y le quitó la chaqueta de las manos para colgarla en la silla—. ¿Cómo te fue hoy?

Paula sonrió.

—Bien —respondió tras dejar el resto de las cosas en el sofá—. Mucho trabajo, ya sabes. Papeleo y varias entrevistas, pero… parece que llegué en buen momento. ¿Tienes hambre? —preguntó, con una sonrisa dibujada en sus labios.

Al girarse, Paula se topó con ella de frente; tuvo unos enormes deseos de darle un beso en la mejilla como saludo. El mismo anhelo que albergó Athenas al verla regresar a la casa, cuando se ansía un abrazo de bienvenida de un ser amado.

Ambas se mantuvieron la mirada por unos segundos; sin saberlo, tragaron a la vez.

—Estaba… —Athenas gesticuló, señalando hacia la cocina— buscando algo para hacer de cenar.

Paula señaló la pizza.

—Ya tenemos cena —dijo. Ella asintió con timidez—. Llevas toda la semana cocinando y quise…

—No me molesta cocinar para ti —la interrumpió, mirándola a los ojos.

De nuevo, se sostuvieron las miradas; ya se les hacía costumbre. Athenas, reponiéndose un poco de la emoción que de repente la acogió, se dio la vuelta; con las piernas temblándole, fue hacia la cocina.

—Si quieres, ve a refrescarte. Serviré la pizza —ofreció de espalda, sin atreverse a perderse otra vez en sus ojos.

Paula la observó; vestía el short de un pijama con una de sus camisetas viejas; llevaba el cabello recogido en un moño alto. Era increíble lo sexy que se veía con esas prendas tan sencillas. Sacudió la cabeza para apartar el pensamiento, luego se dirigió hacia la escalera.

Se detuvo en el tercer escalón.

—¿Athenas?

Ella miró hacia las escaleras.

—¿Sí?

—¿Bebes alcohol?

—Muy poco —respondió.

—En el refrigerador hay algunas cervezas. Abre dos para acompañar la pizza. ¿Te parece?

Athenas asintió con una gran sonrisa, luego la vio desaparecer. En efecto, al buscar, vio algunas botellas de una reconocida marca de cerveza; agarró dos y las colocó sobre la encimera. Mientras destapaba las botellas, decidió que la tarde estaba fresca; antes de entrar a la casa, estuvo sentada un rato en el porche. Pensó que sería una buena idea cenar allí.

Decidida, se acercó al pie de la escalera.

—¡¿Cenamos en el porche?! —preguntó, alzando la voz para hacerse escuchar.

—¡Sí! —respondió Paula—. ¡Hace mucho que no voy a mi balcón!

Sonriente y complacida, Athenas agarró todo y salió. Colocó la caja de pizza y las cervezas sobre una mesita, luego regresó por dos platos y algunas servilletas. Buscó en una de las gavetas de la alacena lo que compró y, sonriente, lo llevó al exterior.

Paula no tardó en bajar. También vestía de short y una camiseta de manguillos. *La informalidad le sienta bien*, pensó Athenas al

verla.

La mujer se detuvo frente a la mesita antes siquiera de sentarse. Sonrió al reconocer envoltura dorada sobre la mesita. Athenas vio cómo su rostro se transformó al agarrar el chocolate que ella le compró. *Esa igual a una niña pequeña*, pensó.

—Ayyy, Athenas, gracias —dijo llevando el dulce hacia el pecho, emocionada.

—Pareces niña pequeña —se burló.

—Amo este dulce —confesó.

—Lo sé, pero sabes que no debes abusar de ello, ¿verdad?

—De acuerdo, pero admite que me lo merezco. ¡Me he portado bien!

—Es cierto. Disfrútalo.

—Gracias —la abrazó por la espalda. Todo el cuerpo de la pelinegra se paralizó.

Minutos después, sentadas frente a frente, con la pizza y las cervezas en medio, hablaron de su día mientras comían. Paula asomó la posibilidad de que Athenas regresara a su oficina para completar algunas otras tareas que a ella le impedían terminar a tiempo.

Ambas se sentían cómodas con la otra, como si su relación fuera de muchos años. El problema que atravesaban en silencio eran esos momentos en los que ninguna decía nada; esos en los que sus ojos se conectaban y entonces todo dejaba de existir. Eran esos los instantes en los que una de las dos suspiraba y apartaba la vista, pretendiendo recuperar la compostura.

—Paula, quería saber si puedes ayudarme con algo —dijo Athenas con timidez, terminando la segunda botella de cerveza.

Ella prestó total atención a sus palabras.

—Claro. Solo dime qué necesitas.

Athenas se humedeció los labios antes de hablar.

—Preciso… hacerme de algo de ropa. Lo que gané hoy más lo que tenía de los otros días no es mucho, pero podría comprar algunas cosas si me llevas o me dices dónde puedo conseguir un buen precio. No me importa que sea de segunda mano —aclaró.

Paula asintió.

—Te lo iba a sugerir —dijo. Las mejillas de Athenas se le sonrojaron—. Mañana es un buen día. ¿Tienes que ir al Café?

Athenas negó con la cabeza; hizo girar la botella vacía de cerveza entre sus dedos.

—Hasta ahora, solo los miércoles y viernes.

—Bien, mañana podemos ir. De paso, te invitaré a almorzar. E iremos al supermercado. Hay algunas cosas que comprar. ¿Te parece?

Athenas asintió, emocionada.

—Nada de chocolate, ¿de acuerdo? —bromeó.

Paula hizo pucheros; agarró la barra del dulce y volvió a abrazarla como su más grande tesoro.

***

Después de que no quedó un pedazo de pizza en la caja y tampoco un trozo de chocolate, cada una descansaba con la cabeza recostada del respaldo de la tumbona donde se acomodaron tras cenar.

Tras un largo silencio, Paula habló de Gil. Al escuchar el nombre, Athenas abrió los ojos y buscó su mirada; ella tenía la vista fija hacia el oscuro horizonte.

—Estuve casada tres años —dijo—. El día que te conocí, pusimos fin a nuestra relación. Aunque la verdad es que… —bufó antes de continuar— ya no había relación. Hacía meses que ya no existía nada, pero Gil no quería firmar el divorcio.

—Todavía te amaba —afirmó Athenas.

—No. No creo que me amara, más bien era comodidad —expresó con seguridad.

—¿Comodidad?

Paula asintió.

—Sí. Conmigo ella tenía todo. Era cómodo vivir con alguien que es proveedor.

—Y tú, ¿aún la amas? —preguntó porque era una duda que tenía desde hacía días ante la reserva que albergaba Paula de hablar de Gil. Al instante, sintió que el aire le faltaba mientras esperaba la

respuesta. Aire que fue llenando sus pulmones cuando la vio negar, luego erguirse y buscar su mirada con decisión.

—No. Hace mucho que dejé de amarla —respondió con firmeza —. Te hablo de ella porque ayer la mencionaste. Creo que, si quiero que confíes en mí, debo responder a tus dudas. Y no es que quiera saber, aunque sí quiero —aclaró—, porque necesito que me cuentes de ti. Lo que intento decir es que no te hablo de Gil pidiendo a cambio tu historia.

Paula se sentó de lado en la tumbona, prestando atención a los gestos de Athenas, que no levantó la cabeza. Al contrario, ella suspiró hondo y permaneció callada; en su mente había un torbellino de dudas. No obstante, era el momento de confesarse. No se sentía preparada, no; pero sabía que tarde o temprano el tema tendría que ponerse sobre la mesa.

—Yo… —tragó saliva—. Se llama Ada —confesó—. La conocí a través de una aplicación de citas. Estuvimos hablando por tres meses —levantó la mirada en busca de su reacción ante su confesión. Sin embargo, no vio ningún gesto en ella que la hiciera dudar.

Paula se mantuvo atenta y serena. Athenas entrelazó los dedos con nerviosismo, metiéndolos entre las rodillas. Ella lo notó.

—Si no quieres… —intentó ofrecer, pero ella la detuvo.

—Tenía muchos problemas en mi casa con mi papá —continuó —. Es un hombre de un carácter difícil. Mi madre y yo debíamos acatar cada una de sus reglas, de sus decisiones. No éramos su familia. Éramos, o al menos yo me sentía, de su propiedad.

Paula se quedó en silencio, absorbiendo cada palabra que salía de su boca. Era como si al escucharlas, la pusiera en un estado de recelo. Como si, a pesar de todo lo que pasó en un país desconocido para ella, no fuera nada comparado con lo que vivió antes en su hogar. Ahora, al menos, y con todas las necesidades que pasó, Athenas era libre de decidir.

—Él no aceptó mi atracción por las mujeres —siguió con su relato—. El día que se lo confesé, porque decidí que no iba a ocultarme, me abofeteó. Me gritó muchas cosas malas y… ofensivas. Imagina lo que dijo cuando le anuncié que quería viajar a Estados

Unidos para conocer a Ada —hizo una pausa y Paula se cambió de tumbona; se sentó a su lado y le tomó las manos sin decir nada—. Él enfureció. Me dijo que no saldría adelante, que era una locura, que lo que me llamaba era el sexo. Me llamó degenerada. Fue tan humillante, Paula —confesó con la voz entrecortada y los ojos al borde de las lágrimas. Le dolía el alma recordar aquellos momentos —. Entonces, me refugié en las redes. Entré al chat y le conté lo que había sucedido a la persona de quien me estaba enamorando. Y ella me dio una solución.

—¿Escapar?

—Escapar hacia ella —confirmó.

Sintiéndose sin fuerzas, se recostó del pecho de Paula, que la abrazó, consolándola.

—¿Lograste conocerla?

Athenas asintió con la frente clavada en el pecho de la otra mujer. Recordar le dolía.

—Y fue lo peor que me pudo suceder —confesó.

La presión se desató; las lágrimas empezaron a salir sin control y Paula se asustó. Athenas lloraba sin consuelo colgada de sus hombros. Ella acarició su espalda; sentía su dolor, su pesar y le lastimaba como el demonio.

En ese instante, Paula supo que quería borrar de la memoria de Athenas cualquier asomo de dolor. Esperaría la conclusión de su historia solo cuando ella estuviera lista porque, en efecto, ese no era el momento.

27

—Disculpe… —Athenas se acercó a una vendedora de la tienda por departamentos donde se encontraba.

Tal como lo pidió, Paula la llevó a un centro comercial para que comprara las cosas que necesitaba para su uso personal.

La vendedora la atendió con premura.

—Dígame.

Ella miró a su alrededor, constatando que Paula no estuviera cerca.

—Estoy buscando un perfume —le dijo—, pero en envase de cartera, de viaje. Algo pequeño —explicó.

—Claro, venga por aquí —le pidió, y Athenas la siguió—. ¿Prefiere uno en particular?

—Me gustan varios. La verdad es que me decidiré por alguno, dependiendo el precio —confesó.

—De acuerdo. Los que tengo son de marcas reconocidas —le informó la vendedora, luego abrió una vitrina y rebuscó entre los perfumes disponibles—. El más económico es este. Paris Hilton.

Athenas frunció la nariz, no le agradaban los aromas fuertes y ese lo era. La vendedora continuó dándole algunas opciones, pero el que le gustaba costaba más de un tercio de lo que le restaba para gastar. Se había comprado con par de T-shirts, dos shorts y ropa interior.

Se sintió decepcionada al no dar con el perfume que quería, así que le agradeció a la vendedora, desistiendo de su idea. Una idea que se alojó en su cabeza una vez que subió a la camioneta de Paula y aspiró el aroma de su perfume. Su corazón se saltó un latido y deseó que alguna vez fuera ella quien disfrutara de su propio aroma.

La vendedora, notando la desilusión de la clienta, cerró la vitrina, pero antes, detuvo su marcha.

—¿No has pensado en una fragancia Mist? —le preguntó—. Tengo unos dummies maravillosos.

Los ojos de Athenas se iluminaron. ¡Eso era ideal!

***

Paula regresó del departamento de electrónica, donde buscó tintas para su impresora. Se tropezaron justo en el pasillo de la enorme tienda.

Athenas llevaba en una bolsa la ropa que eligió, junto con el perfume que ya había pagado.

—¿Estás lista? ¿Qué compraste? —se interesó

—Sí, estoy lista —respondió. Entonces procedió a mostrarle las cuatro prendas.

Al acercarse, Paula percibió el delicioso aroma a coco y vainilla que desprendía de ella, pero no hizo ningún comentario; al contrario, se quedó mirándola, atenta.

—¿Eso es todo lo que necesitas? —preguntó, tocándole el hombro, aturdida por el agradable olor.

Athenas asintió con timidez.

—Sí.

Ella notó el desasosiego en su gesto.

—Vayamos al departamento de comestibles. Eres quien cocina, así que quiero comprar lo que haga falta.

—No me fijé qué faltaba —confesó, caminando a su lado.

—No importa. Lo iremos viendo.

En el supermercado, Athenas era quien empujaba el carrito; mientras tanto, Paula buscaba en su cabeza cómo abordarla para que le permitiera costear algunas cosas que sabía que ella requería.

Tras recorrer los pasillos del lugar y llenar el carrito con lo necesario, Paula se encaminó al área de farmacia. Observó atenta hacia donde se dirigían los ojos de Athenas. Entonces le pidió recomendación sobre desodorantes, crema corporal y facial; incluso, por una crema protectora. Cada producto que esta le mencionó, ella lo puso en el carrito.

—¿Necesitas algo más, aparte de la ropa?

Athenas negó; aunque necesitaba todo, solo contaba con menos de veinte dólares, que no podía darse el lujo de gastar. Aún le quedaba un poco de desodorante y podía vivir sin crema corporal. Lo demás lo tenía en el cuarto de baño de la casa de Paula.

Después de pagar, y luego comer una hamburguesa en un restaurante de comida rápida, se dirigieron a la casa.

El aroma del perfume de Athenas se intensificó una vez dentro de la camioneta. Paula no pudo evitarlo.

—Acércate —le pidió—. ¿Qué perfume llevas puesto?

Athenas sintió el rubor apoderarse de su rostro.

—Es un perfume en *spray* —contestó después de tragar.

La cercanía fue letal; la nariz de Paula rozó la piel del cuello de Athenas, que cerró los ojos ante la ligera caricia. Ella sintió que su corazón inició un martilleo doloroso en su pecho; se apartó despacio, intentando que su respiración se normalizara y que la pelinegra no se percatara de su repentino nerviosismo.

—Te queda bien —comentó para no alargar el silencio.

—Gracias —susurró Athenas.

Paula puso en marcha el vehículo y se integró al tráfico de la ciudad. El ambiente se mantuvo tenso durante la mayor parte del camino. Aunque ambas conversaban de varios temas, el aire se podía cortar con un cuchillo. Ambas lo sentían.

—Estás muy callada —acotó Paula—. ¿Estás incómoda? ¿Dije algo incómodo para ti?

Athenas bajó la cabeza, avergonzada. Su amiga le demostraba cada día que se preocupaba por ella, que era de confiar, por eso sentía que su ser se desagarraba cada vez que le preguntaba por su pasado, las razones de su desgracia. Entonces sus miedos la aterrorizaban porque junto a ella concebía algo que no podía explicar; temía que lo que comenzaba a sentir lacerara su relación. Era como si contarle de su pasado y sus errores, la alejaría y no quería eso. Anhelaba estar siempre a su lado; disfrutar de su compañía, de su calidez, seguridad y amistad.

Athenas no pudo responder; el silencio dentro de la camioneta era ensordecedor. Paula la miró y notó su nerviosismo, así que no insistió. Las cosas entre ellas se estaban poniendo tensas desde hacía unos días; y no necesariamente en malos términos. Era como si quisieran estar juntas y, a la vez, les aterraba.

El semáforo cambió a rojo; ese momento lo escogió Paula para encender la aplicación de música. Una canción desconocida para las

dos llenó el espacio, pero a esa le siguió una que días atrás capturó su atención. Sin ninguna intención, ella subió el volumen.

Los acordes de "Rueda mi mente" volvieron a irrumpir en los sentidos de Paula, que empezó a transpirar al escuchar la primera línea que recordaba con claridad, pues le evocaba a su, ahora, pasajera. Con rapidez quiso cambiar la canción, pero la mano de Athenas se lo impidió.

Los ojos se tropezaron, provocando una descarga de intensos latidos en ambos corazones. La tensión dolía, por lo que ambas agradecieron que al fin hubiesen llegado a la casa.

Paula estacionó la camioneta frente al portal. Athenas descendió primero, abrió la puerta de atrás y sacó las bolsas con las compras. Se miraron a través de las ventanillas; ambas se sonrieron con timidez, antes de que la castaña abriera la puerta de la casa. Entró primero, encendió las luces y la esperó para ayudarla.

—Tranquila, puedo —dijo Athenas, luego cerró la puerta tras ella.

A continuación, la siguió hasta la cocina. Juntas comenzaron a sacar las cosas y a acomodarlas en los gabinetes. En todo momento evitaron acercarse, rozarse. Apenas se hablaron, solo lo necesario; "¿dónde pongo el pan? ¿Esto va al refrigerador?"

Las miradas se cruzaron una y otra vez hasta que fue insoportable para Paula, que se disculpó para refugiarse en el baño.

Una vez a solas, Athenas soltó la última bolsa que tenía en las manos. Dejó también salir el aire que contenía y que no soltó antes por temor a que Paula lo escuchara. Apoyó las manos en el fregadero porque le temblaban tanto, que no sabía qué hacer con ellas. Era la primera vez en su vida que sentía que el aire le faltaba.

Por su lado, Paula se sentó en el retrete, apoyó los codos en las rodillas y se estrujó la cara. También temblaba; de buenas a primeras todos los temores que tenía por Athenas se hacían realidad. Quería estar a su lado. Quería respirar su mismo aire, pero, a la vez, necesitaba alejarse porque ese sentimiento le dolía, y si daba un solo paso y ella no sentía lo mismo, la perdería. Malgastaría la oportunidad de ayudarla.

Athenas esperó a que Paula saliera del baño; su mirada no se apartó ni por un segundo de la puerta del baño de invitados. Debían hablar. No sabía de qué; no tenía idea de cómo abordarla. El día había sido extraño y ella precisaba estar en paz, tranquila. Además, ya anochecía y no podría dormir con esa angustia instalada en el pecho.

Pero Paula no salió de inmediato. Ella alzó la cabeza y suspiró hondo en busca de sosiego; haciendo más ruido del necesario, subió la escalera hasta refugiarse en su habitación.

Paula oyó los pasos; estuvo atenta. Hasta que oyó cerrarse la puerta arriba, se puso en pie. Después de un minuto, salió del baño. Fue a la cocina; vio todo organizado. Negando con la cabeza, buscó una botella de agua y se recostó de la barra. Bebió toda el agua, luego tiró la botella vacía al cesto. Todo su cuerpo temblaba. En su pecho los latidos del corazón resonaban violentos.

A continuación, agarró la bolsa con los artículos que le compró a Athenas y se dirigió hacia la escalera. Con decisión la subió.

Dos toques en la madera le anunciaron a Athenas quién estaba detrás. Apretó las manos por el nerviosismo que se apoderó de su ser. Se levantó de la cama, tomó algunas aspiraciones y abrió la puerta.

El tiempo se detuvo cuando sus ojos se encontraron y miles de fuegos artificiales estallaron al contacto de sus miradas. Desconociéndose, Athenas estiró un brazo, la tomó por la nuca y tiró de ella con ímpetu hasta unir sus bocas, fundiéndolas en un beso profundo y devorador. La pared junto a la puerta fue su respaldo cuando las manos de Paula recorrieron su espalda mientras las lenguas batallaban por saberse vencedoras en esa lucha de labios.

La falta de aire las hizo separarse un segundo; solo uno. El segundo que Athenas usó para acunar el rostro de Paula entre sus manos, viendo los ojos dilatados. Le acarició los labios con los dedos.

—Si no te besaba iba a morir, Paula —confesó con un hilo de voz —. No soporto más.

Apenas pronunció la última palabra y volvió a besarla, esta vez haló con los dientes su labio y fue correspondida.

La pasión capitaneó el momento cuando Paula la giró hasta pegarla a la pared y hacerse dueña de su cuello. Athenas cerró los ojos y levantó la cabeza, permitiéndole un mayor acceso a su piel.

Gemidos, sonidos húmedos, se escucharon en la habitación. Ninguna se percató de que se besaban como si sus bocas se conocieran a la perfección. Los besos se intensificaron con cada movimiento mientras sus manos no perdieron ningún rincón donde tocar.

Sus respiraciones entrecortadas las hizo separarse. Cada una tomó por los hombros a la otra antes de juntar sus frentes. Con los latidos de sus corazones alterados, se miraron, buscando la manera de estabilizar sus emociones.

Athenas, que fue quien inició el beso, no pudo hacer otra cosa que abrazar a Paula, esconder la cara en su cuello y estrecharla contra su cuerpo como si en ello se le fuera la vida.

28

Paula devoraba con desesperación la boca que, a su vez, consumía la suya y, aun así, no era suficiente.

Nada era suficiente porque eran demasiados días pensando en Athenas, viendo sus ojos cargados de un deseo que sabía era tan intenso como el suyo. Era una delicia sentir sus lenguas enredarse mientras las manos de ambas ya se perdían debajo de sus ropas.

Tembló cuando las manos de Athenas rozaron su piel y se deslizaron por sus costillas hacia su espalda. El calor las consumía; sus respiraciones sonaban agitadas y sus pieles quemaban, pero ella estaba dispuesta a calcinarse en su cuerpo.

Paula la mantenía atrapada contra la pared mientras se buscaban, aun así, ya no era suficiente; necesitaba más. Poder sentirla por completo debajo de ella. Pensarlo, provocó que de su vientre brotara un río de humedad. Gimió en la boca de Athenas porque el deseo ya era agónico y ese perfume que la sedujo la estaba volviendo loca.

—Te quiero debajo de mí —susurró Paula, pegada a sus labios.

El placer que consumía a Athenas eran tan intenso que apenas alcanzó a entender sus palabras. Paula la rodeó por la cintura con firmeza y la separó de la pared; con un suave, pero calculado giro, empezó a conducirla hacia la cama sin separar sus bocas. Se necesitaban la una a la otra para existir.

Athenas aprovechó la poca libertad para desabotonarle la blusa; lo hizo tan rápido, que cuando chocó contra la cama, ya la deslizaba por los hombros de Paula. Ella apenas tuvo una visión del torso medio desnudo, porque esta la empujó haciéndola caer sobre la cama; desde su posición la vio terminar de liberarse de la prenda con desesperación. Ante sí tuvo un asomo de lo que escondía el brassier que llevaba puesto. Sus senos eran redondos, firmes, generosos y parecían querer escapar de su prisión.

Athenas se humedeció los labios porque el aire era tan caliente, que se le secaba la boca en segundos. Paula apoyó una rodilla sobre la cama, justo entre sus piernas antes de volver a poseer su boca. La colisión de sus labios provocó que ambas gimieran. Sus piernas

se enredaron y sus cuerpos iniciaron una danza que no hablaba de ternura, sino de pasión.

Athenas no sabía de paciencia en ese instante; sus manos volaron al broche del brassier; lo soltó y de inmediato bajó los tiros por los hombros de Paula, que movió los brazos para ayudarla a liberarla de él. Se levantó un poco porque la deseaba justo a donde se dirigía.

Athenas aprovechó para deslizarse debajo de ella. Gimió de placer cuando su lengua se encontró con el pezón erecto de Paula; la oyó gruñir y fue como poner en contacto fuego y gasolina. Cada átomo de su ser estalló, nublándole la mente. Entonces, su boca, con hambre, no solo se apoderó de su pezón, sino que lo engulló hasta la aréola y succionó con fuerza.

Paula perdió las fuerzas en los brazos, así que tuvo que lanzarse a un lado; la boca de Athenas no la soltó ni un segundo. La sintió posicionarse sobre ella con un dominio que la tomó por sorpresa, pero, por lo que le estaba haciendo, la tenía por completo a su merced. Sentía sus manos por todo el cuerpo. En los muslos, luego en las caderas, deslizándose por sus costillas hacia sus hombros. Cada roce era electrizante.

Paula se llevó las manos a la cabeza; hundió los dedos en sus cabellos porque Athenas no le daba un segundo. Pasaba de un seno a otro, devorándola con un ansia que parecía intensificarse en lugar de ceder. Era como si deseara devorarla de un bocado.

Athenas se movió sobre ella; uno de sus muslos presionó fuerte en su entrepierna. El ardor que atenazaba su vientre, que mantenía su sexo desbordado de humedad, se convirtió en una fogosa necesidad. Paula no pudo más, la obligó a abandonar sus senos, buscó su boca y la besó con una posesividad que desconocía en ella. Volvía a tomar las riendas, sin palabras, sin miradas; en ese instante, era el deseo, las caricias, los gemidos, los que las dominaba.

Con un rápido movimiento, Paula empujó a Athenas y volvió a ponerla de espalda sobre la cama. Sus pechos subían y bajaban porque las sangres ardían en sus venas del más puro deseo. Ella le sonrió antes de poner las manos en el broche de su pantalón.

—Tienes demasiada ropa para mi gusto —declaró con la voz ronca.

Athenas sonrió también y se pasó la lengua por los labios. La imagen fue tan hermosa para Paula, que le dolió el no poder besarla debido a que estaba ocupada desnudándola. Sin delicadezas, le quitó los zapatos porque necesitaba sus pantalones fuera con urgencia.

Athenas, por su parte, se quitó la T-shirt y la lanzó a cualquier lado de la habitación; clavó los ojos en los de Paula cuando bajó los tiros de su brassier para luego ocuparse del broche en su espalda.

Esta vez fue la otra mujer quien se humedeció los labios al ver sus senos pequeños, pero perfectos, y apetecibles. También tuvo que morderse las ganas de ir por ellos porque en ese momento deslizó el pantis por las largas piernas de Athenas. De pronto, la tenía ante sí, desnuda y ella la deseaba como jamás en su vida anheló a otra persona.

Hipnotizada por su ferviente necesidad, Paula se deshizo del resto de sus ropas en segundos. Su sexo casi palpitaba viendo el de Athenas al alcance de sus manos, de su boca, del suyo propio. Se lanzó sobre ella como quien va en busca de oxígeno. Sus bocas se unieron de nuevo en un beso devorador de ansias mientras se acomodaba entre sus piernas, buscando el ángulo para que sus sexos se unieran tal como lo estaban sus labios.

El gemido de ambas rebotó en las paredes. Paula se irguió sobre ella, elevando la cabeza como si rezara al cielo, solo que no pedía nada. Ella absorbía el placer de sentir el calor del sexo de Athenas en el suyo. El mundo desapareció, el espacio, todo. En el universo solo existían las dos, la humedad que se desbordaba en sus sexos y su calor. La unión era perfecta, como dos piezas de un rompecabezas.

Paula se movió y Athenas gritó de placer; sus manos volaron a sus caderas porque precisaba aferrarse a ella, saber que aquello era real. Y fue su grito lo que lo aceleró todo. Sus pelvis comenzaron a moverse a un ritmo acelerado, apremiante. En su unión la ternura no tenía cabida cuando sus clítoris se friccionaban con fuerza, lanzado

ardor, fuego, por sus pieles. Sus corazones latían rápido y fuerte en sus pechos, como si quisieran unirse a la danza de sus cuerpos.

Los pensamientos de Athenas estaban nublados de placer, pero, incluso así, se maravilló con la imagen de Paula sobre ella, tomándola, dándole de sí. Su piel ya estaba húmeda; su boca entreabierta y sus labios hinchados eran el perfecto retrato de la sensualidad. Sus ojos grises se pasearon entre su boca y sus senos agitándose a un ritmo hipnotizante. En su vientre podía sentir la fuerza de algo avasallador intensificarse. Sus manos se aferraron con mayor fuerza a las caderas de Paula cuando de su garganta brotó un ronco gemido.

—Pau… —se escapó de su boca en un jadeo cuando su espalda se arqueó.

Paula permanecía perdida en la unión de sus cuerpos, en la necesidad de su sexo, en la fricción de sus clítoris. Podía sentir el de Athenas contra el suyo y sus labios íntimos abrazarse en medio de la humedad que se desbordaba. No pensaba en nada más que no fuera en alcanzar el clímax que estaba tan cerca que casi lo tocaba con los dedos. Con un gruñido, detuvo sus movimientos y presionó con fuerza contra el sexo de Athenas. Apenas podía respirar, sabía que ambas se encontraban al borde.

Paula repitió el empuje tres veces y volvió a acelerar. Era desesperante, agonizante, pero peor era parar y jamás lo haría, no cuando oía a Athenas gimiendo una y otra vez. Un vistazo y le pareció que explotaría en mil pedazos.

La mujer debajo de ella tenía la boca abierta y el rostro contraído de placer. Su imagen era una oda a la vida.

Y le bastó otro de sus gemidos para elevarse a la cima más alta del mundo. Un fuego arrasador fue la antesala del palpitar de su vientre. El mundo se detuvo, al igual que ella, deleitándose con cada pulsación que arrasó con su conciencia.

Cuando las palpitaciones empezaron a disminuir, reanudó sus movimientos, extendiéndolos, haciendo gemir un poco más a Athenas, que yacía debajo de ella por completo extenuada.

Agotada, agitada, Paula se dejó caer sobre su cuerpo, pero durante unos segundos, se quedó mirándola, absorta en tanta

belleza. Los ojos grises apenas se abrieron lo suficiente para mirarse en ellos y entonces ella supo que su vida acababa de cambiar para siempre.

29

Athenas sonrió; su respiración estaba tan agitada como la de Paula. Sentirla encima de ella, sudorosa, temblando, era una recompensa que le daba la vida por lo que vivió los últimos meses. O al menos eso le parecía. La abrazó, instándola a que dejara reposar todo su peso sobre ella. Su mente permanecía nublada todavía por el maremoto que acababa de estremecer su ser, pero era consciente de que cuidaba no aplastarla con su peso; aunque no era que lo fuera a hacer de forma literal.

Por eso la abrazó con la ternura que no se asomó antes en ninguno de sus besos, ni en sus caricias mientras se entregaban al deseo que la atenazó durante días.

Athenas sonrió al sentir el aliento cálido de Paula. Fue delicioso, tal como lo fue el orgasmo que le arrebató a su vientre. Se estremeció cuando sus labios rozaron su piel y luego los siguió su lengua húmeda y caliente. Gimió porque el roce lanzó una descarga a su entrepierna, a pesar de que aún estaba sensible.

Ella deslizó los dedos por la espalda de Paula, trazando su columna desde el borde de sus nalgas hacia arriba; lento, suave. Como si su caricia fuera un susurro. Llegó hasta la nuca, donde dejó que sus dedos se enredaran un poco entre sus cabellos para luego escapar de vuelta a donde inició.

—¿Sabes de qué me estoy dando cuenta?

Paula besó su piel otra vez antes de responder con una pregunta.

—¿De qué?

Athenas aspiró hondo el perfume de sus cabellos; ese que ya conocía bien, que vivía en su sangre sin darse cuenta.

Paula supo que sus posiciones cambiarían cuando sintió sus piernas moverse debajo de ella; unos segundos después, tenía los ojos grises de Athenas clavados en los suyos.

Se miraron en silencio, como lo hicieron tantas veces durante los días previos a ese momento. Entonces la boca de Paula se curvó en una ligera sonrisa y ella tuvo que bajar la vista para apreciarla como

se debía, para luego posar los labios en ella y dejar un beso tan delicado como las alas de una mariposa.

Sus ojos volvieron a encontrarse, solo que ahora los grises brillaban.

—Que no te he tocado —respondió con la voz baja y ronca. Una ceja de Paula se arqueó, provocando que ella sonriera otra vez—. Y tú no me has tocado.

—Es imposible estar así sin tocarse —señaló la mujer debajo de ella.

Athenas se mordió el labio inferior, procurando no sonreír. Negó con la cabeza.

—No así —aclaró—. Así…

El corazón de Paula se agitó al sentir su mano derecha deslizarse por su costado, rozando sus costillas y seguir hacia el sur. Tragó saliva cuando Athenas se levantó lo suficiente para darle espacio a la mano entre sus cuerpos. Le sorprendió la excitación que golpeó su vientre cuando sintió el roce en su intimidad.

Paula cerró los ojos con fuerza, esperando la invasión, pero no sucedió. Sorprendida, abrió los ojos. Athenas la contemplaba con el deseo ardiendo en el gris de su mirada. El aliento de las dos estaba agitado, sus cuerpos temblaban porque de nuevo ellas no eran dueñas de sus ansias, sino la pasión.

Los labios de Paula temblaron antes de ser capaz de pronunciar su más anhelado deseo.

—Tócame —pidió.

Athenas jadeó un segundo antes de hacerlo. De tocarla.

El gemido de ambas llenó el espacio en el que se hallaban, tal vez el universo entero, pero ahí estaban solo ellas, entregándose.

Paula se dejó atrapar por el placer de sentir el dedo recorrerla. Su humedad se desbordaba sin pudor, sin restricciones, sin límites. Su clítoris se hinchó en segundos bajo la presión que inició delicada, pero que fue tornándose exigente a medida que sus respiraciones, que las ansías de sus cuerpos, surgían de las cenizas que dejó el fuego de su primera entrega.

Athenas estaba maravillada, mirándola y sintiéndola a la vez tan húmeda. La tormenta de mil ganas juntas se apoderó de su

conciencia, perdiéndose en ella hasta apresar la boca de Paula con fuerza, con posesividad cuando deslizó los dedos entre sus pliegues hasta alcanzar su vientre y entrar en él.

El cuerpo debajo de ella se arqueó, yendo al encuentro de su mano. El beso que unía sus bocas era tan posesivo como los exigentes dedos. Se acomodó como pudo y comenzó a entrar y salir, embistiendo su vientre con ímpetu, desbordando todo el deseo contenido.

Paula se aferró a la espalda de Athenas porque sentía que iba a estallar en cualquier momento; sus manos apretaron su carne sin tener conciencia si le producía dolor o no. Sus caderas tenían vida propia, se retorció bajo el calor del cuerpo que la cubría, que la hacía suya. Un profundo grito escapó de su garganta cuando el pulgar se unió a los dedos que la poseían para frotar su clítoris. Su sexo lo recibió desbordando más humedad, calentando sus entrañas como si fuera un volcán.

Athenas se sentía al borde de la locura mirándola extasiada, gimiendo sin pudor, entregada. Ella misma estaba excitada, desesperada por alcanzar el clímax, pero jamás se perdería de ese espectáculo, por eso continuaba perdida en su vientre, entrando y saliendo sin darle tregua, aunque ya no quedaba aire a su alrededor.

Ella hundió la cara en el cuello de Paula cuando sus uñas se clavaron en su piel. Entonces todo estalló. Sintió sus entrañas aprisionar sus dedos unos segundos antes de sentir las pulsaciones. Y fue delirante, arrebatador. Tan intenso, que sus ojos se humedecieron.

Paula gritó fuerte, lánguido, mientras el agudo orgasmo estremecía su cuerpo, su alma, a toda ella. Estaba extenuada, pero se sentía flotar, incluso cuando Athenas se posicionó sobre su muslo y empezó a cabalgar sobre él con fuerza y rápido. No la soltó en ningún momento, a pesar de la bruma.

Se hallaba abrazada a ella cuando se tensó y sintió en su muslo un fuego devorador. Los gemidos que llenaron la habitación eran las notas con que la pasión cerraba con broche de oro la sinfonía de dos cuerpos hechos para entregarse.

***

Paula acunó entre sus brazos el cuerpo agotado de Athenas después que el deseo lo abandonó; la acunó como el sol calienta una isla tras una tempestad. Apartó algunos mechones húmedos de su sien para besarla; saboreó lo salado del sudor que se unió al suyo. Podía sentirlo en cada poro de su piel y le gustaba.

Sin embargo, Paula se preocupó cuando la sintió tensarse. La mujer sobre ella apenas comenzaba a respirar con normalidad.

—¿Athenas?

Athenas no respondió. No lo hizo porque, aunque acababa de vivir lo más hermoso de su vida y estaba perdida en el calor de Paula, mientras sus pensamientos volvían a conectar, su mente se empeñó en transportarla a meses atrás, cuando sus sueños de ser feliz se hicieron añicos al ver la verdadera cara de Ada. Sus auténticas intenciones con ella.

Su amor no era un cuento de hadas, no; al contrario, era la peor pesadilla. Sin poder evitarlo, Athenas se encontró presa del miedo, del dolor. Entonces se abrazó fuerte a Paula, que la estrechó también al advertir su desasosiego.

—Paula… —sollozó.

—Athenas, ¿qué sucede? ¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza. Impotente, sorprendida por la inesperada situación, Paula solo pudo abrazarla. Era la única manera de hacerle saber que no estaba sola.

Así permanecieron un largo rato, abrazadas. Athenas por fin se relajó y dejó de llorar.

—Lo siento —murmuró, aún sin salir del escondite que era el cuello de Paula.

—No sucede nada —ella le acariciaba la cabeza con la mano izquierda mientras que con la otra dibujaba su codo.

—Sí que sucede. Arruiné lo que… —se interrumpió.

Cuando Paula se dio cuenta de que no hablaría más, terminó por ella.

—¿Lo que hicimos?

—Sí.

—No hay manera de que lo que hicimos se arruine.

—Me puse a llorar.

—Las emociones afloran luego de algo tan intenso. En especial, tras lo que has vivido.

Athenas consideró sus palabras. En parte, tenía razón, pero no fue eso lo que la hizo llorar. Paula la cuidó desde el primer momento, le ofreció su confianza y, aun así, no terminaba de abrirse ante ella. Por vergüenza, no había sido capaz de confesarle lo que la llevó a la calle. Ahora acababan de hacer el amor de la manera más increíble, así que sentía que debía dejarla ver un poco de ella. Tenía que abrirle su alma.

Athenas por fin salió de su escondite. Los ojos grises se encontraron con los marrones.

—¿Quieres saber lo que sucedió?

Paula recorrió su hermoso rostro con la mirada, admirando todo de ella. Levantó una mano y le rozó la barbilla.

—Solo si tú quieres —respondió en un susurro.

Athenas tragó saliva y ella lo notó.

—Sí quiero —declaró con voz temblorosa.

30

Seis meses antes…

—No lo pienses más, mi amor. Ven a mí, por favor.

Athenas se mordió la uña del pulgar derecho al leer el mensaje de Ada. Era la primera vez que ella le pedía que fuera. Era un sueño. Un hermoso sueño el pensar en ir a su lado, en besarla como llevaba semanas deseándolo. Sin embargo, no era fácil. Vivía fuera de Estados Unidos, acababa de graduarse, apenas empezaba a buscar trabajo. Sacar una visa americana tomaba tiempo, no era muy fácil y, aparte, deseaba salir de la casa de sus padres; independizarse para dejar de soportar los maltratos de su padre.

Tomó aire antes de escribir una respuesta.

—Es lo que deseo, pero no puedo simplemente subir a un avión e irme. Tengo que sacar la visa y ya sabes que toma tiempo.

Se quedó mirando la pantalla. Ada leyó el mensaje al instante y ahora escribía de vuelta.

—No te preocupes por eso. Puedo costearlo. ¿Cuánto necesitas?

Athenas frunció el entrecejo. El corazón se le aceleró, aun así, negó antes de comenzar a escribir.

—No es cuestión de dinero, Ada.

—Pero, mi amor, ¿acaso no quieres verme?

—Por supuesto.

—Entonces déjame ayudarte.

—Muero por abrazarte. Encontrarte, es lo mejor que me ha sucedido en la vida.

Athenas sonrió. Ada era tan hermosa.

—Quiero abrazarte también.

—Tenerte entre mis brazos será el tesoro más hermoso.

Esa fue la primera conversación sobre el tema. Durante las dos siguientes semanas, Ada insistió hasta que ella accedió a solicitar la visa de turista. Athenas la sacó sin que sus padres lo supieran.

Y lo mantuvo oculto hasta que su madre entró a su habitación y encontró el pasaporte con la visa. A pesar de lo unidas que eran, todo se convirtió en una locura. Las discusiones con su padre no

paraban. No podían ni verse. Mientras tanto, Athenas esperaba con ansias que llegara el día de su partida a Estados Unidos.

—¡¿Acaso no tienes idea de las cosas que suceden hoy en día con la gente que se conoce por la internet?! —le reclamó su padre en una de sus tantas discusiones—. A las mujeres las secuestran para venderlas, para prostituirlas. ¡¿En qué mundo vives?!

—Me iré con Ada. ¡Ella me ama!

Su padre levantó la mano y la abofeteó con fuerza, dejándola aturdida. Pero a él no le bastó con un golpe, intentó repetirlo cuando su esposa se interpuso. Al darse cuenta de que no le permitiría otra agresión, se dio la vuelta y se fue a su dormitorio lanzado maldiciones e insultos.

Athenas lloraba, al igual que su madre.

—Hija, tu padre tiene razón. Suceden cosas malas con personas que se conocen por esos métodos.

—Ada no me hará daño, mamá. Jamás me haría daño.

Un mes después, Athenas se hallaba en Boston, frente a la mujer de la que se enamoró por internet. Y fue el momento más hermoso de su vida cuando pudo abrazarla, sentirla, oler su perfume, mirarse en sus ojos, como tantas veces soñó. Ada era una morena impresionante, de profundos ojos oscuros, piel tersa y cabellos muy lacios. Ya la había visto por fotos, pero no le hacían mérito; en persona era como mirar a una diosa del Olimpo.

—No puedo creer que estés aquí —declaró Ada, acunándole el rostro con ternura, luego se echó hacia atrás para tener una mejor vista de ella—. Y eres… —la miró de arriba abajo— perfecta.

La media sonrisa que Ada le dedicó le resultó encantadora. No pudo evitar enamorarse un poco más de ella.

Lo que siguió, fue como una especie de luna de miel. Ada la llevó a su apartamento, que a ella le sorprendió por lo grande y lujoso que era. Ese lugar se convirtió en su nido de amor durante dos semanas; apenas salieron y cuando lo hicieron, la llevó a conocer sitios hermosos que Athenas estaba segura de que jamás olvidaría.

Un día, ella sintió que algo cambió cuando, de pronto, recibieron las visitas de unos parientes de Ada. Un par de tíos al que se

suponía estaba muy apegada.

Un par de tíos que, en opinión de Athenas, eran demasiado… libidinosos por la manera como la miraron. Ella se sintió un pedazo de carne rodeada por buitres. Hasta se incomodó al tener que posar junto a ellos cuando los dos insistieron en una fotografía como recuerdo de la ocasión. Le pareció que tomaron más fotos de las necesarias, pero Ada estaba encantada con el momento.

Después de esa visita, a Athenas le pareció que Ada empezó a comportarse extraña. En especial, cuando le preguntó si alguna vez estuvo con un hombre y qué pensaba de ellos.

—Solo es curiosidad, mi amor —alegó Ada ante su cuestionador gesto.

Se encontraban sentadas en el amplio balcón, deleitándose con el paisaje de la ciudad que tenían ante sí. Ada bebió de su copa, apartando la vista de ella.

Athenas asintió, aceptando su explicación.

—Nunca he estado con un hombre —confesó.

Ada sonrió.

—Eso es perfecto.

Athenas frunció el entrecejo.

—¿Por qué es perfecto? —quiso saber.

—Porque sé que eres solo mía.

—Ada, te dije que estuve con otra mujer.

—¡Bah! Ella no cuenta —desechó a su primera amante sin contemplaciones.

Athenas sonrió.

—Qué extraña estás resultando.

Ada rio.

—Y tú estás resultando perfecta —dijo, acercándose para darle un beso en los labios.

Unos días después, Athenas sabría por qué Ada le hizo esa pregunta sobre los hombres.

Entonces su cuento de hadas se hizo añicos sin que pudiera hacer nada para evitarlo porque todo era un vil engaño.

Entonces recordó a su padre y sus advertencias. Recordó a su madre llorando, implorándole que no se fuera.

Entonces su peor pesadilla inició.

31

En la actualidad…

Athenas se irguió hasta sentarse en la cama; tiró de Paula debajo de ella para quedar frente a frente, rodeándola con las piernas. Antes de comenzar a confesarse, se abrazó a su pecho.

Paula la recibió con caricias en la espalda; con besos en la frente. Acunó su cara y la besó con una infinita ternura. Sabía que ese momento era difícil para Athenas, que se cubrió el pecho desnudo con la sábana enredada en su cuerpo.

Al separarse, ella tomó las manos de su ahora amante y las besó. Se daba tiempo porque el nudo en su garganta era enorme. Tenía que confesarse con Paula; por primera vez en semanas, hablaría con alguien de lo que le sucedió. De la decepción más grande de su vida y su peor desgracia. Pero antes, y con un profundo miedo instalado en el pecho, tomó el rostro de Paula entre sus manos, la miró antes de besarla con pasión y entrega; temiendo que esa fuera la última vez que sus bocas se unieran.

—Gracias, por tanto —susurró con la voz ronca—. Esta noche fue maravillosa, Paula. No sabía cuánto te deseaba —declaró con una sonrisa asomándose—. Y mucho menos imaginé que hacer el amor contigo sería tan increíble —se extasió en su atractivo rostro, en los labios inflamados por tantos besos compartidos y en su mirada comprensiva.

Cuando Paula se separó para posar los labios en su frente, dejándolos ahí unos largos segundos, Athenas confirmó que ella había llegado para quedarse en su corazón. No importaba de qué modo, pero jamás la olvidaría.

—Como te dije, se llama Ada —empezó a hablar—. Ada Gonzaga. O al menos eso fue lo que me dijo — Athenas posó la vista en el pecho de Paula porque no se atrevía a mirarla a los ojos—. La conocí en las redes sociales. Específicamente, en una comunidad para buscar pareja. Siempre supe que me atraían las mujeres. Tuve una relación oculta en la universidad, pero a medida que hablaba con Ada, mi seguridad se afianzó. Ella me compartía videos, libros,

imágenes de chicas con chicas, así que eso se convirtió en algo normal para mí.

Athenas suspiró hondo por el dolor que le provocaba evocar aquello; se movió hasta recostarse del respaldo de la cama, llevando con ella a Paula, que ahora se apoyó de su pecho.

La pelinegra la cubrió con la sábana, abrazándola a su vez, descansando la barbilla sobre su cabeza.

—Después de unos meses de conocernos me pidió que viniera a verla. Yo quería estar con ella. Me sentí enamorada. Antes de que pudiera decirles a mis padres que viajaría a Boston para conocerla, ellos descubrieron mis planes.

—Entonces ellos se opusieron —adivinó Paula.

—Mjm… No puedo culparlos por lo que me sucedió, pero en cierto modo aquella bofetada y sus palabras, aceleraron mi partida. Ada se mostró emocionada y yo, enamorada al fin, lo vi como una señal de que era el momento de alzar vuelo. Ella pagó el boleto de avión. Un día me despedí de mi madre y vine a este país; ahora tengo cuatro meses que no sé de ella.

—¿Le avisaste que llegaste a Estados Unidos?

—Sí, eso lo hice. Le hablé desde el aeropuerto, pero… —Paula no podía verla, aun así, cerró los ojos, recordando el momento cuando comenzó la pesadilla—. Esa noche fue maravillosa, ya sabes. Luego la otra y la otra hasta semanas después. Ada hizo que confiara en ella. Me consentía, me amaba con pasión, por eso no me percaté de que esa primera semana fue poco lo que salí de aquel apartamento al que me llevó, que dijo que era suyo. Una tarde, al salir de la habitación, encontré a Ada sentada en la sala con dos hombres muy elegantes —se le cortaron las palabras, impidiéndole continuar.

Paula sintió que ella se limpiaba las lágrimas; entonces se giró. Fue quien le secó el rostro con los dedos. Luego rodeó su cintura, dejando un beso en su pecho desnudo.

—Me los presentó como sus tíos —prosiguió Athenas, algo recompuesta—. Me dijo que eran pareja y querían conocerme. Sinceramente, no confié en ellos. Sus miradas reflejaban malicia. A

partir de ese momento, me convertí en un objeto sexual para ellos y para Ada.

Athenas sintió a Paula tensarse, pero agradeció que ella no buscara su mirada, sino que la estrechó más a su cuerpo, ofreciéndole el apoyo que necesitaba para continuar.

—¿Qué querían de ti? —le preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

La pelinegra respiró hondo en busca de fuerzas para proseguir.

—Son una red de explotación sexual —confesó—. Ada me fichó para convertirme en una dama de compañía. Ellos regresaron al día siguiente. Me escondí mientras hablaban. A ella le entregaron un sobre que asumo era dinero. Dijeron que yo era perfecta para el trabajo. Escuché las instrucciones que le dieron. Le dijeron que al día siguiente tenía que llevarme a cierto lugar…

Ahora sí, Paula se irguió; fue ella quien acarició los hombros y buscó los ojos de Athenas. Verlos la hirió porque no albergaban ni un rastro del brillo que minutos antes advirtió en ellos.

Athenas reflejaba tanto dolor, que eso la desestabilizó. El dolor que la golpeó en el pecho fue devastador. No era la primera vez que se enfrentaba a un caso como ese, pero sí uno que la tocaba tan de cerca.

Tras estabilizar su corazón, Paula la miró.

—¿Tuviste que enfrentarte a eso alguna vez?

Athenas asintió. Le contó en detalle aquel día; cuando después de que los supuestos tíos de Ada se marcharan, la sedujo en el sofá, prometiéndole el trabajo de su vida. Le dijo del encuentro que ya tenía planeado esa misma noche para ella con un importante hombre de negocios.

***

—Mira lo que te compré —le dijo Ada aún desnuda después de hacer el amor, sacando de una bolsa de papel un hermoso traje, tan corto, que ella al verlo, se ruborizó.

Esa fue la primera señal para entender que algo no andaba bien. ¿Quién en su sano juicio muestra a su novia de esa manera a un desconocido?

—Ada, nunca he usado algo así —expresó con el ceño fruncido.

—¡Lo usarás! —exigió, dejando a un lado su papel de amante—. Necesitas trabajar porque te amo, pero no te mantendré.

La sospecha fue creciendo al llegar a un club muy elegante; cuando entraron, las miradas lascivas se posaron en ellas. Athenas supo de inmediato que aquello era una prueba para conocer el nivel de atracción que podía provocar entre los socios. Su piel se fue erizando a medida que Ada le presentaba a algún hombre o mujer, cuyas ropas de vestir podían costear meses de renta en New York.

Y entonces sucedió.

***

—Ada me dejó sola en una habitación con un hombre que, tras una agradable conversación, posó su mano en mi muslo y empezó a acariciarme —Athenas comenzó a temblar a medida que relataba su triste historia.

Paula, por su lado, se sintió angustiada. Precisaba saber qué había ocurrido, pero, a la vez, temía que esa confesión desestabilizara a la mujer entre sus brazos. Su corazón latía tan deprisa que podía escucharse en el silencio de la habitación.

Athenas volvió a desviar la mirada; alzó la cabeza para evitar, sin éxito, que más lágrimas salieron de sus ojos.

—Cometí otro error —confesó con la voz rota—. Le golpeé la mano. Él enfureció y me devolvió el golpe. Me abofeteó —recordó con nitidez la punzada de dolor que le cruzó el rostro tras recibir el golpe—. Dijo que había pagado mucho por mí, que él y nadie más sería el primer hombre en mi vida, que tenía que cumplir. Entonces me pegó a la pared —las lágrimas le bañaban el rostro sin control—. Sentí sus asquerosas manos tocarme toda, Paula —cerró los ojos, procurando olvidar aquella sensación que dejó él en su piel, mientras ella luchaba por zafarse. Estaba aterrorizada, aun así, luchó con todas sus fuerzas por evitar el horrible destino a la que Ada la condenó.

Paula tensó la barbilla viéndola deshacerse en lágrimas.

—¿Qué pasó? —quiso saber.

—Grité —respondió—. Grité tan alto, que Ada apareció con uno de sus tíos. Aquel hombre me empujó al verlos aparecer, me insultó y a ella también. Me sacó de allí de inmediato para evitar un escándalo. Luego nos fuimos.

***

—¡Eres una don nadie, malagradecida! ¡¿Cómo voy a resolver esto?! ¡¿Quién te dará otro empleo aquí?! —Ada gritó dentro de la camioneta, furiosa.

—Dijiste que me amabas. ¿Cómo me expones? —sollozó a su lado.

—¿Amor? —Ada casi escupió la palabra como si le diera asco—. ¡¿Creíste que era amor?! —se burló. ¿Sabes quién era ese hombre? No, no lo sabes. No eres capaz de entender el nivel de estupidez que cometiste.

—¡Quería abusar de mí! —gritó desde el asiento del pasajero.

—¡Tienes que trabajar! Hoy echaste a perder todo. Me toca arreglar el mierdero que hiciste, pero vas a cumplir ¡Oh, sí que vas a cumplir!

***

—Esas palabras fueron el detonante. Los pasados tres meses de comunicación con ella pasaron por mi mente como una película. Siempre estuve engañada. No dije nada más. No discutí, no exigí. Llegué al apartamento que compartíamos. Me echó a la sala sin contemplación alguna, aunque yo no pensaba volver a dormir a su lado jamás. No dormí. Solo analicé los pasos que daría desde ese momento. En la madrugada, entré sigilosa a la habitación, agarré la mochila que traje conmigo, puse en ella algo de ropa que encontré a la mano porque no quería hacer ruido. Y me marché. Me alejé todo lo que pude de allí.

Ella buscó los ojos marrones; fijó los suyos en ellos. Paula la abrazó tan fuerte como pudo.

—Lo siento, Athenas. Lo siento mucho —dijo con desesperación.

—Desde ese día, estuve en la calle hasta que llegaste tú —declaró con ternura.

Paula le sonrió, luego le rozó los labios con los suyos.

—Vamos a salir de esto. Ya no estarás más en peligro. Te lo prometo —susurró.

32

El abrazo fue tan consolador que las mantuvo unidas por mucho tiempo. Paula no dejó de acariciar la cabeza de Athenas, de besarla y acunarla en su pecho, intentando protegerla, cubrirla, para que nada oscuro volviera a ocurrirle.

Cada palabra de la historia que le contó estaba grabada en su cabeza, dándole vueltas e imaginando la inmensa amargura por la que Athenas pasó antes de llegar a su vida.

—Superaremos este mal momento —le aseguró con firmeza—. Estaré a tu lado todo el tiempo que necesites para ayudarte a salir adelante. Si quieres regresar a tu país, si deseas iniciar una nueva vida aquí, sabes que estaré contigo. Puedo ayudarte —afirmó con sinceridad y una enorme ternura.

Una ternura que conmovió a Athenas, que se removió inquieta y cerró los ojos con fuerza. Tenía que ser sincera con Paula, aunque le diera miedo. Era el momento de hacerlo.

—Aún hay algo que no te he dicho —confesó, saliendo del lugar seguro que era pecho de Paula. Ella se colocó los cabellos detrás de las orejas, dándose tiempo, buscando las palabras precisas. Luego, con delicadeza, le tomó las manos, envolviéndolas entre las suyas. La otra mujer frunció el ceño cuando la vio tragar, mostrando un gesto de absoluta preocupación—. La mochila con la que alcancé a escapar, fue la misma con la que viajé desde mi país —Paula asintió, sin entender de que iba su comentario. Con firmeza y una admirable valentía, Athenas la miró a los ojos—. Allí era donde guardaba mis documentos de identidad, pero ahora ya no están.

Paula se tensó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, separándola con delicadeza de su cuerpo.

—Ada sacó mis documentos personales de la mochila. Ya no están —repitió—. No tengo la visa, ni mi pasaporte. Soy una ilegal.

El golpe de realidad fue fuerte. Los ojos de Paula se movieron rápido, como si le fuera imposible aceptar ese nuevo escenario.

Athenas la vio parpadear, nerviosa, sin apartarse; de hecho, continuó acariciándole las manos, pero se notó inquieta. El ver el

movimiento en su garganta al tragar, la hizo temer. Sin embargo, Paula reaccionó cuando la vio entornar los ojos. Notó al instante que la sombra de su ansiedad se reflejó en su rostro.

Esos segundos en silencio eran aterradores para Athenas; no tenía idea de qué sucedería a partir de ese momento.

Paula, por el contrario, no albergó temor ni miedo, sino que los recuerdos se arremolinaron en su cabeza, haciéndola entrar en razón. ¿Cómo no lo pensó antes? Esa era la razón por la que ella se negó a recibir ayuda cuando le habló de un lugar seguro para vivir. Esa era la razón por la que tanto temía.

El problema inmediato para Paula, que tenía grandes planes con ella, era que ahora sería más difícil ayudarla; se enfrentaba a un nuevo reto. Protegerla el doble porque lo último que deseaba era que descubrieran su estatus de ilegal en el país. Aunque esa ilegalidad hubiese sido forzada por hechos que escaparon de las manos de Athenas.

Pero en ese instante, teniéndola entre sus brazos, luego de amarla, tal situación no le era relevante. Ahora lo único que le preocupaba era ayudar a la mujer que la miraba con miedo, llena de temor.

Paula se estremeció al ver sus ojos cristalinos, temerosos. Le acarició la cabeza y dejó un tierno beso en sus labios; sin embargo, la prudencia no la dejó expresarse abiertamente. Temía decir algo inapropiado; en ese momento, reinaba la sensibilidad. No deseaba echarlo a perder.

—Si tienes alguna preocupación, puedo…

—Shh —Paula colocó un dedo sobre sus labios, callándola—. No te negaré que es algo para hablarlo con seriedad, pero —comenzó a negar con la cabeza—, en este momento, no quiero que sigamos conversando sobre esto.

Athenas la miró con ternura y agradecimiento. Ahora fue ella quien le acomodó los cabellos detrás de las orejas, sin apartar la mirada.

—Gracias —dijo, besándole la nariz.

Paula sonrió.

—Mañana hablaremos de esto. ¿Quieres? —ella asintió, antes de rodear su cintura y meter la cabeza en el hueco del cuello. Paula se acostó de espalda en el colchón, llevándola encima de sí—. Ahora solo quédate aquí, en mis brazos —pidió, acariciando su piel con suavidad, pero con el corazón latiéndole fuerte—. Vamos a serenarnos, luego nos ducharemos y descansaremos, ¿sí?

La ducha no se dio. El silencio que las envolvió, las suaves caricias, en efecto, las serenó hasta el punto de que se quedaron dormidas. La carga emocional fue mayor que el placer que experimentaron juntas.

***

Paula despertó de madrugada. El peso de Athenas en su pecho la hizo sonreír. Durante unos minutos no recordó la nueva situación que debían enfrentar. A su mente, como una buena película romántica, llegaron imágenes de su rostro lleno de ansias, de pasión. Se estremeció al recordar los besos desesperados, la deliciosa invasión de Athenas en su vientre. La naturalidad con la que su cuerpo se amoldó al suyo, los gemidos.

Ella se cubrió el rostro, sintiendo que se sonrojaba y como en su cuerpo despertaba el deseo porque no paraba de ver con claridad los gestos de placer que le concedió Athenas mientras le hacía el amor con desesperación.

—Eres una degenerada —murmuró.

—¿Por qué?

Paula se sobresaltó al escuchar la voz adormilada de Athenas. Jamás se imaginó que estuviera despierta. Se encontró con que los impresionantes ojos grises que la miraban; le parecían fuera de este mundo. No pudo responder a eso. En su lugar, acarició los labios que formaron una sonrisa. Ella se removió, sosteniendo su peso con el brazo izquierdo hasta colocar su cuerpo sobre sí. Sin dejar de mirarla, sin decir una palabra, la besó.

Athenas cerró los ojos; se dejó envolver en la calidez de ese beso que no fue como los que compartieron temprano en la noche, no. Paula cubrió sus labios saboreando cada resquicio de su boca. Rodeó su cuello, y sus dedos se enredaron en los cabellos castaños,

respondiendo a la pasión que no había mermado, a pesar de que ambas, agotadas, se quedaron dormidas en los brazos de la otra.

Los labios de Paula se desviaron hacia el cuello de Athenas, que exhaló un gemido apasionado que le echó gasolina al fuego que se encendía en el vientre de la otra mujer. Lo que inició como un recuerdo, se convirtió en un deseo irrefrenable.

El olor natural de Athenas, la forma como respondía a sus movimientos, a sus caricias y besos, la desató; le agarró las caderas, hundiendo las uñas en su piel. Al notar que Paula ardía de placer, ella levantó la pierna, buscando la intimidad de su amante. Logró con ello que esta enloqueciera. Entonces fue su gemido desesperado el que llenó la habitación.

Paula se frotó con desesperación contra el muslo de Athenas; las pulsaciones en su sexo no se detenían y ella necesitaba calmar su ardor. Ese desesperado deseo que invadió su cuerpo solo recordando los momentos que pasaron amándose.

Athenas notó el nivel de deseo que la acometía; entonces hundió más los dedos en la carne de sus nalgas, ayudándola, impulsándola a moverse más deprisa.

Sin ningún control alguno, Paula metió los brazos por debajo de las axilas de Athenas, agarró sus hombros desde atrás y se impulsó con mayor fuerza y desespero. Bastaron pocos movimientos para que sintiera la humedad desbordarse sobre ella. Impulsó una última y fuerte presión, antes de que su interior se vaciara. El impacto fue tan intenso, que la mareó, la debilitó al punto de que su vista se nubló. Cayó como un peso muerto sobre Athenas, que ahora, orgullosa, sonrió.

Ella la abrazó fuerte, dejando besos en su cabeza; acarició su espalda con ternura. Mientras Paula se reponía, respiraba alterada.

Athenas la movió; estaba casi inerte. Si no fuera porque respiraba, se hubiese preocupado. La deslizó sobre el colchón, acomodándole la cabeza sobre su pecho.

—¿Estás bien? —le preguntó con los labios pegados a la frente.

Paula no respondió; en cambio, buscó el hueco de su cuello, hundió la cara en él y ahí se refugió.

—No pude evitarlo, perdóname.

Athenas frunció el entrecejo.

—¿Que te perdone?

Paula asintió. La otra se apartó hasta buscar su mirada.

—Si sigues haciendo eso, me vas a malcriar. Y no seré responsable de desear despertar cada día sintiendo tu cuerpo desnudo sobre mí.

Paula se removió; descansó la cabeza sobre su mano izquierda, con la derecha apartó los cabellos negros que osaban invadir aquel rostro tan sensual. Sabía que estaban envueltas en una nube maravillosa de placer y que cualquier cosa que dijeran en ese momento, podía ser un error. Pero, por alguna razón, sus palabras removieron algo en su interior, haciendo que su corazón latiera fuerte.

Sus miradas se tropezaron. Paula pasó un dedo por los labios de Athenas, luego se acercó para dejar tierno beso en ellos.

—No tengo inconveniente alguno —declaró—. Me encantas y, por mí, no me levanté de esta cama si tú permaneces en ella.

33

—¿Te apetece salir a caminar?

Athenas levantó la vista. Se encontraban en la cocina, sentada en la barra, desayunando. Paula se levantó primero porque quería preparar un buen desayuno para reponer energías.

—Por supuesto —aceptó sin pensarlo mucho porque le gustaba pasar tiempo con ella—. Pero ¿en plan paseo o para ejercitarnos?

Paula sonrió.

—Ambos —respondió—. Los fines de semana suelo salir a caminar por los alrededores a modo de ejercitarme y también para despejar la mente de tantas… situaciones que atiendo.

—Te acompañaré con gusto —expresó con emoción.

Se sonrieron, complacidas. Terminaron de comer y cuando la mujer de ojos grises quiso servir otro poco de café, Paula la detuvo.

—Me encantaría tomarlo en un lugar que queda a unas pocas calles de aquí —le dijo—. Estoy segura de que te gustará.

Athenas se sonrojó; le agradó saber que ella ya tenía un plan que la incluía.

—De acuerdo.

Minutos después, subieron para alistarse para salir. Paula eligió un conjunto deportivo de color blanco, mientras que Athenas aprovechó la ocasión para estrenar un T-shirt, un jean y los zapatos deportivos que compró.

Salieron a la calle y se encaminaron hacia la derecha; dirección en la que quedaba la cafetería a la que Paula quería ir. Anduvieron a pasos lentos, una al lado de la otra. No llevaban prisas, solo disfrutaban del frescor de las primeras horas de la mañana. El sol ya comenzaba a calentar, pero no demasiado.

—Cuando quieras ir de nuevo al centro comercial, solo dímelo —dijo Paula.

Athenas sonrió. Llevaba las manos metidas en los bolsillos delanteros del jean.

—Debo esperar a ir al Café —acotó.

—De acuerdo.

—¿Cómo elegiste vivir aquí? —preguntó Athenas.

—¿Te refieres al vecindario?

—Mju.

Paula miró la propiedad frente a la que pasaban en ese momento.

—En primer lugar, lo elegí por el precio de la casa —confesó.

Athenas rio.

—Debí suponerlo —dijo, volteando a verla.

—Pero hay una segunda razón —aclaró.

—A ver, regateadora.

Ahora fue Paula quien rio.

—Nada de eso. No se puede regatear con los bancos —se lamentó—. La segunda razón fue que me gustó el estilo de arquitectónico. Si prestas atención —se detuvo y señaló la propiedad frente a la que se hallaban—, verás que las casas tienen un poco del estilo Cape Cod, que fue popular hasta los años cincuenta.

Athenas se quedó mirando la propiedad en cuestión. Luego de unos instantes en silencio, miró a Paula.

—No tengo idea de lo que hablas. Casi todas las casas se parecen.

La otra mujer rio.

—A eso me refiero. En este lugar siguieron un estilo. Algunas propiedades las han modernizado, pero el estilo Cape Cod no ha desaparecido del todo, lo que le da cierta armonía.

Athenas frunció los labios.

—Investigaré al respecto.

—Eso me gusta.

Paula entrelazó un brazo con el suyo y la instó a continuar adelante. El gesto era inocente; las amigas podían ir del brazo, sin embargo, el corazón de Athenas emprendió un fuerte galope. Habían hecho el amor; por fin se confesó ante Paula, lo cual aligeró las cosas entre ellas, aunque todavía no hablaban del cambio de su relación.

—¿Compraste la propiedad antes de casarte?

Su acompañante marchaba mirando al frente.

—Crucemos aquí, quiero mostrarte el jardín de una casa. Se hará más largo el camino, pero no tenemos prisa, ¿cierto? —Paula

volteó a mirarla.

Athenas buscó sus ojos también.

—No, no la tenemos.

Cruzaron en una esquina; en esa calle las propiedades parecían ser más grande y los jardines más amplios.

—Sí, la compré antes de casarme con Gil. Nuestro matrimonio fue con separación de bienes.

—Conveniente —murmuró Athenas.

Paula rio.

—Sí. ¿Te molesta que caminemos así? —le preguntó.

—Es tarde para preguntar, ¿no?

Ella volvió a reír.

—Es cierto. Te puedo soltar —ofreció.

En respuesta, Athenas le enroscó más el brazo, impidiendo que pudiera soltarla con facilidad. Sus risas se mezclaron con la brisa que las envolvió.

—¿Cuál es el jardín?

—¡Qué impaciente! —se sorprendió Paula.

Athenas usó el dedo índice y pulgar de su mano izquierda para indicarle cuan impaciente era.

—Solo así de poquito.

—No te creo nada, pero es ese jardín de allí —señaló dos casas adelante.

La pelinegra tiró de ella, obligándola a caminar más rápido. Pronto se encontraron frente a una propiedad de tres plantas con un extenso jardín bordeado con hortensias que estaban en plena floración. Por un lateral había una mezcla de variedad de rosas de Siria. El jardín era todo un arcoíris de colores. Era hermoso.

—Vaya —susurró Athenas, maravilla por la vista.

—Es hermoso, ¿cierto?

Ella volteó a mirar a Paula. *Tan hermoso como tú*, pensó en decir, pero se contuvo. Le dedicó a cambio una sonrisa.

—Sí. ¿Te gustan las flores?

Paula torció los labios.

—No soy fan. Sin embargos, no me molestaría recibir un ramo de rosas, por ejemplo. Creo que es un bonito detalle.

—Lo es.

—¿Seguimos?

—Sí —respondió Athenas.

—Es tu turno de responder —dijo la otra mujer—. ¿Por qué elegiste diseño gráfico como carrera?

—Emmm… En primera instancia, era la carrera más decente que ofrecía la universidad a la que fui, pero luego me enamoré de la carrera. Me apasiona, de hecho.

—Eso es lindo.

—Sí, creo que lo es. Todo lo que sea digital me atrae. Las redes sociales eran para mí un mundo sin límites.

—Pero ya ves que lo tiene. Límites, quiero decir.

Athenas asintió. Bajó la cabeza.

—Sí. Aprendí por las malas que hay que tener cuidado con quien te comunicas en internet.

—Son experiencias de vida —dijo Paula—. Pero no hablemos de eso —ofreció—. ¿Buscaste trabajo después de graduarte?

—Sí. De hecho, logré una entrevista cuando ya tenía el boleto de avión comprado.

Continuaron en silencio hasta llegar a la esquina, donde cruzaron la calle.

—Si lo piensas un poco —habló Paula—, si las cosas no se hubiesen dado así —ella se detuvo. Sus miradas se toparon—, no te habría conocido. Y… aunque sé que pasaste por situaciones… muy malas, lo cual quisiera haberlo evitado, no sé si estaría conforme con la vida si no me hubiese dado la oportunidad de conocerte.

Tal declaración provocó que Athenas contuviera el aliento. Era incapaz de apartar los ojos de los de Paula; en ellos halló la sinceridad de sus palabras y eso agitó su ser. La verdad era que ella tampoco le hubiese perdonado a la vida, al destino, que no uniese sus caminos.

Soltó un largo suspiro, que hizo que Paula arqueara una ceja.

—¿Puedo darte un beso?

La mujer frente a ella sonrió; a pesar de toda su experiencia, sus mejillas, increíblemente, se sonrojaron. Miró alrededor. Había

poco tránsito de vehículos y menos aún, de personas. Cuando volvió a mirarla, asintió.

—Sí.

Athenas se mordió el labio inferior antes de dar un paso, acortando la distancia entre ellas. Con delicadeza, posó los labios en los suyos. Cerraron los ojos unos segundos. Y fue eso, un beso casto, tierno.

Cuando se separaron, las miradas de ambas brillaban.

—Será mejor que lleguemos a esa cafetería cuantos antes —declaró Athenas, echando a andar de nuevo, arrastrado a su compañera.

—¿Por qué?

—Porque estoy a punto de arrastrarte a tu casa para repetir lo de anoche —respondió.

Paula soltó una carcajada.

—No sabía que fueras tan… febril.

—La verdad es que no he tenido oportunidad de descubrir si lo soy o no, pero contigo comienzo a sentir cierta necesidad.

—Oh, vaya.

Athenas supo cuál era la cafetería incluso antes de llegar. Era un sitio que llamaba a atención porque la fachada era de color rosado; un color poco usual para una cafetería.

—¿Vienes seguido aquí? —le preguntó al cruzar la entrada.

—Cuando tengo tiempo, que sería los fines de semana.

El lugar era coqueto. Tenía un estilo industrial bastante sencillo, pero era bonito. Predominaban las mesas de bar, esas altas en las que las personas permanecían paradas. Paula dirigió a Athenas hacia una mesa para dos; quería intimidad.

—¿Un americano? —le preguntó Athenas.

—Sí.

—Iré por él.

—¡No! —la detuvo, sosteniéndola por el antebrazo—. Yo… te invito.

Athenas le sonrió.

—Sé que era tu intención, pero, por favor, déjeme invitártelo yo —le pidió.

Paula le sostuvo la mirada. Sus ojos brillaban de ilusión y en su rostro advirtió un gesto de ruego. Al final, ella sonrió.

—Está bien —aceptó.

La sonrisa de Athenas no pudo ser más amplia.

—Ya regreso.

Paula la vio dirigirse al mostrador. Parecía una niña a la que le conceden su mayor deseo. Cuando se levantó, estuvo pensando en la situación de Athenas. Había tomado algunas decisiones al respecto, así que esperaba ser capaz de concederle la tranquilidad que se merecía. Pondría todo de sí para que así fuera.

34

—¡Huele delicioso aquí! —fue el saludo de Paula cuando llegó a la cocina. Dejó su bolso sobre la encimera.

Athenas se giró al escuchar su voz; su corazón inició el galope que ya se hacía costumbre cuando ella se acercaba.

Paula vestía de traje, de color azul claro, de falda sobre la rodilla. *Se ve especialmente hermosa esta tarde*, pensó Athenas. Sobre todo, cuando se recostó de la encimera, con los brazos cruzados y esa sonrisa de medio lado que le regalaba siempre que regresaba del trabajo. Ella le devolvió la sonrisa acompañada de un guiño y regresó su atención a la olla sobre la estufa.

Desde que salió de su oficina, Paula abrigaba la necesidad de llegar a su casa. Ese día en particular no pudo sacar de su mente el rostro de Athenas; su sonrisa, ni su olor. Sentía aún en los dedos la sensación de la humedad que le arrancó de su intimidad esa mañana. Sus ansias se hacían dolorosas e insoportables.

Ella sonrió sola en su camioneta a medida que se acercaba a su hogar, imaginando el cuerpo desnudo de su amante temblar entre sus brazos. Se mordió los labios recordando la forma de gemir de Athenas; y sí, desde que esta habitaba ahí, esa casa volvió a ser su hogar.

Meditó lo que tuvo antes, cuando Gil estaba en su vida; sí, al principio sintió esa misma ilusión de los primeros meses de matrimonio, cuando llegar a casa la hacía feliz. Sin embargo, esa ilusión fue mermando con el transcurrir de los años. Entonces, lo que antes atesoró, se convirtió solo en cuatro paredes donde descansar. Ahora, la ilusión había vuelto y el deseo a su piel también.

La cocina era amplia, pero el espacio entre la estufa y la encimera era algo estrecho; recostada como estaba, observó con detenimiento la espalda de Athenas, bajó la mirada hasta posarla en el firme y redondo trasero al que ya era adicta.

Su huésped vestía un *short* de color negro, con rayas blancas a los lados; una prenda que muchas veces usaba como pijama.

Llevaba también una camisilla de tiros sin sostén. Pura comodidad para lidiar en la cocina.

—¿Qué tenemos aquí? —se interesó, mirando por encima del hombro de Athenas, pegándose a su espalda. Apoyó las manos sobre el tope de la encimera.

La pelinegra cerró los ojos al sentir sus senos rozarla; toda su piel se erizó. La cercanía de su cuerpo removió por completo el deseo que la invadía desde que, tres días antes, se convirtieron en amantes. Ardientes amantes.

—Ayer mencionaste que deseabas comer caldo. Algo caldoso, ¿cierto? —ella asintió—. Bien, busqué una receta —anunció, antes de sentir los brazos que la rodearon por la cintura. Giró la cabeza para besar su mejilla—. Esto se llama sancocho. Es típico de Puerto Rico —explicó—. Contiene algunas viandas y carne de res —levantó el cucharón para dejarle ver el espeso caldo.

—Mmm… Huele delicioso. ¿Le falta mucho?

Athenas le colocó la tapa a la olla y se giró entre sus brazos. Se colgó de su cuello y la besó profundo. Fue un beso lleno de ansias y deseo. Lo que ambas sentían. El aire se calentó en segundo; llevadas por la necesidad de aire, separaron sus labios, aunque sin alejarse demasiado.

—Aún no está listo —respondió—. No me dijiste que venías temprano, así que… —hizo pucheros— mira cómo te recibí —se apartó para mostrar su escasa ropa.

Paula se mordió los labios y volvió a besarla.

—Me encantas con menos ropa que esto —declaró, pegada a su boca.

Athenas frunció los labios. Trazó su boca con el dedo índice.

—Pero si tienes tanta hambre, puedo adelantarte… algo —dijo en voz baja.

La sensualidad con la que ella le lamió la barbilla a Paula desató todo el deseo animal que la embargaba. Buscó su boca y se pegó a ella con un ardiente salvajismo.

El beso se convirtió en una lucha de lenguas y dientes. Cuatro manos no tenían claro el lugar donde parar. Las de Paula comenzaron el recorrido por sus caderas, hasta agarrar su trasero.

Athenas gimió en su boca cuando sintió las uñas clavársele en la piel, por debajo de la tela de *short*. Entonces, sin darse cuenta, se encontró de espalda contra la encimera y, segundos después, estaba sentada sobre ella. Y el mundo empezó a dar vueltas en un torbellino de pasión desenfrenada. Los besos se extendieron profundos por momentos, a veces, cortos porque el aire era necesario. Sus vientres ardían, al igual que sus pieles. Esas que eran tan suaves y tersas que resultaban imposibles de dejar de tocar.

Paula se acomodó entre sus piernas sin dejar de besarla. Athenas le arrancó la chaqueta cuando sintió una mano invadir su intimidad. Ella estaba lista, era así desde que la castaña se le pegó a la espalda. El placer fue tan intenso, que metió la cabeza en el cuello de su amante, intentando opacar sus descontrolados gemidos. La otra mujer la poseía con pasión, con fuerza y ella se sentía desmayar. Todo su ser se deshizo en los dedos de su amante, que al sentir la humedad derramarse, se duplicó en su ser, si era posible, el deseo contenido durante el día.

Fue un orgasmo rápido para Athenas, que ahora yacía casi inconsciente entre los brazos de Paula. No obstante, en medio de su debilidad, ella necesitaba darle lo mismo. Entonces, sentada donde estaba y con las pocas fuerzas que le quedaban, enredó las piernas en su cintura, ascendió una mano por su espalda hasta meter los dedos entre su cabello y tirar de él, dejando al descubierto un cuello largo y delicado, que era su debilidad.

La sensación de la lengua áspera ascendiendo desde la clavícula a la barbilla, mordiéndola con suavidad y luego desviándose hasta sus orejas, llevó a Paula a la estratosfera. Se le debilitaron las piernas cuando, con la mano libre, Athenas le levantó la falda, acomodó una pierna entre las suyas. Ella se sostuvo del tope de la encimera cuando la otra presionó la rodilla contra su sexo. Bastaron pocas fricciones para que también su intimidad se desbordara.

—Esto es una locura —jadeó Paula, abrazándola.

Athenas volvió a rodearla con las piernas, la apretó fuerte contra su pecho, sosteniéndola. Pero ese abrazo fue para las dos el inicio de un descubrimiento que les plació; y también las preocupó porque el deseo que antes la acometió se convirtió en ternura. En delicados

besos dejados en cabeza y hombros. Sus latidos ya no solo estaban alterados por la pasión. Cada una lo sintió y esa realidad las asustó.

Se separaron despacio; sus miradas se tropezaron, diciéndose mucho sin que ninguna de las dos tuviera que decir una palabra. Se sonriendo con las frentes unidas antes de que algo en la estufa llamara la atención de Athenas.

El vapor que salía de la olla levantaba la tapa, advirtiéndoles que había algo pendiente de atención. Pero Athenas no deseaba abandonar la placidez de ese abrazo. Con ternura, le acunó la cara a Paula y besó su nariz.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, mirándola a los ojos.

Athenas asintió y la ayudó a bajar. Antes de atender la cena, volvió a besarla.

***

La cena trascurrió sin sobresaltos, hablaron más que nada de la comida. Paula encontró en el plato una exquisitez que pidió repetir, pero el ambiente se tornó un tanto espeso. Lo que ambas sintieron tras el íntimo encuentro sobre la encimera no fue, de ningún modo, igual a los anteriores; cuando, después de culminar, las dos se quedaban hablando de cualquier cosa. Esta vez fue distinto para ellas y temían comentarlo.

Romper lo que tenían no estaba en los planes de ninguna; por ahora.

—Hay una película sáfica que quiero ver y ya está en streaming —anunció Paula—. ¿Qué te parece si la vemos hoy?

Athenas miró su reloj; torció la boca.

—Hoy debo ir al Café —anunció—. De hecho, ya tengo que ir a alistarme. No sé a qué hora regresaré.

Paula frunció el entrecejo. Desde que sabía que ella no tenía documentos de identidad, vivía en una constante preocupación. Y no solo porque Athenas pudiera terminar detenida por ilegal, sino también por ella misma; las leyes del país establecían castigos para quienes ocultaban o no denunciaban a personas ilegales. Estaba quebrantando las leyes y eso la inquietaba, y sabía que de igual modo a su amante, porque ambas se cuidaban.

—¿De noche? —cuestionó, la taza del café que bebía sobre la mesa.

—Sí. Llamé en la mañana. Christine me pidió que le ayudara con un evento especial —explicó, viendo que Paula apoyaba la barbilla tensa entre sus manos—. No te preocupes, ella enviará por mí.

—¿Enviará por ti? —levantó las cejas. De repente, el pecho se le contrajo—. ¿Cómo sabe Christine dónde vives?

—Tranquila —le pidió, posando una mano sobre su brazo—. Le dije que me recogiera cerca de aquí, en el cruce.

—No lo digo porque no quiera que sepa dónde vives, sino porque no debes confiar —dijo con firmeza. A Athenas le sorprendió el tono con que le habló; apartó la mano y se acomodó en la silla, adoptando una postura recta—. ¿Es necesario que vayas a ese lugar?

—Es lo único que tengo, Paula —respondió—, ya te lo he dicho. No puedo quedarme aquí, oculta todo el tiempo.

—¿Por qué no? —se expresó con un tono molesto.

—Porque no. Porque no soy yo. Porque quiero salir de la situación en la que me encuentro —explicó, moviendo las manos con nerviosismo.

La sola mención de su situación hizo que a Athenas se le humedecieran los ojos. Llevaba días queriendo hablar con Paula sobre los pasos a seguir ahora que conocía la realidad de su estatus legal, pero en cada asomo del tema, ella le cambió la dirección de la conversación.

Ver los ojos grises cristalinos hizo reaccionar a Paula, que se removió inquieta; ella suspiró hondo.

—Discúlpame —pidió—. Estoy preocupada, es todo —dijo antes de levantarse de la mesa y darle la espalda.

Athenas la vio rascarse la cabeza y estrujarse la barbilla. Paula estaba inquieta porque llevaba días intentando dar con una solución para ella, pero no lo conseguía. No tenerle respuesta la angustiaba, y más la hería imaginar que corría doble peligro en la calle; por su situación legal y por aquellos hombres que sabía la buscaban. Estaba aterrada.

—¿Te molestaría que sea yo quien te lleve? —le preguntó, girándose para mirarla tras recobrar un poco la compostura.

—No quiero molestarte, Paula.

—Estaré más tranquila si te llevo y te recojo.

Athenas la miró a los ojos durante unos instantes, luego asintió. Paula también lo hizo antes de girarse y desaparecer por la escalera.

35

Athenas acababa de graduarse cuando conoció a Ada; apenas tuvo tiempo de buscar trabajo. Independizarse fue algo que anheló cuando aún vivía con sus padres. Ahora, en su nueva situación, tenía la oportunidad de ganarse algunos dólares. Eran pocos, pero para ella era como un tesoro porque le daba algo de dignidad. Esa que la mujer que la engañó le arrancó de un tajo.

Por eso no quería perder la oportunidad que Christine le dio. Estaba segura de que nadie más le daría trabajo. Además, le gustaba sentirse útil. Esa noche en el Café se celebraba un cumpleaños; ella servía los entremeses y se encargaba de que en las mesas no faltara agua ni hielo. Luego de hacer una ronda de revisión, se quedó parada en la barra, vigilando que todo estuviera en orden, mientras Christine atendía las bebidas.

En ese lapso, recordó el breve encuentro sexual que tuvo con Paula unas horas antes. Ya hacía días que no regresaba a la habitación de huéspedes porque le gustaba dormir entre sus brazos. Suspiró profundo sin percatarse.

Pensar en Paula comenzaba a agitarle algo en su interior. En ese último encuentro sintió una inusitada ternura; una necesidad que la turbó. Las cosas con ella habían cambiado; ya no solo era la mujer que la ayudaba, que le dio refugio. Ahora era su amante.

Un papel que nunca buscó, y sabía que Paula tampoco. Todo fue una jugada del destino; una jugada hermosa. Athenas sonrió. Tenía que admitir que ella le gustaba; mucho. Más de lo que imaginó al principio, cuando empezó a desearla. Esa era la cuestión que le preocupaba. Su situación legal era delicada; rogaba porque no la descubrieran, pero era una posibilidad latente.

Si eso sucedía, era posible que jamás volviera a ver a Paula; si la deportaban, pasarían años antes de que pudiera entrar de nuevo a ese país. Pensar en no ver a su amiga, le quitaba el aliento. Saber eso, entenderlo, le demostraba lo profundo que ella estaba calando en su corazón.

—Athenas, ¿estás bien?

Christine la devolvió a la realidad. Se sobresaltó, pero de inmediato le sonrió.

—¡Sí! Es solo que pensaba en… otras cosas.

—Creo que ya en una hora todos se habrán ido —le anunció.

—Está bien.

La encargada le sonrió y se alejó. Athenas esperó que de verdad todo acabara en una hora; ya era la una de la madrugada. Sabía que Paula se había quedado inquieta por la hora que le tocó trabajar; además, insistió también en ir a buscarla, así que debía llamarla cuando acabara su trabajo. Pensar que la despertaría, le oprimía el pecho; aunque fuera para complacerla.

Bajó la cabeza. Se daba cuenta de que su protectora pasaba mucho tiempo en su mente. Eso no estaba bien; no sabía cuáles eran los sentimientos de Paula hacia ella, por eso debía actuar con cuidado para no terminar perdida entre emociones no correspondidas.

***

Después de dejar a Athenas en el Café, Paula regresó a su casa. Aprovechó el tiempo para poner al día algunos de los casos que atendía. Al terminar, cerca de las once, se le ocurrió indagar sobre los procesos que debían seguir las personas en situación de ilegalidad para quedarse en el país.

En su carrera, ayudó a algunas personas a obtener la residencia, pero el caso de Athenas era especial, así que era probable que las acciones a seguir fueran diferentes. Luego de navegar por sitios legales relacionados con los trámites para las residencias, llegó a la conclusión de que no era tan difícil. Comenzaría a indagar sin que la pelinegra lo supiera; no quería preocuparla, ni darle motivos para que se sintiera amenazada o en riesgo. Le había costado mucho ganarse su confianza para perderla por solo indagar.

Cuando se dio cuenta, iba a ser medianoche. Paula frunció los labios. Athenas todavía no la llamaba. Esperando que lo hiciera pronto, decidió servirse una copa y salió a la terraza; se llevó con ella el teléfono para asegurarse de no perder su llamada. La noche

estaba fresca y el silencio de la noche, apenas roto por la estridulación de los insectos.

El ácido del vino le provocó un escalofrío; la piel se le erizó y eso condujo su mente a los momentos compartidos en la intimidad con Athenas. A sus besos, a sus caricias, que también le erizaban la piel, pero de puro placer.

Paula soltó un largo suspiro. Su joven amiga estaba resultando ser un soplo de aire fresco que no esperaba para su vida. Por primera vez en mucho tiempo se sentía bien, renovada como mujer. Antes de conocerla, lo último que pensaba era en tener una aventura; lo que sucedió entre ellas surgió de forma natural, con el trascurrir de los días.

Bebió de su copa; disfrutó ahora del dulzor del vino. Por un largo rato se perdió en pensamientos en los que se veía con Athenas recorriendo New York. Le apetecía llevarla a conocer su ciudad. Sonrió al imaginar su gesto de sorpresa al ver la Estatua de la Libertad. De pronto, frunció el entrecejo. *¿La habrá visto ya?* Tenía que preguntarle.

A la una, ya Paula había bebido dos copas de vino. Estaba tan impaciente que agarró el teléfono, se levantó y entró a la casa; dejó la copa vacía en el fregadero y, decidida, se dirigió hacia la puerta. Agarró las llaves del auto que yacían sobre el mueble de la entrada y salió. Athenas no podría tardar más de una hora, así que la esperaría frente al Café.

Con toda la calma del mundo, subió a su camioneta, colocó el teléfono en el soporte de manos libres y luego encendió el motor. Se puso en marcha. New York era la ciudad que nunca duerme, así que, incluso a esa hora, había bastante tráfico. Le tomó casi media hora llegar al Café; entró al estacionamiento y se acomodó de tal manera, que podía ver de frente la entrada del sitio.

Había algunos autos en el lugar y adentro se observaba algo de movimiento; respiró aliviada, al menos aún estaba abierto. Temía que Athenas hubiese ignorado su petición de llamarla para buscarla. No le gustaba ni una pizca que estuviera trabajando hasta esas horas, pero decidió que no le diría nada. Encendió la radio para

distraerse. La suave música la relajó al punto de que empezó a sentir sueño.

Con el transcurrir del tiempo, uno a uno los autos que había en el estacionamiento fueron yéndose hasta que ya no quedó ninguno.

El reloj marcaba las dos y cincuenta minutos cuando su teléfono al fin sonó; era de un número desconocido, así que imaginó que era el del Café.

—Aló.

—*Hola* —saludó Athenas—. *Emmm… Perdón por la hora. Ya puedes venir a buscarme*.

—Sal, estoy aquí —le anunció.

La línea quedó en silencio unos segundos.

—*Ya voy* —dijo al fin la pelinegra.

—De acuerdo.

Unos instantes después, Paula la vio salir del Café-Bar. Athenas se apresuró a llegar a la camioneta; abrió la puerta y subió a ella.

—¿Hace cuánto estás aquí? —le preguntó.

Paula se encogió de hombros antes de mirar el reloj en el salpicadero.

—Casi una hora —respondió.

—Oh, Paula… —Athenas estiró la mano izquierda y le acarició la mejilla—, no debiste.

Ella le sonrió y ladeó la cabeza, buscando el calor de su mano.

—No te preocupes. Solo quería estar cerca para cuando salieras.

Los ojos grises se inundaron de una ternura infinita; o eso le pareció a Paula. En su pecho palpitó fuerte su corazón ante su emoción.

Athenas acortó la distancia entre ellas y le rozó los labios.

—Eres tan hermosa —susurró, antes de unir sus bocas, esta vez en un beso más profundo.

Un beso que le arrancó a Paula el aire de los pulmones. Sus lenguas juguetearon a enredarse antes de que sus labios se separaran. Athenas jadeó contra su boca y ella lo adoró. Era obvio que para ambas ese tipo de cercanías se tornaba intenso en segundos. Se deseaban, no había manera de ocultarlo, ni evitarlo.

—Vayamos a casa —dijo Paula.

Athenas sonrió antes de asentir; regresó a su lugar y se puso el cinturón de seguridad. Pronto ya estaban en marcha.

—¿Tomaste vino?

La otra mujer volteó a verla.

—¿Cómo lo sabes?

—Tu lengua sabe a vino.

Paula no era mujer de ruborizarse, pero, en ese momento, sintió un intenso calor subir desde su cuello hasta su rostro, así que volvió a mirar al frente.

—Lo siento —dijo en voz baja, apenada.

Athenas estiró la mano otra vez; esta vez sus dedos se acomodaron en su nuca, donde se quedaron, acariciándola.

—No lo sientas, me gustó —declaró.

Paula respiró profundo para contener el vuelco que sintió en el estómago ante sus palabras.

—En ese caso, creo que beberé vino más seguido.

La risa de Athenas llenó la camioneta y ella lo adoró.

36

Esa madrugada, extrañamente, Paula se despidió de Athenas frente a su habitación. Eran cerca de las tres de la madrugada. Ella debía trabajar al día siguiente y la verdad era que estaba agotada. Athenas también estuvo dormitando, pegada a la ventanilla del auto; sin embargo, eso no impidió que durante el trayecto a la casa permanecieran con los dedos entrelazados. Un hecho que amó porque le encantaba tener ese contacto físico con la pelinegra.

Paula entró a su habitación sintiendo los latidos de su corazón más acelerados de lo normal; sonrió, a pesar de ello. Pegada a la puerta, se rozó con los dedos los labios, sintiendo aún la humedad de los de Athenas. El beso de despedida fue profundo, cargado de ternura. La otra mujer solía entrelazar los dedos en su nuca para acercarla cuando la besaba. Eso se estaba convirtiendo en un hábito que deseó que jamás acabara. Sentirse deseada y poseída de ese modo era maravilloso.

Negando con la cabeza, Paula avanzó hacia la cama; se desvistió de camino a su baño. Después de lavarse los dientes, en pantis y todavía sonriendo, se metió a la cama. Agarró su almohada y la abrazó fuerte contra su pecho. Las últimas noches su almohada al dormir era cierta huésped de piel suave y blanca; y la imagen de unos ojos grises que adoraba. Ese fue su último pensamiento; eso, y una sonrisa de satisfacción en los labios, antes de que Morfeo la reclamara.

***

Para Athenas fue diferente; estaba muy cansada, era cierto, pero hubiese preferido dormir en los brazos de Paula. Notó que su cálida piel desprendía un olor que la tranquilizaba, que le daba seguridad.

El olor. Bufó al pensarlo. *¿A quién quieres engañar?*, se cuestionó, mirándose en el espejo del baño. Poco a poco, y con los pensamientos revoloteando en su mente, se desvistió; abrió el grifo de la ducha, ajustó la temperatura del agua y luego entró.

Minutos después, boca arriba en la cama, aún seguía analizando aquello que no la dejaba estar tranquila. Se había convertido en la amante de alguien; de Paula, su amiga, su protectora, pero sentía que quería más. No se conformaba con lo que compartían y eso la desmoralizaba. Se estrujó la cara, frustrada. ¿Estaría cometiendo otro error? No, no; negó con la cabeza. Paula no jugaba con ella; la protegía, se lo demostraba con creces. Cada encuentro era más ardiente que el anterior.

Paula la deseaba, concluyó.

—Te desea —murmuró, luego se cubrió los ojos, aunque la habitación permanecía en penumbras. Quería entender la razón de su inconformidad.

Te desea, se repitió en su mente. Pero ¿nada más? Ante ella se presentaba una realidad que no podía aceptar. Se estaba enamorando de Paula y eso, en lugar de ayudarla, sabía que la iba a desestabilizar.

No puedes estar enamorándote de cualquiera que te muestre empatía, Athenas, se reprendió. *Paula no es cualquiera*, analizó un segundo después.

Con ese pensamiento, rondando las cuatro de la madrugada, se durmió.

***

—No estoy entendiendo la película —declaró Athenas con voz aniñada.

Paula detuvo la película, se giró, mirándola con una sonrisa en los labios. Era jueves; después de cenar, fue Athenas quien le recordó que tenían pendiente ver la película que le mencionó el día anterior.

En ese momento, se hallaban sentadas en la enorme cama de la habitación de Paula, recostadas del respaldo. Había un bol con palomitas de maíz entre ellas. Tenían la atención puesta en Uranus 2324, una película de temática sáfica, de ciencia ficción, de producción tailandesa, que estaba siendo muy aclamada dentro de la comunidad LGBT; ello, por la creciente ola de visibilidad en los

medios asiáticos. Y sí, la película era algo confusa, pero con una enorme carga romántica que ella adoró cuando la vio.

—A ver, ¿qué no entiendes? —le preguntó con toda la paciencia del mundo—. No es que yo lo tenga muy claro —confesó—, aun así, tal vez pueda aclararte algo.

Athenas frunció los labios.

—¿Son varias vidas? ¿Es un sueño? ¿Cómo es que son varias épocas y en todas, una de ellas…? —fue incapaz de continuar porque en su mente había pura confusión. Sacudió la cabeza, intentando aclararse—. No quiero imaginarme pasar por algo así.

—¿Perder a alguien que amas?

Ella sintió sin mirarla.

—Tengo mucha angustia —alegó—. ¿Cuántas veces se han perdido? Y todavía falta para que culmine. Es muy triste.

Paula sonrió.

—No lo veo así —dijo, apretando su mano—. Es cierto que siempre queremos finales felices, pero esta película es un poco diferente. Aún no sé cuál es el final de Uranus. No sabemos si Lin y Kath al fin se reencontrarán, o si es un sueño como dices. El amor, cuando es amor verdadero, traspasa cualquier barrera en el tiempo. Ese es el mensaje de esta historia.

—El subtítulo es "siempre nos reencontraremos" —le recordó—. Paula, tienen que quedar juntas —arguyó, casi al borde de las lágrimas.

Ver a Athenas tan frágil por una película conmovió a Paula, que apartó el bol con las palomitas y se pegó a ella. La rodeó con los brazos y le besó la cabeza. La otra mujer se acomodó entre sus brazos; dejó escapar un sollozo que acabó con su estabilidad.

—No llores, pequeña —le pidió—. Es solo una película.

—Triste. Una película muy triste —señaló Athenas.

—¿Quieres que la detenga? Puedo terminarla en otro momento —ofreció.

—No, quiero terminar de verla —respondió, luego se separó y le dedicó una sonrisa—. Necesito saber qué se le ocurrió al guionista.

Paula le levantó la barbilla y le dio un beso, le pasó un brazo por los hombros y la pegó a su pecho. Extendió el otro brazo y pulsó el

botón *play* en el control.

La película continuó su curso. Los sollozos de Athenas acompañaron las escenas tristes mientras las dudas se fueron acumulando en su cabeza. Paula también las tenía; era una película compleja, pero no se enredaba, se aferró a la historia de las protagonistas más allá de analizar la parte de la ciencia ficción.

Cuando al fin terminaron de ver la película, ambas se quedaron calladas. Sobre todo Athenas, cuyos sentimientos por Paula afloraban con rapidez. Durante los últimos días el sexo era parte de sus vidas; ahora se hallaban en la cama, abrazadas, en silencio, después de disfrutar juntas de una hermosa historia de amor. Ninguna sentía en la piel el deseo que las acometía a cada minuto desde que se hicieron amantes. Había algo más en el ambiente que la historia de amor contada en la película, alimentó.

Paula salió de la aplicación de *streaming* y sintonizó un canal de noticias. Las voces provenientes del televisor disminuyeron un poco el silencio entre las dos.

—¿En qué piensas? ¿En Kath y Lin? —le preguntó Paula con un tono divertido.

Athenas negó con la cabeza, y se apartó para mirarla a los ojos.

—No —respondió—. ¿Crees que estamos destinados a estar con alguien, independientemente del tiempo, la época o las circunstancias?

Paula le pasó una mano por la cabeza, luego suspiró profundo y asintió.

—Lo creo, Athenas —afirmó—. Hay un dicho que reza, "lo que está para ti, nadie te lo quitará" —recitó con la mirada fija en los ojos grises.

—¿Piensas que encontrarnos era parte del destino?

Paula sintió que su corazón se detuvo por un segundo; de hecho, también sintió su sangre congelársele en las venas.

—¿Hay algo que quieras decirme? —le preguntó de vuelta.

El silencio las envolvió, pero, ni por un segundo, sus ojos se apartaron. Su conexión iba más allá de las sesiones de intimidad que compartía. Athenas sintió, en ese instante, y más que nunca, miedo. La historia de amor que vio en la película le dolió y ella no quería

experimentarlo. Se cuestionó si ese miedo que albergaba en su ser se debía al temor de perder a Paula.

La noche anterior la pasó casi en vela, tratando de entender lo que estaba sintiendo por la castaña; ver esa película acabó de confundirla. Si lo analizaba con frialdad, su situación legal no le auguraba nada positivo. No había un futuro a su lado. Se preguntó qué era ella para Paula. ¿Qué lugar ocupaba en su vida?

—Yo… siento que… —lo que sea que iba a decir, fue interrumpido por la voz del periodista en el televisor.

—Noticia de último minuto —se oyó en la habitación con claridad.

Las dos desviaron su atención a la pantalla del televisor cuando oyeron al reportero. Imágenes de, al menos, cinco personas esposadas se vieron desfilar en la pantalla.

Athenas palideció y el aire comenzó a faltarle en cuanto reconoció a una de las personas detenidas.

—Ada —murmuró con la voz temblorosa, levantándose de la cama para acercarse al televisor.

"Hoy, en un operativo del ICE, se desarticuló una organización dedicada al contrabando y trata humana en el estado de Texas. Hasta el momento, son cinco los detenidos, incluyendo a una fémina".

—Athenas —le habló al verla cubrirse la boca con un gesto de incredulidad.

Paula salió de la cama y se sentó junto a ella en el borde del colchón. Sus ojos iban de la pantalla del televisor al desencajado rostro de Athenas.

—Hay pruebas sólidas de que estas personas contactaban mujeres extranjeras con falsas promesas, luego los traían a Estados Unidos bajo engaño. Hemos estado monitoreándolos desde hace meses hasta que, gracias a algunas llamadas confidenciales, pudimos apresarlos. La organización, con sede en Texas, tiene vínculos en todo el país. No descartamos que haya más involucrados —explicó un oficial del ICE a la prensa mientras las imágenes mostraban cómo llevaban esposadas a las cinco personas

involucradas hacia autos oficiales. Todos tenían las manos atadas a la espalda, incluidos los supuestos tíos de Ada.

—Es ella —afirmó con seguridad, pero con el asombro marcado en el rostro. Entonces Paula posó una mano sobre el muslo, llamando su atención—. Es ella, Paula. Es Ada.

* Uranus 2324: Película de ciencia ficción, protagonizada por Freen Sarocha y Rebecca Armstrong.

*** ICE:** Immigration and Customs Enforcemente (Servicio de inmigración y Control de Aduanas)

37

Paula volteó a ver el televisor; en la pantalla, presentaban a una mujer con las manos esposadas a la espalda, conducida por un agente hacia una patrulla. Una cadena de policías impedía que las decenas de reporteros invadieran el cerco que protegía a los detenidos. Detrás de la apresada, conducían a algunos hombres, también esposados.

"Es Ada". Las palabras apenas empezaban a tomar sentido en la mente de Paula cuando devolvió su atención a Athenas, que tenía el rostro humedecido por las lágrimas que se desbordaban de sus ojos. El labio inferior le temblaba y su gesto era una mezcla de miedo y asombro, aunque seguía perdida en las imágenes del televisor.

—¿Qué?

Al fin Athenas volteó a mirarla.

—Es Ada —repitió con la voz cortada—. Fue ella quien me… engañó.

Paula la abrazó cuando se refugió en su pecho. Su ser fue golpeado por la incertidumbre, por el desconcierto y la rabia. La estrechó con fuerza para hacerle sentir que estaba a su lado, que con ella no corría peligro.

Volvió a mirar el televisor. Leyó en el cintillo la noticia. "Desmantelan mafia de trata de personas". La mujer que vio entrar en la patrulla era Ada, quien tanto daño le hizo a Athenas. En segundos, la rabia dejó atrás la incertidumbre y el desconcierto para reinar en sus venas. Deseó poder traspasar la pantalla y hacer justicia con sus propias manos

Paula cerró los ojos, procurando calmar su rabia; no era persona de dejarse llevar por ella, en especial, si sus pensamientos eran tan oscuros. Debía sosegarse porque tenía que pensar con claridad. Era una buena noticia que la malvada mujer hubiese sido detenida. Cuando comenzaba a especular sobre lo que ese hecho podría significar para la situación legal de Athenas, esta abandonó su refugio.

—Tengo miedo —sollozó.

A Paula la embargó una profunda aflicción al verla tan angustiada. Le acunó el rostro con ternura.

—¿Por qué? —le sonrió, procurando infundirle ánimo—. Estás segura aquí, lo sabes. Además, ya lo viste —le secó una mejilla con delicadeza—. Fue detenida. Está presa. No tiene modo de hacerte daño.

Los ojos grises de Athenas la escudriñaron, como si buscara en ellos una pizca de duda. Luego se volvió a abrazar a ella. Paula la envolvió en sus brazos una vez más. En ese instante, se daba cuenta del daño que le hizo aquella mujer.

Ada no solo expuso a Athenas al comercio sexual, también le extirpó la confianza y le sembró un profundo miedo que ahora tenía arraigado en el alma. Conmovida, Paula se echó hacia atrás, llevándola con ella hasta que terminaron tendidas en la cama.

Por un largo rato, Athenas sollozó en su pecho, mientras ella le acariciaba la cabeza. Supo que estaba dormida al percibir su respiración serena. Con cuidado, buscó el control remoto del televisor y lo apagó, luego fue el turno de la lámpara. Lo mejor era dejarla descansar en el mundo de Morfeo.

A Paula le costó conciliar el sueño, pero despertó cuando todavía el alba no despuntaba. Athenas se había movido hacia un lado de la cama; esperaba que no hubiese despertado durante la noche. Con sumo cuidado, bajó de la cama. Para no molestar su sueño, salió de la habitación con sigilo. Pasó por el baño del pasillo y luego se dirigió a la cocina. Recostada de la isla, con los brazos cruzados, esperó a que el café se hiciera.

Una idea le rondaba la cabeza. Cuando el café estuvo listo, se sirvió una taza y se fue al estudio. Encendió la computadora y buscó la noticia de la detención de Ada. Encontró decenas de entradas; fue revisando cada una. Se sorprendió al darse cuenta de que Athenas había caído en manos de una mafia más grande de la que imaginó; según la prensa, las víctimas de la organización, liderada por dos hombres, eran numerosas y se extendían por varios países de Latinoamérica.

En una de las noticias del periódico más importante del país, se mencionó al fiscal que se encargaría de llevar el caso. Paula lo

conocía de la universidad, aunque estudiaron carreras diferentes. En un par de ocasiones, cuando él todavía no era fiscal, la ayudó con unos casos. Tal vez, solo tal vez, podría obtener algún tipo de información adicional de él. Quizá averiguar sobre las víctimas de Ada.

Tendría que ir con cuidado porque Athenas estaba muy susceptible al respecto. Pero era posible que la detención de Ada pudiera resolver su situación. Una luz de esperanza se asomó, no obstante, de igual modo, algo dentro de sí se ensombreció. ¿Y si ella no quería quedarse en ese país? Pensarlo le provocó una profunda aflicción y, sobre todo, dolor.

Un dolor lacerante, agobiante. De pronto, no se imaginaba lejos de Athenas. Darse cuenta de su sentir, la aturdió. Era cierto, hacía días se relacionaba íntimamente con ella, pero hasta ese momento, era solo eso. Sin embargo, al imaginarla lejos, su corazón perdió ritmo. ¿Qué sucedía?

—Buenos días.

El saludo de Athenas sobresaltó a Paula que, al ver sus ojos hinchados y la nariz roja, sintió una punzada en el pecho.

—Buenos días —cerró el navegador con discreción al ver que ella se acercaba.

—Madrugaste.

Athenas se sentó en la silla que había del otro lado del escritorio.

—Sí. Tenía algo pendiente del trabajo —mintió.

—Pau, lamento haberme puesto así anoche —dijo Athenas, bajando la cabeza.

—Oye… —Paula se levantó y rodeó el escritorio, se inclinó frente a ella y le acunó una mejilla—, nada de eso. Lo que te sucedió fue algo grave, Athenas. En tu lugar, me volvería loca al ver a esa mujer —eso la hizo sonreír—. Lo que no debes es temer, ¿de acuerdo?

Athenas levantó la vista; se tropezó con la mirada tierna de Paula. Sintió un vuelco en el estómago que la hizo contener el aire unos segundos.

—Sí.

Paula le sonrió, conforme.

—También madrugaste —observó—. ¿Quieres café? Ya me hace falta otra taza.

Athenas rio.

—Adicta al café y al chocolate —se burló.

—Condéname. Vamos… —Paula se levantó y la tomó de la mano —, ya hice café.

—Noté la taza.

La castaña se sintió aliviada porque Athenas parecía estar tranquila. Sin embargo, estaba decidida a indagar todo sobre Ada, sus secuaces y víctimas.

En la cocina, Paula le sirvió el café y rellenó otra taza para ella. Como si la noche anterior no hubiese pasado nada, se entretuvieron conversando sobre la película que vieron. Athenas todavía tenía algunas dudas y ella estuvo feliz de aclarárselas.

—La próxima vez escoges tú la película —ofreció Paula.

A la mujer de ojos grises le resultaba adorable que ella pensara a futuro.

—De acuerdo —aceptó sonriendo, pero luego se puso seria—. ¿Viste alguna otra noticia?

Paula se tensó.

—No —respondió.

Athenas asintió.

—Yo… no sé si quiero saber más.

Ella estiró una mano y le cubrió la suya.

—Es comprensible, Athenas. Pero lo que sucedió, su detención, podría ser una oportunidad para…

—No —la interrumpió y rompió el contacto de sus manos—. No quiero saber nada —declaró.

—Está bien.

Athenas bajó la cabeza otra vez. Paula advirtió el temblor en sus manos cuando tomó la taza de café. En definitiva, ese era un tema difícil. El silencio las rodeó unos instantes.

—Estaba pensando en comprar algunas otras cosas —dijo Athenas.

Paula sintió.

—Solo dime cuándo quieres ir y haré el tiempo.

Ella sonrió.

—Gracias.

—No tienes que agradecerlo.

—Yo creo que sí, pero hablando de otra cosa. Se te hará tarde si no comienzas a alistarte ya.

Paula miró el reloj que había en la pared de la cocina.

—Es cierto.

—Te prepararé algo para desayunar.

—Quería hacerlo yo esta vez, pero se me pasó el tiempo.

—No importa. Me agrada cocinar para ti —declaró. Sus palabras sorprendieron a Paula; y, por su mirada, a ella también. Los ojos de ambas brillaron de emoción—. Quiero decir… me gusta saber que comes bien.

Paula sonrió con mesura.

—Gracias por hacerlo —quiso decirle que a ella le encantaba que le cocinara, luego le pareció demasiado.

—No tienes que agradecerlo —Athenas le devolvió sus palabras.

Ambas rieron.

—Bien, debo moverme o de verdad llegaré tarde —dijo Paula.

Ella le sonrió antes de verla desaparecer por las escaleras. Su corazón estaba acelerado y sentía un intenso cosquilleo en el estómago. Empezaba a caer en cuenta de que le gustaba… No, que le encantaba la risa de Paula. Y no solo eso, también sus ojos y esa manera que tenía de mover las manos cuando hablaba. Soltó un profundo suspiró. Había muchas emociones revoloteando en su interior y eso comenzaba a inquietarla.

38

Paula no dejaba de pensar en lo que leyó en las noticias sobre la detención de Ada y sus jefes. Sabía que el caso tendría mucha cobertura mediática porque la organización de trata de persona tenía alcance internacional; era lo que más se reseñaba en la prensa.

En definitiva, trataría de averiguar algo más con su amigo, pero decidió esperar a que bajara la marea; viendo el revuelo que causó el caso, sabía que el fiscal apenas tendría tiempo para respirar. Así que dejó pasar una semana; período en el que no dejó de ser un apoyo para Athenas. No tocaron el tema en esos días, aun así, advertía cierta inquietud en ella.

El lunes, luego de esperar el tiempo que se propuso, buscó el número de su amigo y lo llamó. Se encontraba ya en su oficina; puso como excusa tener muchos casos que atender para salir temprano de su casa. El corazón empezó a latirle fuerte mientras escuchaba el repique en el teléfono.

—*Esto tiene que ser una intervención del universo* —dijo Tony MacMillan, el fiscal de Boston.

Paula rio.

—Buenos días, Tony —lo saludó de la forma habitual—. No es una intervención.

—*Es un gusto escucharte, Paula. ¿Cómo estás?* —Tony sonó relajado y de verdad encantado con su llamada.

—Estoy bien. Ya sabes, a tope de trabajo. Al igual que lo debes estar tú estos días.

Tony bufó.

—*No tienes idea. ¿Has visto las noticias?*

—Por supuesto. Está en todas partes —respondió ella.

—*Es una locura. Creo que el público supone que lo difícil es hacer caer a estas mafias y no, lo más duro viene después de darles el golpe.*

—Me hago una idea.

—*Pero supongo que no me llamaste para hablar de las noticias, ¿cierto?*

Qué equivocados estás, Tony, pensó Paula.

—Emmm… En realidad, es precisamente por eso que te llamé —confesó.

—*Oh, vaya. ¿No me digas que tienen algún interés en el caso?*

—En cierto modo —reveló.

—*Te escucho.*

—Veámonos… —ella lo imaginó cruzado de brazos, esperando su explicación.

—*¿Ocurre algo, Paula?*

—¿Dónde estás?

—*En mi oficina, en Boston* —respondió él.

—¿Puedes recibirme? —le preguntó con voz contenida.

—*¿Recibirte? ¿Vendrás? ¿Qué ocurre Paula? Estás muy extraña.*

—Antes de hablar, necesito que me prometas que quedará entre nosotros —pidió.

—*Pau, sabes que puedes confiar en mí.*

Ella hizo una pausa para tomar aire. En segundos, en su mente buscó las palabras apropiadas para solicitarle a su amigo lo que quería. Estaba convencida de que esa era la única manera de ayudar a Athenas.

—Tony, me imagino que han recogido muchas evidencias en la operación que llevaron a cabo.

En la línea hubo silencio durante unos segundos.

—*Sí, mucha* —confirmó—. *Encontramos papeles con información financiera de la organización. También dimos con una lista de mujeres que no se hallaban en el lugar de la incursión* —explicó. Un equipo de inteligencia recopiló los datos obtenidos de esas listas para dar con ellas, aunque temían que hubiesen sido vendidas a personas de otros países o que pudiesen estar muertas. Pero ese dato él no la reveló.

Paula sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Aunque no tenía demasiada información, solo la provista por los noticiarios, sí imaginaba el extenso alcance de esa mafia. Agradeció en silencio que Athenas hubiese podido escapar.

—¿Y…? ¿Y documentos de identidad…? ¿Consiguieron algo?

—*Paula, ¿qué sucede? Esto es extraño en ti.*

—¿Los hay? —insistió.

—*Sí, los hay* —reveló al escucharla tan angustiada.

—¿Y…? ¿Y esos documentos de identidad… existe una manera de… conocer los nombres? —preguntó con tacto. Era posible que entre las evidencias recolectadas por la policía estuvieran los documentos de Athenas. El silencio en la línea la desesperó. Ella tragó saliva—. Tony, conozco a alguien que fue víctima de esa… gente.

—*¡¿Qué?!* —exclamó el fiscal, levantándose de la silla.

—No puedo decirte su nombre, pero necesito saber si sus documentos de identidad están entre los recolectados por la policía.

—*¿Cómo sabes que es una víctima de esa organización?*

—¿Puedo ir a verte?

***

Una hora después, Paula Rivero llegó al aeropuerto Internacional John F. Kennedy de New York, para tomar un vuelo de poco más de una hora para encontrarse con su amigo Tony, en Boston.

El fiscal la recibió con los brazos abiertos en cuanto la vio salir al estacionamiento del aeropuerto, Boston Logan. Cuando Paula salió de su casa en la mañana no se imaginó que, unas horas más tarde, tomaría un avión con la intensión de recopilar la mayor cantidad de información posible que ayudara a Athenas a solucionar su situación.

Durante el trayecto recordó la preocupación de Athenas cuando la llamó a la casa para decirle sobre el viaje relámpago por cuestiones de trabajo; ella creyó que no regresaría ese día, así que tuvo que convencerla de que se verían esa misma noche, porque comenzó a quejarse de lo sola que se quedaría. Paula sabía que era actuación, aun así, la invadió la ternura. Tuvo el deseo inmenso de ir a abrazarla antes de dirigirse al aeropuerto.

—Esto es una locura, Paula. Pero al menos vuelvo a verte —expresó Tony, abrazándola.

—Gracias por recibirme. Esto es muy importante para mí.

—Vayamos a almorzar. Sé de un lugar bastante reservado donde podemos hablar sin temor a que nadie más no escuche. La prensa está por todas partes.

Media hora después, ya se hallaban en el restaurante.

—Ella identificó a Ada cuando la vio en las noticias —reveló.

Durante unos instantes, hubo silencio en la mesa. Paula conocía bien a Tony, así que lo vio poniendo en marcha los engranajes de su mente. Él era inteligente.

—Paula, me estás hablando de una testigo.

—No quiero que se involucre, Tony. Está demasiado asustada. Ellos le hicieron mucho daño. No confía en nadie.

—Pau, es una testigo —repitió.

—Según leí, tienen suficientes pruebas y testigos para que todos ellos pasen muchos años en la cárcel, ¿no?

—Es cierto, pero hasta ahora solo podemos comprobar dos secuestros. Esos bastardos se merecen más años en la cárcel. Con una tercera testigo, lograremos perpetua —afirmó.

Paula estaba por completo negada a que Athenas se involucrara en el juicio de los integrantes de la organización de la que fue víctima, y mucho menos, que tuviera que enfrentarlos en un juzgado.

—Tony, solo necesito ver la lista de los documentos de identidad que encontraron. Es posible que su nombre no esté allí.

—Paula, no puedo hacer eso.

—Sí puedes. Sabes que no haré nada con esa lista. Solo comprobaré un nombre.

—Me pides mucho sin darme nada.

—¿Cuándo nos hemos negado algo?

—Nunca.

—¿Vamos a empezar ahora?

Tony rio.

—Tienes algo de abogado.

—Ni de lejos.

Otra vez hubo silencio en la mesa por unos segundos.

—Puedo darme cuenta de que tu interés por esa lista es porque la persona que conoces está indocumentada.

A Tony no se le pasaba nada.

—Lo sabes —dijo, acercándose por encima de la mesa.

—Ese es un problema.

—Lo es —reconoció.

—Ayudémonos, Pau —ofreció.

Ella se echó hacia atrás en la silla y se apretó entre los ojos con los dedos de su mano libre.

—¿Cómo nos ayudaríamos? —preguntó, solo por curiosidad.

—Te mostraré esa lista si al menos, y digo al menos —recalcó—, consigues una declaración escrita de ella.

—Tony…

—Si se comprueba que es una víctima de esos malditos, te prometo que recibirá un trato especial. Su declaración será bajo testimonio. No tendrá que hablar frente al jurado, solo ante el juez.

—Tony…

—Paula, fuiste tú quien me llamó, estás aquí porque necesitas información. Esto es algo importante para mi caso. Sabes que haré lo que sea por lograr una mayor condena para esa gente.

Sí, ella lo sabía. Él solía ir siempre por todo.

—Lo pensaré —ofreció porque tenía miedo de la reacción de Athenas—. Y… tendría que convencerla.

—Conseguiré un buen trato para ella, Pau —ofreció con absoluta seguridad—. Si fue secuestrada, puedo lograr que le den una compensación por reparación como víctima. Esta es información confidencial, pero se confiscó cerca de un millón de dólares. Puedo hacer que ella reciba un porcentaje de ese dinero.

Lo que Tony le proponía era algo importante. Existía la remota posibilidad de que Athenas recuperara sus documentos, que recibiera dinero por ser una víctima y hasta podría quedarse en el país, viviendo una vida tranquila, sin sobresaltos. Y a su lado.

¿A su lado? El corazón le dio un vuelco al pensarlo. Se asustó, pero también albergó en su pecho una emoción que hacía mucho no sentía. Felicidad. Athenas había traído a su vida no solo un rayo de sol, sino todo su esplendor. Sí, sería feliz si ella se quedaba en New York.

Paula tomó aire.

—Déjame ver esa lista —pidió.

El silencio que siguió a sus palabras se convirtió en un espeso suspenso durante varios segundos.

—Está bien —aceptó el fiscal—. Pero…

—Un paso a la vez —lo interrumpió. Sabía que sería difícil convencer a Athenas, aun así, valía la pena intentarlo.

Unos instantes después, Tony levantó el maletín que descansaba sobre la silla de al lado. Paula lo vio abrirlo y sacar un sobre amarillo que le tendió.

A ella le temblaban las manos, él lo notó, cuando agarró el sobre. Había mucho en juego, en especial, la tranquilidad y permanecía de Athenas en el país. Soltó el aire que no sabía que contenía; hasta se sintió mareada.

Paula se recostó por completo de la silla; con manos temblorosas y el corazón latiéndole a mil, abrió el sobre. Sacó un documento legal; a simple vista, calculó que debía haber, al menos, sesenta nombres en la lista.

Comenzó a leer. Sus ojos volaban por las cortas líneas hasta que llegó al nombre que buscaba. Ahí estaba escrito con letras en mayúsculas. Athenas Laurido. Los documentos que Ada le quitó ahora se hallaban en manos de la fiscalía de New York.

Paula no sabía si eso era bueno o malo, pero sí que haría todo lo que estuviese en sus manos para recuperarlos.

39

—Oh, vaya ya estás aquí —dijo Athenas al ver entrar a Paula a su casa, yendo a su encuentro.

La recién llegada la recibió con los brazos abiertos; la estrechó fuerte, perdiéndose en el aroma de sus cabellos y su calor. El viaje fue corto, pero la extrañeza que sintió fue enorme. Que Athenas la abrazara con tanta fuerza, despertó en ella una intensa emoción. Se encontró sorprendida por el férreo deseo de permanecer así por el resto de sus vidas. ¿Qué significaba eso?

En cuanto el abrazo aflojó, Paula se separó lo suficiente para mirarla a los ojos. Se sonrieron antes de que Athenas buscara sus labios; los rozó durante unos instantes, como tanteando sus ganas de un beso, que no tardó un segundo más en hacerse realidad.

Los labios se amoldaron a la perfección antes de que empezaran a friccionarse y de que la lengua entrara en acción. Paula la recibió, cálida, en su boca, apresándola con la suya, succionándola hasta que hizo gemir a Athenas, tal como le gustaba hacerlo.

Sus cuerpos se estrecharon mientras las respiraciones se agitaron; era así en cada encuentro, por simple que fuera. Cada vez que se besaban, terminaban jadeando en la boca de la otra. La falta de aire las hizo acabar el urgente beso.

—Puedo notar cuánto me extrañaste —susurró Paula con la voz ronca.

Athenas rio y escondió la cara en su cuello mientras la abrazaba. Sí, la extrañó un mundo y no dudaría en hacérselo saber.

—¿Estás bien?

Paula asintió, luego la besó en la sien. Ella la alcanzó en mitad de la sala, y ahí permanecían.

—Sí. Fue un viaje corto —dijo—. ¿Qué tal si nos sentamos? —le propuso.

Athenas se soltó de ella y se acercó al sofá, llevándola de la mano hasta que terminaron sentadas, una muy cerca de la otra.

—Ya no tendrás que volver a viajar, ¿cierto?

Ella sonrió.

—No en mucho tiempo.

—Perfecto —la mujer de ojos grises se acercó y le dio un beso rápido en los labios.

De pronto, Paula se puso seria y ella lo advirtió al instante. Además, detectó cierta incertidumbre reflejada en su rostro. Para colmo, la vio tragar antes de hablar.

—Athenas, tengo que decirte algo —anunció, tomándole una mano que metió entre la suyas.

Bajó la vista a sus manos unidas. Era la primera vez, desde que conocía a Paula, que advertía en ella tanta preocupación mezclada con incertidumbre. En su pecho se instaló un presentimiento.

—¿Qué? —preguntó con un hilo de voz.

Paula se humedeció los labios; sus ojos se mantuvieron fijos en los grises.

—Se trata de lo que te sucedió. De la noticia que vimos hace días —ella notó la tensión de Athenas no solo en su lenguaje corporal, también en la mano que resguardaba entre las suyas.

—Te dije que no quería saber.

—Lo sé.

Sin escuchar una palabra más, Athenas se levantó del sofá, se alejó y le dio la espalda.

—Entonces no entiendo…

—Por favor, escúchame —le pidió, interrumpiéndola.

El silencio que siguió fue tan extenso, que Paula lo tomó como una señal para hablar. También se levantó del sofá, pero respetó la distancia que ella impuso al alejarse.

—Yo… sí tuve curiosidad, Athenas —declaró. Habló con un tono suave, calmado—. Leí las noticias, por eso me enteré de que un viejo amigo es el fiscal encargado del caso y… lo llamé.

Athenas bajó la cabeza y negó; se alejó un paso más.

—¿Por eso viajaste? —le preguntó.

Paula tragó saliva; a veces se olvidaba de lo inteligente que ella era.

—Sí —respondió. No le mentiría de ninguna manera; jamás.

—Qué locura —susurró, negando otra vez con la cabeza.

—Athenas, hablé con mi amigo. Tus documentos fueron recuperados —le informó con cierto matiz de optimismo en la voz—.

Tenemos una oportunidad de solucionar tu situación.

Athenas por fin se dio la vuelta.

—Le hablaste de mí —dedujo.

Paula respiró profundo.

—Tuve que hacerlo —confirmó—. Por favor, escúchame —le pidió otra vez, uniendo sus manos como si fuera una súplica—. Mi amigo puede devolverte los documentos, gestionar tu asilo y hasta darte una indemnización como víctima. ¿Lo imaginas, Athenas? Podrás quedarte en el país sin problemas, sin volver a temer.

Todo eso sorprendió a la mujer de ojos grises; sin embargo, el miedo que llevaba arraigado en el alma, hundió las garras en su piel, cegándola.

—¿Y todo eso a cambio de qué?

Paula bajó los brazos.

—A cambio de tu declaración —respondió, mirándola a los ojos.

El gesto de Athenas se tornó duro.

—No —sentenció sin dudarlo—. Jamás quiero volver a ver a esa gente.

—No tendrás que hacerlo, te lo aseguro. Athenas, por favor, piénsalo.

Ella volvió a bajar la cabeza. Estaba desconcertada, sorprendida y enojada. Hasta hacía unos minutos, sentía que su vida comenzaba a tener cierto equilibrio, pero ahora… Ahora Paula había desatado una tormenta en su cabeza. No podía pensar; precisaba aire. En su pecho se intensificó la necesidad de alejarse, de escapar de ahí. ¿Cómo era posible que ella la hubiese traicionado de esa manera al exponerla a un fiscal? Pensó que en cualquier momento la policía entraría a la casa para arrestarla.

—Necesito aire —dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

Paula tuvo el impulso de detenerla, pero al final se contuvo, pues entendía que lo que acababa de plantearle no era algo fácil de asimilar. En especial para ella, que había pasado por tantas cosas difíciles en su corta vida.

—¡Piensa en que te harán justicia! —alcanzó a decirle antes de que la puerta se cerrara.

***

Athenas salió de la casa sin dirección alguna, solo se dejó guiar por sus pasos. En su interior ya no era una tormenta lo que había, sino un huracán. Avanzó por la calzada a paso rápido, con las manos metidas dentro de los bolsillos del jean que vestía; ni siquiera se detuvo a pensar en su indumentaria cuando salió de la casa. Agradeció no haberse cambiado luego de regresar de su turno diurno en el Café.

Su corazón latía fuerte mientras en su mente se repetían como ecos algunas de las palabras de Paula; Documentos. Fiscal. Asilo. Indemnización. Declaración. Todo eso le daba miedo. Como le dijo a ella, no quería volver a ver a la gente que le expuso al comercio sexual. Ya había sido demasiado impactante ver a Ada en la televisión.

"¡Piensa en que te harían justicia!" Ella sacudió la cabeza para alejar la voz de Paula. Por un largo rato recorrió calzadas y cruzó calles; solo cuando sintió que sus piernas se resintieron, fue que se sentó en un banco, en un pequeño parque. Ni siquiera tomar aire, tal como había dicho, la ayudaba a pensar con mayor claridad.

Sin embargo, entre tanto aturdimiento, tenía algo claro. Que Paula siempre la cuidó, por lo que estaba segura de que jamás la pondría en peligro, ni siquiera en riesgo de ser detenida por la policía por su situación legal.

Frustrada, apoyó los codos en las piernas y acabó con la cara escondida entre sus manos. Se concentró en calmar su respiración para serenarse. Lo logró luego de varios minutos. La mirada suplicante de Paula, sus palabras suaves, seguían en su mente. Ordenó todo lo que le dijo hasta tener una perspectiva de lo que ello implicaba.

Recuperar sus documentos.

Poder quedarse en el país.

Recibir una indemnización.

Pensar en que podría permanecer en Estados Unidos la llenó de emoción. Eso significaba estar cerca de Paula y eso era suficiente para que ella quisiera hacer todo lo que estuviera en sus manos. Su corazón se agitó en su pecho.

—Dios mío, cómo te pones —dijo en voz baja, como si hablara en confidencia con alguien—. Cálmate, chico.

No le gustaba que su corazón se exaltara al pensar en Paula. Debía conducirse con cuidado; estaban sucediendo muchas cosas entre las dos, sus encuentros, dormir juntas, compartir tanto tiempo, besarse como si no existieran nada más que ellas en el universo. Lo peor era darse cuenta de que todo eso empezaba a encantarle. Quería permanecer al lado de Paula todo lo que le fuera posible y ella también parecía desearlo.

Athenas se recostó del banco, soltando mucho aire contenido. ¿Y si era cierto? ¿Y si Paula deseaba estar con ella? Tal anhelo no podría realizarse si la descubrían, si la policía la detenía por ilegal. Entonces, al pensarlo, entendió que el panorama que ella le dibujó, no parecía tan grotesco, no le asustaba.

Al contrario, al pensar en que le harían justicia, tal como le indicó Paula, su miedo se esfumaba.

—Justicia —dijo.

Su vida fue transformada, y no para mejor, precisamente. Era justo que alguien pagara por eso. Los rostros de Ada y de sus supuestos tíos llenaron su mente. Sí, había que hablar de justicia.

40

Athenas regresó a la casa tras más de una hora deambulando por los alrededores de la zona. Ya el sol había caído; con las manos dentro de los bolsillos, caminaba cabizbaja. Su mente era un torbellino de imágenes, suposiciones e ideas que la aturdían. Pero la ilusión que se reflejaba en el rostro de Paula, su esfuerzo por ayudarla y las palabras que le dirigió, mermaron un poco su zozobra.

Parada en la acera, frente al portal de la casa, notó que adentro todavía estaba a oscuras. Extrañada, dirigió la vista hacia la segunda planta; no avistó movimiento alguno, ni una luz encendida. Sin embargo, la camioneta de Paula continuaba aparcada en la entrada.

Ella rodeó la camioneta; notó que la abolladura en la parte frontal aún no había sido reparada. Recordó que, al tener Paula solo un auto, al mandarlo a reparar, tendría que quedarse sin transporte por varios días. Así que decidió que lo dejaría en el taller en cuanto tuviera algunos días disponibles, le explicó en una ocasión.

A su memoria llegaron imágenes de aquella noche, Paula arriesgó mucho por salvarla; por protegerla, arremetiendo su camioneta en contra de los hombres que trataron de secuestrarla. Con la piel erizada ante el recuerdo, rozó con los dedos el metal ya corroído y sin pintura, luego miró de vuelta hacia la casa. Si Paula no hubiese llegado a tiempo aquella noche, ahora ella no estaría ahí. Posiblemente, sería carne para demasiados hombres hambrientos de sexo y perversión. De pensarlo, se le oprimió el pecho.

Paula la quería bien; era lo que hacía, agotar sus esfuerzos para ayudarla. Tomar un vuelo ida y vuelta el mismo día, aunque fue corto, no era algo que alguien hubiese hecho antes por ella. Después de considerarlo mucho, asintió; acababa de tomar una decisión. Con determinación subió los escalones y abrió la puerta de la casa.

Entonces la vio. Paula se hallaba sentada en la sala, donde mismo hablaron antes de que ella se fuera; con la claridad de una lámpara del exterior colándose por las ventanas.

Paula, al verla llegar al fin, se sintió aliviada. Soltó un largo suspiro, levantó la cabeza y cerró los ojos al verla de pie en medio

de la sala. Desde que Athenas salió de la casa se preguntaba si había actuado bien; temía haber cometido un error con ella.

Athenas notó de inmediato su perturbación.

—Perdóname —fue Paula la primera en hablar—. Yo solo quería…

—Ayudarme —la cortó ella, sentándose a su lado y tomándole las manos.

Paula se soltó del agarre para acunar su rostro. La contempló en silencio; clavó la mirada en sus labios. En esos ojos grises que no sabían de maldad; con infinito cariño acarició su cabello negro. Negando con la cabeza, admitió para sí que estaba por completo enamorada de Athenas. El solo hecho de pensar en la posibilidad de perderla, le dolía como el demonio. Así que verla salir enojada de la casa, la trastornó hasta el punto de dejarla paralizada.

Se mantuvo quieta, incapaz de reaccionar durante el tiempo que Athenas estuvo afuera. Ahora se encontraba ahí, y supo que su mundo estaría siempre completo si ella permanecía a su lado.

—Escúchame, Athenas, yo… tal vez cometí un error… —susurró, mirándola a los ojos.

—Shhh… No digas nada —le pidió, cubriéndole los labios con los dedos.

Pero Paula movió la cabeza, negando con ímpetu. La realidad estaba ante sus ojos y ella iba a expresarla; no importaba en ese momento lo que sintiera.

—Actué con egoísmo —declaró Paula con evidente desesperación. Athenas frunció el entrecejo. El frío en su cuerpo le erizó la piel. Vio ansiedad en los ojos marrones y eso la inquietó—. Yo quiero que te quedes conmigo —reveló.

Athenas se estremeció ante esa confesión. La voz, la expresión de Paula, las lágrimas que rodaron por sus mejillas, la paralizó. Sus ojos iban de un lado a otro, buscando en ella algún gesto que le asegurara que lo que acababa de escuchar era verdad. Que no soñaba.

—Este no es el mejor momento para confesarte esto —continuó Paula—, pero analicé demasiado mis actos. Y sí, quiero justicia para ti. Quiero que esos malditos paguen por lo que han hecho. Sin

embargo, también necesito que te quedes a mi lado. Si tú lo quieres igual —dijo con un matiz de incertidumbre en la voz.

Athenas sentía que su corazón palpitaba de prisa. Paula le acababa de pedir lo que ella más anhelaba en ese momento de su vida. Ante sus ojos se materializó la realidad; una verdad que estuvo dando vueltas en su cabeza durante esas semanas, mientras intimaban, ya fuera conversando, abrazadas, viendo una película o en la cama. Una realidad en la que evitó pensar por temor a no ilusionarse.

Athenas deseaba permanecer en Estados Unidos; quedarse con Paula. Ella también se enamoró. Con manos temblorosas, cubrió las que le acunaban el rostro.

—Paula… —logró balbucear—, ¿me dices eso para convencerme? —le preguntó, todavía con la incertidumbre haciendo de las suyas en ella.

Paula negó con la cabeza, luego acercó los labios a su frente y dejó un delicado beso. Con lentitud, se separó de ella; clavó la mirada en sus ojos grises, que brillaban con intensidad, siendo una intensa luz en medio de la oscuridad que reinaba en la sala.

—Ya no me conformo con que tengamos sexo desenfrenado —habló con la voz contenida—. Quiero hacerte el amor con ternura y pasión —declaró—. Anhelo que amanezcas a mi lado cada mañana. Que salgamos sin miedo a que alguien te reconozca o el ICE te atrape. Fui egoísta al intentar conseguir esos papeles sin consultarte. Lo pensé mucho antes de hacerlo, pero mi miedo a perderte fue más fuerte. Te quiero, Athenas. Me enamoré de ti. Por favor, quédate conmigo.

Athenas recibió sus palabras con el pecho ensanchado; con la emoción de saberse amada de verdad y la seguridad de que, esta vez, no había una trampa o un plan escondido.

Cuando pudo salir de su letargo, en silencio, sin añadir ni una palabra, acarició el suave cabello de Paula y la tomó de la mano, instándola a levantarse. Sin aviso, Athenas se dirigió escaleras arriba, llevándola tras ella, pero no se encaminó a su habitación. Con la mano libre, abrió la puerta del fondo del pasillo, entró en la habitación y encendió la lámpara que había sobre la mesa de noche.

Con el corazón latiéndole a mil, Athenas hizo que ella se sentara en el borde del colchón; con lentitud se agachó y le quitó los zapatos. Una vez apartados, le acarició las piernas y besó sus rodillas; una primera, luego la otra, ascendiendo hasta cubrirle los muslos con besos y caricias.

Athenas sintió en las palmas de sus manos el estremecimiento de Paula. Una vez que alcanzó su cintura, le bajó el cierre del pantalón; sin dejar de mirarla, lo apartó, llevándose con él también el panti. Paula respiraba agitada; la excitación atenazaba su cuerpo, haciéndola temblar.

Athenas se irguió y le quitó la chaqueta, luego le sacó la blusa mientras Paula la ayudaba levantando los brazos. Ella también se quitó la suya y comenzó a bajarse el jean que vestía junto con la ropa interior. La otra mujer tragó saliva; en silencio observaba cada lento movimiento hasta que quedó desnuda ante sus ojos.

El colchón se hundió cuando Athenas clavó la rodilla en él, entre las piernas de Paula; con la mano derecha, la empujó con delicadeza, se apoyó de un brazo, le apartó el cabello y le levantó la barbilla. Cuando sus labios se unieron, se oyó un sollozo, pero ninguna supo de quién escapó.

El beso fue igual de apasionado a los que estaban acostumbradas, aunque la lentitud de sus labios al moverse contra los otros, cambió por completo el sentido.

Paula rodeó su cuerpo con los brazos, intensificando la unión de sus bocas, que ya conocían cada movimiento y resquicio. Athenas se separó y la miró con una sonrisa dibujada en los labios; con la mano disponible, deslizó un dedo por su cuello, pasando por el centro de su pecho hasta alcanzar el ombligo y luego ascendió de vuelta.

Las miradas volvieron a conectarse. Athenas no dejó de acariciarle la barbilla, los labios, la sien, mientras que, a medida que recorría cada tramo de su cuerpo, sus hermosos ojos seguían el trayecto de su dedo.

—Declararé—Athenas le habló al oído y ella abrió los ojos muy grandes; llevó una mano al rostro de la mujer que amaba, quien la miraba con devoción— lo haré porque que quiero quedarme, Paula.

Porque anhelo estar a tu lado. Porque hace rato, mucho rato, que ya te amo.

41

El corazón de Paula dio un salto mortal en su pecho. Y luego otro, y otro, hasta que vio a Athenas sonreír; estaba encima de ella, cubriéndola por completo y su calor ya le resultaba excitante.

Athenas acortó la escasa distancia entre sus rostros, con una lentitud endemoniadamente sexy, le lamió los labios antes de dibujarlos, dejando un delicioso rastro húmedo en ellos. Los ojos grises estaban clavados en los suyos tras su declaración de amor, a pesar de la escasa distancia.

Escuchar a Athenas decirle que quería estar a su lado fue alucinante, pero que declarara que la amaba, lanzó a Paula al universo; y por allá andaba flotando, aunque se encontraban en su cama.

Cuando por fin fue capaz de moverse, levantó las manos para acunar el rostro de Athenas, ese en el que ya no podía dejar de pensar, el que creía perfecto y hermoso. Con una delicadeza infinita, pasó el pulgar por debajo de su labio inferior, acariciando la ligera curva antes de moverlo hacia la barbilla.

Athenas contuvo la respiración al ver los ojos marrones desviarse a sus labios. Su sonrisa se amplió cuando, unos segundos después, sus miradas volvieron a toparse.

—Te amo —susurró Paula.

Una explosión cósmica era un átomo en comparación con la emoción que las embargó. Athenas no fue capaz de hacer otra cosa que besarla, desatando una nueva explosión en sus universos. En sus corazones.

Paula gimió; sus manos se deslizaron desde el rostro de Athenas hacia su nuca, donde se enredaron para ceñirla, procurando profundizar el beso, como si quisiera fundirla en sus labios, consumirla, devorarla.

Los jadeos, los gemidos, el chasquido que producían sus labios, eran las notas que acompañaban el concierto de sus caricias. Las manos de Paula se movían libres por la espalda de Athenas, por su piel húmeda y caliente; sus uñas entraban también en el juego,

arañándola, provocando en ella descargas de placer que incendiaba su ser entero.

Paula adoraba la pasión que se desataba en cada uno de sus encuentros, pero lo que le dijo era verdad. Quería amarla con esa misma pasión salpicada con la ternura que le inspiraba. Ella la rodeó con firmeza por la cintura, luego, apoyando los pies en el colchón, empujó hasta que cambiaron de posición. En ningún momento sus labios se separaron, solo cuando Athenas requirió aire y echó la cabeza hacia atrás.

Paula se deslizó por su garganta, besando y lamiendo, haciéndola estremecer. Su lengua dibujó con precisión el contorno de su cuello, mordiéndola con suavidad en los lugares donde ya sabía que era mayor su sensibilidad. Debajo de ella, Athenas se retorció por la necesidad que acometía su intimidad.

Las respiraciones de ambas eran profundas, lánguidas; llenaban el aire de calor, haciendo más intenso la necesidad de sus cuerpos, que se friccionaban en una danza perfecta de caricias y besos que desbordaba la humedad de sus vientres.

Paula tenía un único deseo. Desde la primera vez, cuando se amaban, adoptaron varias posiciones, pero hubo una que se le quedó anclada al alma. Y ahora que el amor había sido declarado, no ansiaba más que repetirla.

Ella abandonó el largo cuello de Athenas para descender a su pecho. Hundió la cara entre sus senos mientras los envolvía con delicadeza con las manos; hizo un camino de besos hacia el lado derecho hasta que sus labios atraparon el pequeño botón fruncido que coronaba la areola.

Athenas arqueó la espalda y hundió los dedos entre los cabellos castaños. Paula se movía con una lentitud que desconocía; sus besos y caricias solían ser rápidos, desesperados, pero ahora su boca succionaba su pezón de una manera jodidamente excitante. Sintió su sexo humedecerse una vez. Deseaba con desesperación que ella la tocara, que le diera al menos un poco de alivio.

—Paula, sigue —pidió en medio de un jadeo cuando los dientes torturaron su pezón.

En respuesta, las manos de Paula bajaron a sus caderas para ayudarse a ceñirse a ella; otro gemido se unió a la sinfonía que acompasaba el lento encuentro.

El calor hacía más difícil respirar, ralentizando cada movimiento. O eso le pareció a Athenas, cuando sintió que Paula por fin volvió a moverse para situarse de lado y llevarla otra vez con ella, quedando frente a frente. Le levantó una pierna y encajó la suya en ella, dejando sus sexos expuestos.

—Quiero verte —declaró la castaña contra su boca con la voz ronca.

Athenas tragó saliva; su corazón latía fuerte en su pecho porque la pasión no las conducía esta vez, pero el deseo era igual de intenso, de alucinante. Paula buscó su boca y ella la recibió encantada porque adoraba sus besos.

Sus lenguas se enredaron mientras sus manos, en sincronía, se deslizaron por sus caderas, dibujándolas. Siguiendo el sendero que las llevaba al sur de sus cuerpos, se estremecieron cuando tantearon el triángulo en el que deseaban perderse.

Paula fue la primera en deslizar los dedos entre los pliegues de Athenas. El gemido que brotó de su ser la obligó a romper el beso. La humedad que bañó sus dedos le provocó una intensa descarga de placer; contuvo el frenético impulso de hundirse en ella de una vez, invadir su vientre y declararlo suyo, poseerlo, con una urgencia que la sorprendió.

Athenas se estremeció cuando sus dedos se encontraron con el erecto clítoris de Paula. Ya conocía cada recóndito de su cuerpo; la tocó decenas de veces, sin embargo, siempre era como la primera vez y, al mismo tiempo, era distinto.

Sus ojos se toparon, brillosos, suplicantes. La necesidad las gobernaba como tantas otras veces y ambas sabían que sería así para siempre. Se sonrieron con complicidad porque, como la primera vez que lo hicieron así, era la unión perfecta. Y era así como Paula lo deseaba. Tenía a Athenas pegada a ella mientras se poseían.

Como si pudieran leer sus deseos en sus ojos, empezaron a entrar y salir de sus vientres siguiendo un lento compás. Sus cuerpos se friccionaron, siguiendo el ritmo, calentando más el aire.

Paula estaba maravillada viendo los gestos de placer de Athenas cuando se hundía en lo profundo de su vientre. La humedad se desbordaba de ella como un río sin cauce y era alucinante.

El fuego creció en sus vientres agitando un poco sus respiraciones. Sus cuerpos se tensaron cuando se acercaron a la cima del placer. El orgasmo se acercaba avasallante, poderoso, pero Paula luchó por mantener los ojos abiertos; ansiaba ver a Athenas alcanzar el clímax. Apretó los dientes cuando los dedos en su vientre se curvaron y presionaron; con el resto de su lucidez, ella hizo lo mismo. Entonces sintió el vientre que poseía estrechar sus dedos un segundo antes de que su orgasmo la acometiera. Luego se sintió flotar; rozó el cielo con la punta de los dedos y ya no supo nada del mundo.

Solo cuando una pizca de lucidez regresó a ellas fue que se dieron cuenta de que habían gritado; fue un lánguido gemido que quedó guardado entre esas cuatro paredes, escondidos como el más íntimo de sus secretos.

Paula escondió la cara en el hueco que se hizo entre el cuello de Athenas y la almohada; ahí se refugió hasta que su respiración se normalizó. Con cuidado la abrazó mientras entrelazaban sus piernas.

—¿Tienes una idea de lo hermosa que eres? —susurró antes de posar los labios en su frente.

Athenas negó con un gesto, haciéndola reír; levantó la cabeza para mirarla.

—La hermosa aquí eres tú.

Paula bajó la vista a sus labios y ella sintió una punzada de excitación. ¿Cómo era posible? Todavía podía advertir la sensibilidad que le dejó el orgasmo en su sexo.

Cuando los ojos marrones regresaron a los grises, el gesto de Paula era serio.

—No quiero presionarte —dijo.

Athenas sonrió. Levantó una mano y le dibujó los labios.

—No lo haces —le aseguró—. Yo… necesito salir del problema en el que me metí.

Paula respiró profundo. Sin decir nada, la abrazó fuerte. Precisaba sentirla por completo.

—Te ayudaré.
—Lo sé —susurró Athenas—. ¿Puedo confesarte algo?
Volvieron a separarse y a mirarse a los ojos.
—Por supuesto.
—Creo que hace mucho que sabía que estaba enamorada de ti.
La sonrisa de Paula se formó lenta hasta hacerse enorme.
—¿Puedo confesarte algo?
Athenas sonrió.
—Por supuesto —le devolvió.
—Creo que hace mucho que yo también lo sabía.
—¿El qué?
—Que te amaba.

42

Athenas descansaba la cabeza en el pecho de Paula. Abrazadas, cubiertas por una fina sábana de color blanco, las amantes se acariciaban con delicadeza después de sucumbir a otro potente orgasmo salpicado de ternura, de amor. De ese amor sincero que se manifiesta en los silencios compartidos, en los roces de la piel y los labios.

Atrás quedó el incómodo momento de unas horas antes, cuando la confusión y miedo las acometió por diferentes razones, pero válidas. En ese instante, el pensamiento que las hacía sonreír en secreto era saber que las dos albergaban intensos sentimientos por la otra; que se amaban y que lucharían por aquello que las unió. Porque no solo se trataba de que, como amantes, se sentían completas, sino que también eran afines, complacientes y en lo absoluto tímidas al intimar. Ahora, a esa dicha, se unía lo que sus corazones abrigaban; pertenencia y deseos de estar juntas.

—¿Cuándo te diste cuenta de que te gustaba? —preguntó Athenas de pronto. Paula rio y se separó de ella para mirarla a los ojos—. ¿Por qué te ríes? Es una pregunta válida.

—Está bien, lo siento —se puso seria, pensándolo—. Creo que, sin temor a equivocarme, me atrajiste desde la primera vez que miré tus ojos.

Athenas fijó la mirada en ella.

—¿Ah, sí? ¿Esto fue lo que te gustó? —abrió los ojos muy grandes.

Paula soltó una carcajada.

—No —respondió entre risas—. No fue la intensidad del color de tus ojos, aunque son los más hermosos que he visto en mi vida —declaró y le besó la nariz—. Lo que me explotó la cabeza fue lo que me transmitiste.

La sonrisa fue desapareciendo de sus labios; Athenas se acomodó mejor, esta vez sobre el pecho de Paula, descansando la barbilla sobre sus manos.

—¿Qué viste en mí? —indagó.

—Curiosa.

—Dime —insistió, como una niña traviesa—. ¿Qué viste?

Paula le agarró la cabeza, suspiró profundo y clavó la vista al techo.

—Vi que no merecías estar allí, en la calle —dijo con solemnidad —. Esa mañana me dirigía a la oficina de mi abogado. Después de verte, no dejé de pensar en ti ni un segundo —Athenas se aferró a su pecho—. Luego volvimos a vernos y fue lo mismo; la misma sensación. No podía identificar si era atracción o sentido de protección —confesó—. No lo supe. En aquel momento no tenía idea, pero, a medida que empezamos a compartir, como la noche cuando te vi a mi lado en el hospital, supe que no podía dejarte ir.

En silencio, las imágenes que describía Paula se desplegaban nítidas en la memoria de Athenas. Para ella, el amor llegó con el trato, con el transcurrir de los días. Se lo hizo saber porque era la verdad. El miedo a confiar retrasó, considerablemente, el que aceptara que se enamoró.

—El día que me salvaste de aquellos hombres, desapareció mi desconfianza —confesó ella.

—Es natural que desconfiaras de mí —señaló Paula con comprensión.

Ahora, se acostaron de lado, frente a frente; pero sus manos no dejaban de acariciarse. Era como imanes que se atraían.

—Desconfiaba de todo, no solo de ti —aclaró Athenas, rozándole la nariz.

De repente, desvió la mirada. Paula frunció el entrecejo al notarlo; entonces la tomó por la barbilla.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

Ella buscó sus ojos.

—Gil —dijo.

—¿Qué hay con ella?

—¿Cómo acabó todo?

—No debes preocuparte por ella. Ya no existe nada entre nosotras —le aseguró.

—¿Cómo acabó? —insistió en saber—. Nunca me has hablado de eso.

Y así, abrazadas, acariciándose, aclararon cualquier duda que ambas pudieran tener. Paula supo que antes de Ada, ella tuvo otra amante. Mientras que Athenas sintió un poco de celos al saber que su mujer vivió bastantes experiencias de cama antes de Gil. Bromearon sobre eso.

Cuando el tema de la familia se hizo ineludible, el rostro de Athenas se ensombreció. No sabía de su familia; no se había comunicado con ellos en todos esos meses, a pesar de la insistencia de Paula. Un poco por coraje, y luego por vergüenza.

—Debes llamarlos, mi amor —insistió—. No eres feliz así. Ahora estamos juntas y todo se arreglará. Mereces estar libre de preocupaciones.

Athenas permaneció en silencio por unos instantes; luego se giró, dándole la espalda, pero aferrándose a sus brazos. Paula besó su cabeza y respetó su silencio. No era la primera vez que intentaba convencerla de que se comunicara con su familia, no obstante, esta vez no la forzaría.

***

Paula fue la primera que se durmió; el cansancio de un viaje relámpago, la tensión por todo lo que pudo averiguar, las ideas de lo que debía a hacer para ayudar a Athenas, el miedo a perderla y los orgasmos que experimentó, la dejó agotada.

Sin embargo, Athenas no pudo conciliar el sueño. Las emociones del día, de la tarde, la tenían por completo abrumada. El calor del cuerpo de Paula, sus brazos acunándola, era lo único que le concedía un poco de confort.

Ella tenía tanto miedo; no deseaba enfrentar a Ada. No quería ningún lío de tema legal, pero era necesario. Ahora más que nunca, pues su vida acababa de dar un giro de ciento ochenta grados. Ahora que tenía a Paula en su vida, anhelaba permanecer a su lado sin ningún temor. Antes, cuando no la conocía, imaginó que su vida de ilegal en ese país se extendería por mucho tiempo, porque no tenía más opciones.

En cambio, todo apareció de golpe, y ahora ella era fuerte, aunque a veces la fortaleza no iba de la mano con la seguridad. Y se

sintió expuesta; sus miedos la hacían temer, no le permitían ver con claridad.

¿Y si el amigo de Paula no era tan amigo? ¿Y si las traicionaba?

¿Y si el juez, en lugar de otorgarle asilo, la deportaba?

¿Y si el caso se caía y Ada quedaba libre?

Un movimiento en la cama la hizo estar atenta. Paula se removió, estrechándola más contra su pecho. Ese gesto involuntario y tierno fue como la confirmación de que no debía temer. Hasta dormida, la cuidaba.

—Paula —murmuró ella, llevando las manos a su boca.

—Todo va a salir bien —respondió la otra mujer con la voz pastosa—. Te lo prometo.

Athenas se giró entre sus brazos, pero Paula estaba dormida.

43

Y todo iba saliendo bien.

Dos semanas después de que Athenas aceptó colaborar en el caso en contra de Ada y sus jefes, ella y Paula se reunieron en la oficina de un colega de Tony, en New York.

—Es un gusto conocerte —dijo él al estrechar la mano de la mujer de ojos grises.

Ella y Paula, tomadas de las manos, se adentraron en la amplia y elegante oficina.

—Igualmente —murmuró Athenas.

—Estamos nerviosas —intervino Paula.

—Lo entiendo —afirmó Tony mientras le ofrecía asientos frente al escritorio—, pero pueden estar tranquilas. Hoy solo hablaremos.

Athenas miró a la mujer a su lado; su corazón latía a mil, y no por el amor que sentía por ella, sino porque estaba dando un paso transcendental para devolver la normalidad a su vida. Aunque Tony parecía confiable, encontrarse ahí, era estar en un territorio un tanto peligroso para ella.

—¿Puedes explicarnos? —le pidió Paula a su amigo.

—Por supuesto —respondió, luego puso su atención en Athenas —. Esta reunión es para prepararte para cuando hagas tu testimonio ante el juez.

—¿Prepararme?

—Sí. Te daré algunas indicaciones de como relatar tu historia —explicó Tony—. Debes comenzar por el principio. Tu testimonio lo presentaremos en tres días, por lo que te recomiendo que escribas una especie de resumen que te sea de apoyo.

—¿Usted estará presente?

Él sonrió.

—Sí. Un representante de la defensa y yo.

—¿Hará falta algo más que su testimonio por escrito? —cuestionó Paula.

—Como ya te dije, deberá entregar una declaración jurada tras su testimonio. Eso lo respaldaremos con el historial de sus

conversaciones con Ada que ella nos proporcionó. Todo ya está documentado.

Paula miró a Athenas, luego de vuelta a su amigo.

—¿Y lo del asilo?

—Presentamos la solicitud y las evidencias de que fue víctima de trata y que está cooperando en el caso. Más pronto de lo que crees, obtendremos la aprobación —dijo con una enorme sonrisa.

—Estás tan confiado —señaló Paula, demostrando su preocupación.

Tony rio.

—Porque no deben preocuparse —aseguró—. Athenas obtendrá el asilo sin lugar a dudas. Así que no se inquieten, nada podrá separarlas. Al menos nada legal —aclaró, guiñando un ojo.

Ellas se miraron, sorprendidas, luego fueron de vuelta a él.

—¿Tan obvias somos? —preguntó Paula, buscando la mano de Athenas.

Tony volvió a reír.

—Sí, lo son—respondió entre risas—. Además, cuando mi amiga te mira… —él señaló a Paula—, sus ojos se iluminan, así que… es la conclusión más obvia.

Cuando Athenas miró a su amante, esta tenía las mejillas sonrojadas y lo adoró. No pudo hacer otra cosa que levantar su mano envuelta por la de ella y besarle los nudillos.

Los tres terminaron riendo como viejos amigos.

***

Tres días después, las dos se encontraban en el mismo lugar, solo que esta vez se reunieron en una sala más austera, con una larga mesa y al menos doce sillas. Cuando Athenas entró, lo primero que vio fue una cámara, luego varias carpetas en el lugar donde Tony se sentó. Ella hubiese deseado tener a Paula a su lado, pero no fue posible; la imaginó afuera, preocupada. Sonrió al pensar que de seguro desgastaría las alfombras por caminar de un lado a otro mientras esperaba.

Ella debía escribir su testimonio frente al representante de la defensa, tal como Tony les explicó.

—Grabaremos esta vista —anunció Tony, adoptando con absoluta seriedad su papel como fiscal, aunque no se hallaba en su ciudad.

Athenas asintió.

—Estoy lista —dijo.

Tony miró al abogado.

—¿Listo?

—Sí.

El fiscal le hizo una señal a su asistente, quien encendió la cámara. A continuación, Tony hizo la introducción del caso y la razón por la que se encontraban ahí, luego presentó a la testigo.

—Señorita Athenas Laurido, ¿jura usted solemnemente decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

Ella tragó saliva.

—Sí, lo juro.

Tony asintió.

—Bien, señorita Laurido ¿Puede, por favor, darnos su testimonio de cómo conoció a Ada Serra y las consecuencias que ello trajo a su vida?

Athenas asintió y tragó saliva. Echó un vistazo a la cámara, luego al abogado de la defensa antes de empezar a hablar. Tal como Tony le aconsejó, hizo una especie de esquema que memorizó para no pasar por alto algo importante que pudiera ser crucial en su testimonio para el caso. No le fue fácil recordar; después de todo, olvidar que Ada estuvo en su vida era algo que deseaba borrar de su mente, aunque sabía que era imposible.

Con palabras firmes, narró mucho de lo que ellas conversaron y cómo Ada la fue enredando hasta que la enamoró y convenció de viajar a los Estados Unidos. Le fue imposible contener las lágrimas al narrar cuando Ada la presentó, sin que ella lo supiera, ante probables clientes que pagarían por sus favores sexuales. En esa parte de su testimonio, Tony le ofreció hacer una pausa, pero se negó; quería terminar para comenzar a cerrar esa parte de su historia. A pesar de la vergüenza y el dolor que aquello le causaba, mantuvo la entereza hasta que explicó como escapó de las manos de Ada Serra. Que, de hecho, se presentó con otro apellido.

Poco más de dos horas después, Paula la abrazó fuerte cuando salió de la sala. Athenas tembló entre sus brazos.

—Lo hizo muy bien —afirmó Tony.

—¿Qué sigue? —preguntó Paula.

—En una semana iniciará el juicio. Obtendremos una condena perpetua gracias a su testimonio —respondió con optimismo.

Athenas salió del refugio de los brazos de Paula.

—¿Ellos sabrán que declaré en su contra? —le preguntó, temerosa.

—Sí. Tu testimonio se presentará ante el jurado.

—¿Y el asilo? —intervino Paula esta vez.

—Falta poco —afirmó Tony—. Será aprobado, te lo prometo.

Y así fue. La aprobación de estatus T* de Athenas fue concedido, coincidiendo con el inicio del juicio de Ada.

Fueron días de mucha tensión. La prensa daba cobertura completa del caso, lo que les permitía a Paula y a Athenas mantenerse al tanto de lo que sucedía en el juicio cuando no podían hablar con Tony. Con indignación, las dos vieron la representación visual de la declaración de Ada en el juzgado. En las ilustraciones hechas por los dibujantes del tribunal, la vieron llorando.

Según la prensa, Ada Serra declaró que fue víctima de una trampa y que la obligaron a ser parte de la organización.

—Qué desgraciada —masculló Paula mientras veía las noticias en la televisión, junto a Athenas.

—Espero que el jurado no le haya creído.

—No son tontos.

—Solo quiero que acabe ya. Saber que ya no podrán causarle daño a nadie más.

Paula le pasó un brazo por los hombros y la acercó a ella; le dio un beso en la sien.

—Tony no permitirá que salga libre —le aseguró.

En total, el juicio de Ada y sus jefes duró tres semanas. El jurado los declaró culpables y fueron sentenciados a cadena perpetua, tal como el fiscal de New York lo esperaba.

Paula y Athenas se abrazaron en cuanto supieron el dictamen.

—Ya acabó, mi amor. Se acabó —le dijo mientras la estrechaba fuerte. Sabía que ella lloraba aunque tuviera la cara hundida en el hueco de su hombro.

—Nunca me imaginé que esto pasaría —sollozó—. Creí que jamás…

—Que quedarían impune, que seguirían arruinando vidas —completó Paula porque llevaba días leyendo ese temor en los ojos grises.

Athenas levantó la cabeza para mirarla.

—Sí. Yo… Yo escapé, pero ¿las que no pudieron hacerlo?

Paula tragó saliva. Eso era algo en lo que cavilaba cuando en las noches veía a Athenas dormir. Pensaba en las mujeres que fueron engañadas con promesas de amor, de una vida mejor; que, por inocencia, cayeron en una vil trampa que las condujo a un infierno.

—Fueron salvadas —dijo—, es todo en lo que debes pensar.

Paula le acunó el rostro con ternura, luego la besó en la frente. Athenas volvió a abrazarse a ella. Una hora después, Tony las llamó.

—En un par de semanas le serán devueltos los documentos a Athenas —les informó—. También inicié los trámites para la compensación como víctima. Ella tendrá un poco de seguridad económica.

—Gracias, Tony.

—No tienes que agradecerme nada, Pau.

Finalizaron la llamada con el fiscal dibujando una sonrisa en sus rostros. La pesadilla había terminado y ahora el sol se asomaba en el horizonte radiante, luego de meses de oscuridad.

—Sé que esto ha sido muy difícil para ti, pero ¿quieres celebrar? —propuso Paula, con cierta incertidumbre.

Athenas frunció el entrecejo.

—¿Cómo?

Ella se encogió de hombros.

—Comprando chocolate.

La mujer de ojos grises soltó una carcajada.

—Vaya excusa.

—Unos celebran con vino, yo lo hago con una barra de mi chocolate favorito —alegó.

—Está bien —aceptó.

—¡Sí! —celebró Paula con los brazos en alto—. Vayamos a cambiarnos.

Unos minutos después, salieron de la casa tomadas de la mano, sonriendo, sintiendo sus corazones rebosantes de amor y felicidad.

* **T – (Visa T):** es una visa humanitaria que otorga el Gobierno de Estados Unidos destinada a víctimas de trata de personas traídas a E.U., mediante fraude, fuerza o coerción para explotación laboral o sexual, y que estén dispuestos a colaborar con las autoridades en la investigación o enjuiciamiento de los traficantes.

44

Paula apagó el motor de la camioneta, pero no descendió de inmediato; antes, agarró su teléfono porque hacía un minuto había sonado, indicándole la recepción de un mensaje de texto.

"Ya estás retrasada un minuto", leyó y sonrió. Athenas la había citado en el restaurante al que acababa de llegar, que se convirtió en su favorito desde la primera vez que fueron, cuando salieron a celebrar que ya no era una ilegal en ese país.

Sospechaba a qué se debía la misteriosa cita, porque Athenas no quiso darle más detalles que el lugar y la hora; sin embargo, eso no evitó que la emoción la embargara. Desde que el juicio acabó y todos los problemas de la mujer de ojos grises se solucionaron, disfrutaban de una constante felicidad. Sin las tensiones y preocupaciones que vivieron desde que se conocieron, el amor que nació entre ellas floreció, llenando de color cada uno de los días que compartían y sus vidas.

Con una enorme sonrisa adornando su rostro, Paula agarró su cartera y descendió de la camioneta. Se dirigió hacia la entrada del restaurante; era un lugar encantador. Ya la noche había caído, las luces tenues le otorgaban un aire romántico al ambiente, incluso, desde afuera gracias a las paredes de cristal que permitían tener una vista del elegante interior del restaurante.

En cuanto entró, Paula localizó a Athenas entre la gente; era imposible no dar con ella porque era única. Hermosa y, además, la amaba. En la distancia admiró el sencillo, pero bonito vestido que llevaba puesto; los tiros dejaban al aire su pecho y su clavícula adornada por algunos lunares. De su cuello colgaba una cadena que ella le regaló. Su corazón latió fuerte, era así cada vez que le veía, que la tenía cerca. Era así desde que la amaba.

Sin borrar su sonrisa, Paula se acercó a la mesa.

—Son casi tres minutos tarde —le dijo Athenas cuando se acercó lo suficiente para que la escuchara.

Paula se inclinó y le dio un beso en los labios como saludo.

—Habría sido solo uno, si cierta persona no me hubiese enviado tantos mensajes —se defendió mientras se sentaba frente a ella.

Athenas rio.

—¿Cansada? —preguntó.

—En lo absoluto. Estoy lista para un par de copas.

—Hablando de copas… —dijo Athenas y calló.

Paula la vio mirar por encima de su hombro, a su espalda. Unos segundos después llegó a la mesa un mesonero portando una bandeja con una botella y copas.

—Oh, vaya —murmuró Paula.

A ella le encantaba ver la seguridad con la que Athenas se desenvolvía a hora que ya no temía que descubrieran que era una indocumentada; y no solo eso. Ahora trabajaba online para un par de empresas que la contrataron como diseñadora gráfica, por lo que ya no iba al Café-Bar, aunque estaba infinitamente agradecida con Christine, con quien había hecho amistad.

Tal como Tony le ofreció, también recibió treinta mil dólares de compensación como víctima, lo que le dio cierta seguridad económica. Todavía Athenas no tocaba ese dinero, se tomaba su tiempo para decidir qué hacer. El futuro se vislumbraba prometedor, luego de vivir un infierno en las calles de New York.

Athenas había hecho la reservación en el restaurante y ordenado que en cuanto Paula llegara, sirvieran champaña.

—¿Qué celebramos? —le preguntó Paula en cuanto estuvieron a solas.

La mujer frente a ella sonrió.

—Sé que debes imaginarlo porque no se te pasa nada —dijo, agarrando su copa y la alzó—. Celebramos que hoy, hace cuatro meses, me pediste que me quedara a vivir contigo.

Paula lo sabía; también recordó la fecha. Sin dejar de sonreír, agarró su copa y la levantó.

—Y tú dijiste sí.

—Y te dije que sí —confirmó ella—, que me quedaría a tu lado toda mi vida porque te amo y no puedo imaginar mi vida sin ti.

Las palabras siempre sabían cómo llegar al corazón hasta despertar emociones que se expresaban con lágrimas. Paula tragó fuerte y se esforzó por mantenerlas a raya porque era una ocasión especial.

—Para toda la vida —dijo.

El restaurante estaba bastante concurrido, pero, en ese momento, ahí solo existían las dos. Únicamente ellas oyeron el tintineo de las copas al chocar y fueron testigos del brillo que había en sus ojos.

Un brillo rebosante de amor, de ilusión, de promesas eternas. Ambas bebieron de sus copas sin romper el contacto de sus miradas. Ese contacto que fue despertando inquietud en cada una, cuando el deseo comenzó a encender la llama que las condujo a aquel primer beso que le dio paso al fuego devorador que las unió.

Al primer beso que llegó sin que ninguna de las dos sospechara que era el amor quien ya guiaba la pasión que las acometió la primera vez que sus cuerpos se hicieron uno.

Athenas dejó la copa sobre la mesa.

—¿Sabes algo?

—¿Qué? —se interesó Paula.

—Todo lo que sucedió fue difícil, pero… volvería a pasar por ello si eso significaría conocerte.

Paula bufó.

—No digas eso ni en broma, mi amor.

—Lo digo en serio.

—Lo sé. Por eso te digo que no bromees con eso. Solo debes pensar en el futuro.

Athenas sonrió. Estiró un brazo por encima de la mesa, buscando la mano de Paula. Sus dedos se entrelazaron.

—En eso pienso, créeme.

—Eso me gusta —afirmó—. Ahora, tenemos champaña para celebrar —apuntó, señalando las copas—, así que imagino que hay algo más.

Athenas sonrió como una niña atrapada en una travesura.

—Un delicioso plato —dijo, procurando no delatarse. Porque sí, tenía algo más para ella; algo que la mantenía nerviosa.

—Eso también, pero estoy segura de que hay más.

Ahora Athenas la miró con sospecha.

—¿Qué sabes?

Paula rio.

—No sé nada, solo te conozco más de lo que tú misma lo haces.

—Deja de decir eso.

—De acuerdo, pero ¿me equivoco? ¿No hay algo más en esta celebración? —le preguntó, sonriendo con suficiencia.

Athenas frunció los labios, fastidiada porque no estaba equivocada.

—No te equivocas —confesó.

Paula lo celebró, aplaudiendo y riendo.

—Vamos, suéltalo.

—No eres nada romántica. Lo tenía planeado para el final de la cena.

—Sabes que no tengo paciencia para eso. Dime qué es —le pidió.

Athenas se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos, fingiéndose enojada cuando en realidad temblaba como una gelatina. Su corazón ahora latía a mil; solo esperaba que no se le paralizara antes de entregarle lo que compró para ambas.

Paula esperaba sin dejar de sonreír ni de mirarla. Unos instantes después, cuando Athenas estuvo medio segura de que no se desmayaría, se movió; metió la mano derecha en el bolsillo del bolso que colgaba de su silla y sacó el pequeño estuche que guardó allí.

Athenas contuvo la respiración cuando, como en cámara lenta, su mirada se topó con la de Paula mientras dejaba el estuche sobre la mesa, cerca de ella.

¿El tiempo se detuvo? Ninguna de las dos lo supo. Nadie podía saberlo.

Un millón de años después, o eso le pareció a Athenas, Paula bajó la vista y la posó en el estuche. La vio tomarlo con manos temblorosas y abrirlo.

—Quiero… quiero que los llevemos como símbolo de nuestro amor —declaró Athenas con la voz ronca.

En el estuche había dos brillantes y delicados anillos de oro con un diseño de trenzas irlandesas y diminutas piedras incrustadas en uno de los hilos.

—Dios mío —susurró Paula sin apartar la vista de los anillos.

El silencio que siguió provocó un intenso desasosiego en Athenas. ¿Y si para Paula era mucho? Ella le pidió que vivieran juntas, pero ¿y si su amor no era tan profundo como el suyo? ¿Y si solo era cariño? Las dudas la asaltaron sin piedad mientras el silencio se extendía.

—Yo… soy algo impulsiva, Paula —balbuceó—. Si me excedí con… —la mirada de la otra mujer interrumpió sus palabras.

Con una despiadada lentitud, en el rostro de Paula se fue formando una sonrisa. Solo entonces Athenas fue capaz de volver a respirar.

—Athenas… —pronunció el nombre mientras extraía uno de los anillos del estuche—, este es el mejor regalo que me han hecho en la vida —declaró buscando su mano por encima de la mesa—. Y sé que debes ser tú quien haga esto primero… —le levantó la mano y le besó los nudillos mirándola a los ojos antes de bajar la vista y deslizar el delicado anillo en su dedo anular. Hizo una pausa para admirar la prenda en su mano—, pero es mi manera de aceptar este símbolo de amor que me obsequias.

Los ojos de Athenas se inundaron en lágrimas mientras sonreía. Paula volvió a besarle la mano.

—Dios mío, no puedo creer que esto esté sucediendo —sollozó Athenas—. Deja que te ponga el tuyo.

Paula rio y le entregó el estuche. Temblando, ella le tomó la mano y también deslizó el anillo en su dedo. Entrelazaron sus manos, reforzando la unión que representaban los anillos que eran otra muestra de su amor.

Un amor que resplandecía en sus ojos.

45

—No tienes que venir, amor —dijo Athenas.

—Sí tengo.

La pareja debatía dentro del taxi que las conducía a la casa de los padres de Athenas. Habían viajado el día anterior a Santiago; tras casi once horas de vuelo y agotadas, se quedaron esa noche en un hotel de aspecto colonial que enloqueció a Paula desde el momento en que lo vio en la plataforma de viajes.

El hotel Castillo Rojo, cuyo nombre le hacía honor al aspecto del edificio, se localizaba en el área de Bellavista. Entre los detalles que llamaron la atención de Paula era que estaba ubicado en una zona cultural, y a una cuadra de la Chascona, la casa de Pablo Neruda. La habitación donde se quedaron había sido decorada con un estilo propio de los años veinte; con cama de pilares y mesas de madera sólida. La decoración transportaba a los huéspedes a otra época, lo que hacía de la estadía mucho más atractiva si se viajaba con la intensión de descansar o conocer la cultura del país. La ambientación aportaba, a su vez, mucho romanticismo. Había jarrones con flores naturales en cada esquina de las áreas comunes.

En la mañana bajaron a desayunar al comedor, de mesas individuales, que les concedía absoluta intimidad. El ambiente lograba que se sintieran más enamoradas, si era posible, dejando a un lado la preocupación por la visita que ese mismo día harían a la familia de Athenas. En definitiva, se sentían contentas, a pesar de la ansiedad que ella albergaba desde que planearon el viaje.

Era maravilloso para Athenas sentir que, al lado de Paula, todos sus problemas, desde que la conoció, no parecían tan difíciles. Cada situación la sobrellevaba con momentos como ese, en el que solo estaban ellas dos y todo lo demás, incluido los problemas, quedaban en un segundo plano.

—¿Quieres palta con el pan? —le preguntó Athenas, sirviéndole la comida del bufé que el hotel ofrecía.

Paula la miró con el entrecejo fruncido.

—¿El qué?

—Palta —repitió, señalando la bandeja con el apreciado fruto—. ¿O prefieres mermelada? ¿O ambos?

—Amor, ¿qué es palta? —inquirió, mirándola con un gesto de extrañeza.

Athenas bajó la cabeza negando y rio; llevaban seis meses de relación y aún tenían problemas con algunos términos del idioma.

—Aguacate, avocado. Te lo he explicado mil veces, Paula —se burló.

Su mujer le sacó la lengua antes de darle la espalda y dirigirse a la mesa, con dos platos de huevos revueltos.

Ahora, frente a la residencia de los padres de Athenas, el agradable momento que compartieron durante el desayuno parecía olvidado en el tiempo.

Athenas le pagó al taxista, salió del vehículo y se detuvo en la acera, frente a la casa de sus padres. Paula, a su lado, le tomó la mano para decirle que estaba a su lado e infundirle fuerzas.

Había pasado un minuto; Athenas le apretó fuerte la mano cuando vio la puerta principal de la casa abrirse. En un segundo, la imagen de su madre, Alina, se materializó. Ella sollozó al verla. Su corazón latió atemorizado cuando su madre corrió a abrir el portón de la entrada; entonces abrió los brazos para recibirla.

En cuanto se vieron, no hicieron falta palabras. Athenas se soltó de la mano de Paula y respondió al abrazo de su madre. La extrañaba tanto.

El abrazo fue emotivo, cargado de lágrimas y palabras de disculpas.

—Te extrañé cada día, hija mía —declaró Alina, acunando con ternura su rostro.

Días antes, cuando Athenas la llamó para avisarle que iría a verla, Alina reaccionó emocionada. Ya habían hablado antes, justo al inicio del juicio de Ada. Ella no le contó lo que le ocurrió al llegar a Estados Unidos; se limitó a disculparse por no comunicarse, pero lo hizo porque necesitaba tiempo.

Alina, comprensiva y sabiendo que las cosas no iban bien cuando su hija decidió marcharse, mantuvo silencio y no exigió

explicaciones. Ahora la tenía ahí, en persona y eso era lo más importante.

—Mamá… —Athenas se separó de su madre, se limpió las lágrimas y extendió una mano hacia Paula, que observaba la escena también embargada de emoción, —ella es Paula, mi compañera —la presentó.

—¿Tu compañera o tu novia? —preguntó Alina, haciendo que las mejillas de su hija se sonrojaran.

Ella rio.

—Mi novia, mamá. Es el amor de mi vida —confesó con orgullo.

Alina sonrió al ver a la elegante mujer, a pesar de que ese día vestía informal con un jean, un abrigo de color naranja con detalles blancos y una boina del mismo tono.

Paula se acercó con timidez, pero Alina extendió su brazo libre, ofreciéndole un abrazo que hizo desaparecer por completo la ansiedad de las dos.

—Bienvenida a la familia, Paula —dijo, dedicándole una sonrisa que era tan hermosa como la de su hija.

Un sobresalto separó al trío cuando la potente voz de Antoine, el padre de Athenas, se oyó de fondo. Fue ella quien se apartó de los dos pares de brazos y puso atención a la entrada de la residencia.

Athenas notó a su padre desmejorado; llevaba una barba incipiente que no le conocía y también lucía con varios kilos menos. Ella no lo sabía, pero él, tras la desaparición de su única hija, se arrepintió del trato que le dio toda su vida. Comprendió, con ayuda de su familia y amistades, que en la vida no se elige a quién amar; y mucho menos, que se manipulaba a los hijos en la toma de decisiones.

Con pasos lentos, cada uno se acercó al otro. Athenas temblaba de pies a cabeza, aun así, no apartó la mirada de la de su padre.

Paula, desde su posición, notó el color gris de los ojos de Antoine; se maravilló con el gran parecido entre ellos.

—Athenas, pequeña —Antoine habló con la voz contenida.

Ella tragó saliva, procurando quitar de su garganta el nudo que casi la ahogaba. Dio algunos pasos más hasta estar justo frente a él.

Notó sus ojos cristalinos y una sonrisa emocionada, pero, de repente, él bajó la cabeza.

Athenas oyó el sollozo que brotó del pecho de su padre.

—Papá, estoy aquí —dijo, posando una mano en su brazo.

Antoine levantó la cabeza y, sucumbiendo a su amor de padre, se aferró con fuerza a su hija. Casi un año sin saber de ella lo hizo recapacitar. La culpa y arrepentimiento lo atormentaron hasta casi enfermarse. Pero ahora ella estaba ahí y su vida comenzaba a tener sentido otra vez.

***

—¡Paula! —la llamó Antoine—, ven prueba este —le pidió, tendiéndole otro vaso de vino de una muestra del viñedo donde se encontraban.

Desde hacía días, ya era costumbre que Antoine contara con Paula para todo, dejando atrás a su hija y esposa, que reían con complicidad por la inesperada conexión que nació entre ellos desde la primera vez que se sentaron a conversar.

Para Antoine, era impresionante la inteligencia de la novia de su hija; sin contar su elegancia. Sin embargo, lo que más le complacía era la forma como las mujeres se cuidaban. Y también ver la imborrable sonrisa de su hija, que era evidencia de lo feliz que era.

Ni Antoine, ni Alina, jamás supieron la forma como ellas se conocieron. Decidieron que sus padres se quedaran con la última información que les dio antes de marcharse a Estados Unidos. Después de todo, en aquel momento, ellos nunca antes se interesaron por conocer a la persona con la que Athenas se marcharía.

Lo que sí manejaron con inteligencia fue el nombre. Para Alina, el nombre de Paula no le sonaba, así que la convencieron de que usó un apodo por desconfianza. Supuestamente, ella tampoco conocía la personalidad de Athenas.

—Antoine, ya no más —le pidió Paula, refiriéndose al vino.

—¡Ah! Mi hija parece molesta. Sé que no te dirá nada, tranquila.

—Frente a ustedes no, pero luego… —ella alzó las cejas, mirando de reojo a su novia, que le hizo señas para que no bebiera

más alcohol.

—Paula es pre diabética, no debe tomar mucho alcohol, papá —le explicó Athenas.

—¡Ah!, ya. Los jóvenes de hoy en día y su comprometida salud —se quejó el hombre—. Quería celebrar antes de que se marcharan —se lamentó.

Paula le puso una mano en el brazo y le aseguró que volverían antes de lo previsto, y que ellos tendrían a donde llegar en Estados Unidos, en el momento que quisieran ir.

***

De regreso al hotel, y después de una maravillosa semana, ellas descansaban, una en brazos de la otra, en la enorme cama, con vista al jardín. Athenas estaba complacida, pero con la tristeza aferrada a su alma. En la madrugada debían regresar a su hogar; aunque se sentía feliz por como trascurrían las cosas entre ellas, no dejó de entristecerse por dejar a su familia. Y más ahora que parecía que los golpes de la vida que todos enfrentaron, los unió más.

—Gracias, mi amor —le dijo Athenas, aferrándose a su cuerpo.

Paula le acarició el brazo y besó su cabeza. Cada día, cada noche, le agradecía, por tanto. Sin embargo, no importaba las veces que lo dijera, para ella cada vez era emocionante y enternecedor. Sonrió, sintiendo la felicidad envolver su corazón, su vida entera. Amaba a Athenas más de lo que jamás imaginó y era ella quien le agradecía a la vida por ponerla en su camino.

Fin

No dejes de leer

Servicio al cliente (2022): Naomi Rivas lleva años como gerente de Molloy, una concurrida tienda de regalos y café; sin embargo, a pesar del éxito, el servicio al cliente no es el mejor porque no cuenta con suficientes empleados. La lucha de la gerente con la dueña de la tienda parece eterna, pero cuando alguien ataca la fachada de Molloy, esta finalmente acude a una agencia de colocaciones.

Michelle Muñoz llega a la tienda vistiendo su uniforme de guardia de seguridad cuando Naomi lo que necesita son empleados para el área de ventas. A partir de ese momento comienza a tejerse una historia de amor que llevará a una cumplir su sueño de amor y a la otra, a cambiar su vida profesional.

Legado de amor (2024): Mara Betancourt sintió hervir su sangre cuando, después de un año de ausencia, se encontró con Oriana, su cuñada. La tachó de egoísta y cruel por haberse marchado sin avisar y dejar sin saber de ella a Lita y Mario, tras la trágica muerte de Liam.

Para Oriana fue muy difícil asimilar su viudez. Amaba a su esposo con todas sus fuerzas y también adoraba a su familia. Su dolor era inmenso, desgarrador. La pérdida de su esposo la hizo huir, dejar todo atrás sin dar explicaciones a nadie.

Un año después, ninguna de las dos imaginó lo que ese encuentro les depararía. La atracción entre ellas surgió de improviso, causándoles dudas y rechazo. La lucha interna entre lo correcto y lo incorrecto las hizo alejarse la una de la otra sin que ninguna tuviera clara la razón.

Mara y Oriana quieren derribar los muros que las separan y los prejuicios de una familia tradicional para darle rienda suelta a su amor.

¿Será Oriana el legado de amor que Liam Betancourt le dejó a su familia?